Vetas...

Cultura y conocimiento social

Agosto de 1999 • Año 1 • Número 2 • $40.00

Ma. Isabel Monroy
Carlos Barros
Antonio Aguilera
Javier Maisterrena
Varun Sahni
Georgina Calderón y
Luis Montaño

Revista de El Colegio de San Luis, A.C.

Vetas...

Cultura y conocimiento social

Agosto de 1999 · Año 1 · Número 2

EL COLEGIO DE SAN LUIS, A.C.

SEP-CONACYT

Ma. Isabel Monroy

Reflexión en torno al

Escribir historia es dar cuenta intencionalmente de lo que ha sucedido, con el fin de entender el presente y vislumbrar las diversas posibilidades que se ofrecen en el futuro. Ahora bien, para dar cuenta de lo que ha sucedido, es necesario entenderlo a la luz de los múltiples factores que intervienen en las reflexiones y en las decisiones que afectan a las mayorías.

El trabajo del historiador comienza al interesarse en la dilucidación de algún problema en el pasado. De ahí, el paso obligado es plantearse las preguntas pertinentes al problema que quiere resolver.

La lectura de lo que otros han dicho acerca del problema que le interesa o alrededor de él, es necesario para conocer el estado de la cuestión y para percibir los nuevos enfoques que se le pueden dar.

Una parte primordial de la tarea del historiador es la búsqueda del material documental sobre el

Ma. Isabel Monroy. El Colegio de San Luis A. C.
Correo electrónico:
imonroy@colsan.edu.mx

trabajo del historiador

que va a basar su investigación. Búsqueda que debe realizar en los archivos en los que supone que puede estar este material. Archivos que son el principio donde las cosas comienzan.[1]

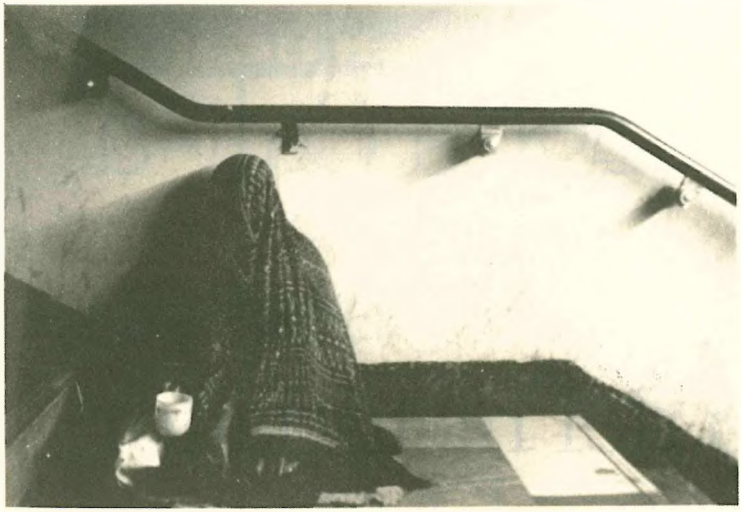
Los archivos albergan la memoria, es decir, la base sobre la que se registran las concatenaciones de los actos.[2]

El conocimiento de los fondos documentales que alberga cada archivo es de suma importancia para poder localizar con rapidez lo que se busca, pero aún así, a veces se pasan horas de infructuosa labor, pues los documentos centrales no aparecen.

Esto que he llamado documentos centrales o básicos para la investigación, generalmente se desconocen, sin embargo el investigador preocupado por el tema les reconoce de inmediato por el sentido peculiar que otorga a la lectura y es en este momento cuando comienza una de las tareas más apasionantes del historiador: interpretar, tarea que

[1] Jacques Derrida, *Mal de archivo. Una impresión freudiana,* trad. Paco Vidarte, Madrid, Editorial Trotta, 1997. p. 9.

[2] Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario,* trad. Hugo F. Bauzá, Barcelona, Ediciones Paidós, 1991, p. 133.



Estación Metro-Universidad. Hector Hernández

en sus manos se vuelve un acto creativo, que da orden y sentido a una serie de acontecimientos para aterrizar en un ordenamiento lógico y posible de lo acaecido.

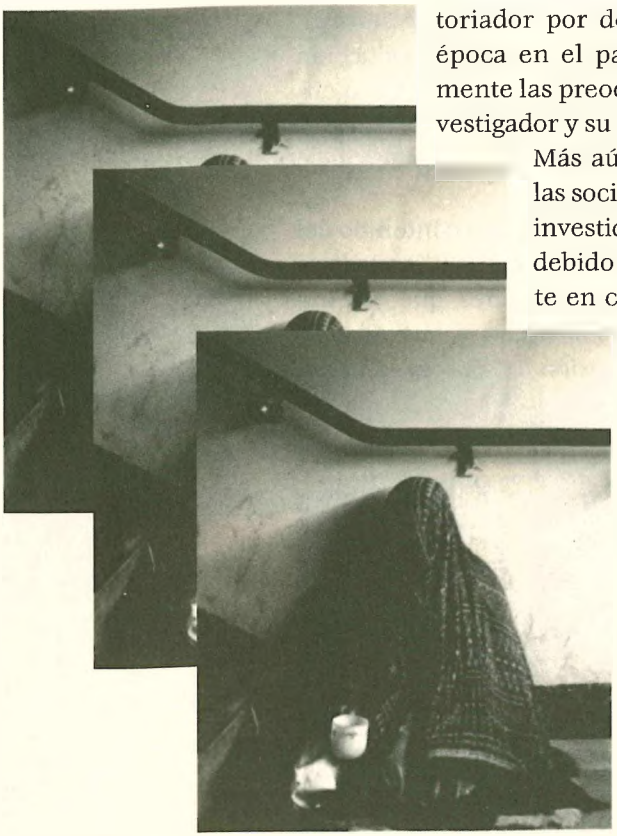
Tarea obligada es cuestionar las mismas fuentes sobre las que se basa su trabajo primordial. La lectura literal, raras veces lleva al descubrimiento de una nueva realidad, importa el sentido que cada término tiene en la posición que guarda en el documento; tiene significado la intencionalidad del manuscrito mismo, el qué y para quién fue escrito y en todo ello va implícita la reconstrucción del contexto en el que fue producido dicho documento. Así mismo, las preguntas que el investigador pueda formular frente a la realidad que le es manifiesta en el documento, son las que lo llevarán de una u otra manera al descubrimiento del misterio que se ha empeñado en develar. Admitir lisa y llanamente el contenido de un manuscrito es una operación que muy pocas veces lleva a cabo el historiador avezado, aunque con frecuencia lo realicen historiadores acríticos o con poca experiencia en el oficio de historiar.

La operación de consulta a los archivos si bien es básica para el historiador, pues ahí se localiza su materia prima, no es toda la tarea; es necesario clasificar, racionalizar, jerarquizar, establecer relaciones, con el fin de otorgar a la realidad factual,

producto de las fuentes, inteligibilidad y sentido, es decir, el historiador se encarga de la producción de un saber, que pronto sobrepasa el estrecho círculo de los especialistas y los eruditos para invadir el espacio público con el riesgo de ser condenado o legitimado.

La reflexión sobre el contexto y el contenido del documento llevan necesariamente al historiador a la formulación de nuevas realidades, que con frecuencia se expresan en conceptos y que además contribuyen a la comprensión del propio presente a partir del que se escribe. El interés de un his-

Calle Zaragoza, San Luis Potosí. Hector Hernández



toriador por determinado problema o época en el pasado, refleja necesariamente las preocupaciones vitales del investigador y su entorno contemporáneo. Más aún, en la mayor parte de las sociedades el historiador está investido de una cierta autoridad debido a que su función consiste en conocer y descifrar el pasado, a fin de proporcionar a sus contemporáneos las coordenadas necesarias para situarse en la cadena del tiempo y fijarse una identidad.[3] Mediador entre el presente y el pasado, tiene el deber de ordenar y otorgar sentido a la temporalidad, así como de abrir nuevas perspectivas ante el futuro y en este oficio tiene una triple responsabilidad: intelectual, moral y social.

El historiador tiene la obligación de combinar una pluralidad de fuentes y otorgar peso al contexto, a más del que le otorga su investigación de archivo. A menudo se encuentra en la necesidad de encontrar un equilibrio entre la objetividad que parece brindarle el material del archivo y su propia subjetividad, equilibrio que encontrará en referencia al rigor metodológico con el que esté construyendo su propia investigación y que le otorgará la capacidad de juzgar sobre sus fuentes, de acuerdo con su escala de valores. La dimensión ética y

[3] François Bédarida, "L'historien régisseur du temps? Savoir et responabilité", en *Revue Histo-rique,* janvier/mars 1998, 122e année, Tome ccxcviii, 1998, Paris, Presses Universitaires de France, 1998, p. 3 - 23.

axiológica del trabajo del historiador es una de sus mayores responsabilidades.

Creo que resulta importante apuntar que la responsabilidad del historiador aparece en la medida de su capacidad como constructor de la conciencia colectiva. Por otra parte si bien es fundamental escuchar las demandas de la sociedad en torno al trabajo histórico, también es necesario, responder a los retos del propio conocimiento científico. Y por último hacer patente que mantener la objetividad en el trabajo de historiar no significa neutralidad ni indiferencia, lo que implica por parte del historiador un esfuerzo por retener su subjetividad y no caer en las interpretaciones cómodas y la buena retórica.

La capacidad del historiador de transmitir, es decir, de escribir el resultado de su investigación con el fin de que pueda ser leído por otros, por aquellos para quienes escribió, queda siempre inscrita en el marco de un lenguaje, que no es neutro, pero que es el vehículo que le permite la historización. La responsabilidad del historiador se traduce en un papel mediador, que le permite la inscripción del pasado en el presente, al tiempo que establece un punto de partida hacia el futuro.

El retorno del sujeto social en la historiografía española

En el presente artículo el historiador Carlos Barros, presidente de los congresos Historia a Debate, realiza un análisis, vía la historiografía española del movimiento obrero de los años sesenta a noventa, y traza las líneas paradigmáticas que demarcaron las investigaciones históricas en este campo. Sin embargo es de notar que los problemas epistemológicos planteados son compartidos en su evolución historiográfica por otras áreas de la investicación social, no sólo de España.

Return of Social Subject in Spanish Historiography

In present article Carlos Barros, historian an president of "History under Debate" congressess, analyze the historiography of worker movements between sixtys and ninetys and sketchs the paradigmatic lines of historical researchs at this field. Nevertheless the epistemological problems tackled are shared into historiographyc evolution of other fields of social research, not only in Spain.

El retorno del sujeto social en la historiografía española

CARLOS BARROS

Descubridora

Pretendemos repasar sumariamente la historiografía sobre conflictos sociales, revueltas y revoluciones, desde la eclosión de los años setenta hasta la recuperación actual del género, tomando en cuenta dos puntos de vista:

1) *Interhistórico.*[1] Intentando ligar la evolución de la temática en las diferentes áreas académicas de conocimiento histórico (especialmente: historia medieval, moderna y contemporánea), desigual —en historia contemporánea, sin duda, se reflexiona más— pero siempre paralela, interrelacionada, en tanto que responde a condicionamientos comunes, internos (disciplinares) y externos (mentales, políticos, sociales).

2) *Desde la historiografía española.*[2] Porque la historiografía española tiene al respecto una rica tradición (algo parecido se puede decir de Latinoamé

[1] Véase la tesis 11 de "La historia que viene", *Historia a debate*, I, Santiago, 1995.
[2] A fin de ser consecuentes con nuestras afirmaciones en "Inacabada transición de la historiografía española", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 24, Bordeaux, 1996.

Carlos Barros
Universidad de Santiago de Compostela. Correo electrónico: cbarros@usc.es

rica), desde principios de siglo XX[3] hasta las últimas décadas, que nada tiene que envidiar a la mayor parte de las historiografías extranjeras, cuya influencia benéfica en algunos casos (escuelas *Past and Present* y *Annales*) seguimos reivindicando, a sabiendas de que sus aportaciones renovadoras a la historiografía de los conflictos sociales, sin estar agotadas, más bien lo contrario, nos retraen con todo varias décadas atrás; y porque estamos convencidos de que hoy es posible, además de necesario, que reflexionemos, y que debatamos, sobre la situación de la historiografía española, directamente, sin la habitual mediación de autores y escuelas de otros países, en todo caso referencia imprescindible, en estos tiempos de globalización historiográfica, que exigen, más que nunca, cuidar el perfil historiográfico propio,[4] como único modo de estar presente en los actuales procesos de recomposición de la comunidad internacional de historiadores.

Entre los historiadores contemporaneístas se ha generalizado, en los años ochenta, la denominación —importada de la sociología— "historia de los movimientos sociales" para, trascendiendo la historia del movimiento obrero, ampliar el interés del investigador hacia otros movimientos populares, interclasistas, religiosos, políticos, etcétera. Sin embargo, esta etiqueta es difícilmente exportable al conjunto de los periodos históricos. ¿Qué nos encontramos durante la mayor parte de la historia? Grandes y pequeños conflictos y revueltas, más que movimientos sociales con cierto grado de organización, ideología y continuidad. Es por eso que sostenemos, para no limitarnos al tiempo histórico más inmediato, la vieja —y para nada ambigua— denominación común de conflictos sociales, revueltas y revoluciones,[5] al objeto de poder referirnos de forma interhistóricamente homologable a esta importante faceta del sujeto histórico-social. La historia social ha rehabilitado, hace ya tiempo, las formas de protesta

[3] Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante*, 2 vol., 1901-1923; Manuel Núñez de Arenas, *Algunas notas sobre el movimiento obrero español*, 1916; Juan José Morato, *Historia de la Asociación del Arte de Imprimir*, 1925; Manuel Raventós, *Assaig sobre alguns episods històrics dels movimients socials a Barcelona en el segle XIX*, 1925; Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas-Córdoba (Antecedentes para una reforma agraria)*, 1929.

[4] El retorno de los conflictos sociales, menos notorio en otros países con historiografías de más peso internacional, y la capacidad de autoreflexión demostrada, evidencian la autonomía y la identidad de la historiografía española.

[5] Hobsbawm, en 1971, escribía atinadamente: los numerosos estudios sobre el conflicto social, desde las revueltas hasta las revoluciones, "De la historia social a la historia de la sociedad", *Historia Social*, núm. 10, 1991, p. 22.

social tachadas de "primitivas", "apolíticas" o "espontáneas", que han dado pie, asimismo, a los más valiosos esfuerzos de innovación historiográfica, ingleses y franceses, en el campo de la historia social.[6] La tendencia actual de la sociología ha vuelto, por lo demás, a definir los movimientos sociales en función de las acciones colectivas y los conflictos generados, vinculándolos con el concepto de cambio social.[7]

El auge de los años setenta

La homologación de la historiografía española con las corrientes historiográficas más avanzadas, del otro lado de los Pirineos, que tiene sus inicios a los años cincuenta (Vicens Vives), se consolida en los años setenta y ochenta con el relevo generacional —el ascenso de la generación del 68— en los cuadros del profesorado universitario y supone la ruptura —la "primera ruptura"— con la historia tradicional: política, institucional, biográfica. Una de las ramas más productivas de esta nueva historia económico-social es la historia de los conflictos sociales. Sin duda la más radical políticamente (y también historiográficamente al proponer lo que después se llamara "la historia desde abajo"). La lucha por la renovación historiográfica, la lucha por la reforma democrática de la universidad, y la lucha contra la dictadura franquista, iban juntas en aquellos lejanos tiempos. Una buena parte de los jóvenes —y menos jóvenes, pensemos en Tuñón— historiadores que investigan en los años setenta la historia del movimiento obrero, los conflictos y las revueltas, en la historia de España, estaban próximos a los partidos de izquierdas, marxistas y comunistas, que hegemonizaban el ambiente político en las universidades de la época. La participación, más o menos activa —la carrera académica y la militancia política se compatibilizan mal, cuando esta última es clandestina—, en el potente movimiento estudiantil, antes y después de 1968, y la simpatía hacia un emergente movimiento obrero,[8] coadyuvaron a introducir los movimientos sociales históricos como objetos de tesinas y tesis de doctorado,

[6] Carlos Gil Andrés, "Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración", *Historia Social*, núm. 23, 1995, p. 123.

[7] Manuel Pérez Ledesma, "Cuando lleguen los días de la cólera' (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta*, núm. 69, 1994, pp. 59-69.

[8] Oficialmente también las ciencias sociales se preguntaban: ¿adónde va el mundo del trabajo?, *Los conflictos sociales en Europa (Coloquio de Brujas, 1964)*, Madrid, 1974.

lo cual se veía a su vez favorecido por la influencia creciente en la academia de las "modas"[9] historiográficas del momento: *Annales* y marxismo.

El redescubrimiento[10] de los conflictos, las revueltas y las revoluciones[11] forma parte, entonces, de la revolución historiográfica, española e internacional, del siglo XX. En 1944, firma Jaume Vicens Vives el prólogo de su *Historia de los remensas en el siglo XV* (tema al que ya dedicara su atención durante la república) y, en 1954, publica *El gran sindicato remensa (1488-1508).* Su inquietud por abrir espacio a la historia contemporánea conduce a Vicens Vives,[12] y a su grupo, de las revueltas medievales al movimiento obrero: en 1959, se publica *Orígenes del anarquismo en Barcelona* de Casimir Martí,[13] quien, en 1960, elabora, junto con Vicens y Nadal, *Los movimientos obreros en tiempo de depresión económica (Las huelgas: 1929-1936).* Pero es, como sabemos, en los años setenta, cuando fructifican y se generalizan en toda España las nuevas formas de hacer la historia, en general, y la historia social, en particular.

Una obra colectiva representativa del empuje de la nueva línea de investigación es *Clases y conflictos sociales en la historia* (1977), resultado conjunto de un seminario y una semana de metodología histórica en Oviedo, durante el curso 1974-1975, donde participan J. M. Blázquez (h. antigua), J. Valdeón (h. medieval), G. Anes (h. moderna) y M. Tuñón (h. contemporánea).[14] Julio Man-

[9] Las comillas son debidas a que nos resistimos a la usual y abusiva identificación entre "moda" e "innovación", en perjuicio de esta última.

[10] Los historiadores románticos-liberales del siglo XIX ya habían descubierto las revueltas medievales y modernas, y los precursores de la historia del movimiento obrero, desde Fernando Garrido y su *Historia de las clases trabajadoras* (1860), las huelgas obreras y las "agitaciones campesinas" (véase la nota).

[11] Joan Reglà dedica, por ejemplo, en 1970, buena parte de su *Introducción a la historia. Socioeconomía-Política-Cultura* (edición catalana en 1968) a las revoluciones y los "procesos acelerados" de la historia, siguiendo naturalmente a Jaume Vicens Vives, *Ensayo sobre la morfología de la Revolución en la Historia Moderna*, Zaragoza, 1947.

[12] Su moderación de burgués reformista (Josep M. Muñoz I Lloret, *Jaume Vicens Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, 1997) subraya la estrecha relación —más allá de las posiciones políticas de los historiadores— entre renovación historiográfica e historia social "dura", entre revolución historiográfica e interés por el sujeto colectivo.

[13] Con todo, en este mismo congreso, el autor ha matizado que Vicens Vives conoció su trabajo ya terminado.

[14] El carácter interhistórico de las iniciativas renovadoras de hace veinte años se ha visto sepultado, después, por lo que se ha llamado "la primacía del contemporaneísmo", de muy buenos y muy malos efectos (sobre todo en el campo de la educación).

gas (h. antigua), en el prólogo, parte de una afirmación categórica, sin duda compartida por la mayoría de los autores: "El materialismo histórico se presenta en mi opinión, como la única metodología que dispone de un aparato conceptual preciso y congruente".[15] El libro termina con un apéndice, elaborado por los alumnos, sobre "Modos de producción capitalistas", deudor de las *Formaciones económicas pre-capitalistas* (publicadas por Ciencia Nueva en 1967, y por Ayuso en 1975) de Carlos Marx,[16] texto prologado por Hobsbawm, y condicionado por el marxismo estructuralista de Althusser y Balibar, que se había convertido en referencia obligada, y entusiasta, de los jóvenes marxistas españoles: es de Althusser —más que del propio Marx— de donde viene el aparato conceptual al que se refiere Mangas. La filiación estructuralista de la obra se desprende, por otro lado, del mismo título, que hace surgir los conflictos de la existencia objetiva de las clases (antagónicas). En los coloquios que siguen, a las exposiciones orales, le hacen a Valdeón una de esas preguntas que, por aquellos tiempos, tanto nos perturbaban: "A lo largo de su exposición y en el debate, he visto que las cuestiones de la marcha de la Historia se reducen a movimientos objetivos, independientes de la conciencia, de estructuras, ¿dónde, pues, situar el papel del hombre? ¡No se puede encerrar la historia del hombre en fórmulas matemáticas!".[17] La respuesta lapidaria, habitual por aquel entonces,[18] sería espetar que "el marxismo no es un humanismo", sin embargo, Julio Valdeón, y en general los historiadores —a quienes por oficio y formación mal les podía sentar un traje estructuralista negador, en puridad, del sujeto y de su historia—, matiza, "Yo no veo esa contradicción", aunque recae finalmente —fiel a su tiempo, de ahí su representatividad— en la determinación estructural, citando al Marx objetivista: "La conciencia del hombre está determinada por su ser social... 'el hombre hace la historia, pero en unas condiciones que él no ha elegido".[19] Falta sorprendentemente —quizás no tanto— el Marx que escribió, para la Liga de los Comunistas, en 1848, que "la historia de la humanidad es la historia de la lucha de

[15] *Clases y conflictos de clases en la historia*, Madrid, 1977, p. 9.

[16] Se trata de una de las partes más divulgadas de los *Grundisse,* editados en español unos años antes, en 1972, por la editorial Comunicación.

[17] *Clases y conflictos de clases en la historia*, p. 89.

[18] Lo digo autocríticamente porque sería la que yo mismo habría dado.

[19] *Clases y conflictos de clases en la historia*, p. 89.

clases", o el Marx joven de los *Manuscritos: economía y filosofía* (Madrid, 1968),[20] o el Marx historiador del tiempo presente de *Las luchas de clases en Francia* (Madrid, 1967) y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Barcelona, 1968). Más allá de la voluntad —y aun de la práctica— subjetivista y hasta globalizadora de los nuevos historiadores de los conflictos sociales, el medio ambiente político-intelectual impuso un enfoque económico-estructural[21] que acabó por relegar una línea de investigación que, llevada hasta sus últimas consecuencias, podría —todavía puede y debe— contribuir a la superación (dialéctica, si se me permite) de la escisión objeto/sujeto en la historia y en las ciencias sociales. Pero sigamos con nuestro repaso sumario.

En historia medieval el paradigma singular es *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV* (1975), de Julio Valdeón, que comienza asegurando que el conocimiento de los conflictos sociales "es imprescindible para una correcta interpretación del proceso histórico" y que los conflictos que interesan "son básicamente aquellos que reflejan las contradicciones fundamentales de la sociedad", es decir, las contradicciones antagónico-estructurales, "el conflicto entre señores y campesinos",[22] para concluir equiparando a Castilla y León con el resto de la Europa bajomedieval en cuanto a este fenómeno de la agudización de las tensiones sociales, aseveración muy innovadora si tenemos en cuenta que el paradigma establecido en aquel momento era negar el carácter feudal de la sociedad medieval castellana. Valdeón insiste metodológicamente en que hay que ir más allá de una mera tipología, conectando los conflictos con el contexto, introduciendo las luchas sociales, sobre todo las luchas antiseñoriales, en las interpretaciones históricas del final de la Edad Media castellana, ya innovadas por el enfoque dinámico burguesía/nobleza de

[20] El ejemplar de que dispongo —no lo adquirí en su momento, seguramente por falta de interés— está glosado por su anterior propietario, el cual añadió bajo el nombre del editor-traductor (Francisco Rubio Llorente), entre paréntesis, "socialdemócrata", lo cual sonaba a grave insulto político en las aulas universitarias españolas de finales de los sesenta.

[21] Modernidad economicista que entraba en contradicción con las obras pioneras de la historia de los movimientos sociales en España más atentas a la subjetividad social y cultural obrera, y popular, paradójicamente más cercana a Thompson que a la propia historia social española de los setenta, Pere Gabriel, "A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España", *Historia Social*, núm. 22, 1995, pp. 47-48, 52.

[22] *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1975, p. 5.

Viñas Mey o nobleza/monarquía de Luis Suárez,[23] planteamientos, a su vez influídos por la historia social, y que nuestro historiador marxista de los conflictos medievales no rechaza de plano. La novedad que aportó el trabajo de Valdeón —representativo y animador de una notable producción historiográfica sobre las luchas del sujeto social en la Edad Media peninsular[24]— trascendió al medievalismo y a la historia.[25] Si bien la losa del ambiente intelectual del momento, marxista y no marxista, se hacía notar. Julio Valdeón saluda el clásico esquema tripartito —y severamente unidireccional— crisis económica/desequilibrio social/guerra civil, o sea, economía/sociedad/política que —argumenta— aplica Vicens Vives a la Cataluña del siglo XV, como el "camino correcto" para establecer un modelo de estudio de las tensiones sociales, a pesar de tener conciencia de algunos de sus fallos (el descuido de "aspectos tan importantes como las ideologías y las mentalidades colectivas", y el "determinismo" de la economía), remitiendo a las "estructuras de base" toda comprensión de las revueltas sociales,[26] que de ese modo ven (auto)limitadas sus perspectivas historiográficas, más atentas a la búsqueda de causas[27] que de efectos históricos —sobre las estructuras sociales[28]—, los cuales son manifiestamente

[23] *Ídem*, pp. 10-11.

[24] Isabel Beceiro, *La rebelión irmandiña*, Madrid, 1977; Salustiano Moreta, *Malhechores-feudales. Violencia, antagonismos y alianzas de clases en Castilla, siglos XIII-XIV*, Salamanca, 1978; Esteban Sarasa, *Sociedad y conflictos sociales en Aragón: siglos XIII-XV (Estructuras de poder y conflictos de clases)*, Madrid, 1981; véase asimismo la nota.

[25] Véase la reseña de Valeriano Bozal en *Zona Abierta*, núm. 7, 1976, pp. 114-116; el marxismo compartido facilitaba en los años setenta la comunicación interdisciplinar, dentro de la historia y dentro de las ciencias sociales; el mismo papel de interfaz jugaba la escuela de *Annales*, que al mismo tiempo compartía un terreno común —muy evidente en el caso de Vicens Vices— con la historiografía marxista.

[26] "Tensiones sociales en los siglos XIV y XV", *I Jornadas de metodología aplicada de las ciencias históricas*, II, Santiago, 1973, pp. 273-275.

[27] Veáse también Michel Mollat, Philippe Wolff, *Uñas azules, jacques y ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1976 (París, 1970), pp. 237-241.

[28] La rígida teoría de la sucesión de modos de producción, de amplia resonancia entre los historiadores económico-sociales, impedía ver la relación conflictividad social/cambios estructurales, incluso cuando se abordaban las grandes transiciones, es por eso que armó tanto revuelo, entre historiadores no marxistas y aun marxistas, el herético artículo de Robert Brenner (*Past and Present*, 1976) sobre el rol de las clases y la lucha de clases en la transición del feudalismo al capitalismo, *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en el Europa preindustrial*, Barcelona, 1988, pp. 44 ss (se comprueba una vez más la tardía recepción en España de la historiografía marxista angloamericana, crítica con el estructuralismo y el economicismo).

infravalorados,[29] salvo —en esto se distingue Valdeón de otros historiadores marxistas españoles— en el campo, prácticamente inédito, de las mentalidades: "Evidentemente en ningún caso se produjeron cambios sustanciales en la estructura de la sociedad, a los sumo arrancaron algunas conquistas parciales los rebeldes. Pero la consecuencia esencial de las conmociones populares de fines de la Edad Media se registró en las mentalidades colectivas".[30] Por todo lo cual la contextualización deseada del actor social queda en suspenso, sin que se demuestre, al contrario, la "función motora" de la lucha de clases que Marx defendía en algunos de sus escritos, y en su práctica política. La tardía reacción de la historiografía marxista occidental contra el dominante estructuralismo —agravada en España por la tardanza de las traducciones al español[31]— llegó cuando la historia de los conflictos sociales iniciaba ya su repliegue.[32] En 1981 se publica, en castellano, *Miseria de la teoría* de E. P. Thompson, una crítica frontal al "nuevo idealismo marxista" de Althusser y sus epígonos locales, los sociólogos Hindess y Hirst, que escribieron algunas perlas que insurreccionaron al historiador británico: "La historia está condenada al

[29] Otros explican los cambios sociales a largo plazo —estructurales— por la evolución lenta de las economías y las civilizaciones, más que por las revoluciones, Michel Mollat, Philippe Wolff, *op. cit.*, pp. 273-274.

[30] "Tensiones sociales en los siglos XIV y XV", p. 279.

[31] El retraso español y la autarquía académica provocados por el franquismo, la potencia de la escuela de *Annales* y la cercanía de Francia, el desconocimiento del idioma inglés, han coadyuvado a que se ignoraran, durante los años sesenta, las obras que jalonaron la renovación inglesa de la historia social de las revueltas, los conflictos y las clases; véase la nota .

[32] La segunda gran obra de historia medieval sobre conflictos sociales se edita en ese momento: Reyna Pastor, *Resistencias y luchas campesinas en la época del crecimiento y consolidación* de *la formación feudal Castilla y León, siglos X-XIII*, Madrid, 1980.

empirismo por la naturaleza de su objeto (...) El marxismo, como práctica teórica y política, no se beneficia en nada con su asociación a la historia escrita y a la investigación histórica. El estudio de la historia no sólo carece de valor científico, sino también de valor práctico".[33] Se puede decir que adoptando el estructuralismo, como las restantes ciencias humanas y sociales, los historiadores pusimos el zorro a vigilar las gallinas.

También en 1975, Ricardo García Cárcel publica *Las germanías de Valencia*. Libro —derivado de una tesis doctoral dirigida por Joan Reglà[34]— que juega el mismo papel de vanguardia historiográfica[35] que el trabajo citado de Julio Valdeón,[36] en el campo de los modernistas, y está por tanto sujeto a las mismas limitaciones que derivan de los paradigmas compartidos por el marxismo y las ciencias sociales de la segunda posguerra que se difunden en la España de los años setenta. La obra de García Cárcel es la puesta el día —hoy todavía no plenamente superada[37]— de la investigación sobre la revuelta de las germanías, que tenía como precedentes los enfoques de la historiografía tradicional, desde el romanticismo liberal hasta el positivismo, para lo cual se sirvió del típico paradigma estructural-funcionalista de los años sesenta: precondiciones estructurales y coyunturales (subordinadas a las primeras) y pobres efectos históricos

[33] Barry Hindess, Paul Q. Hirst, *Los modos de producción precapitalistas*, Barcelona, 1978 (Londres, 1975), pp. 313-315; E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981 (Londres, 1978), pp. 10-11.

[34] Véase la nota.

[35] Son memorables asimismo los estudios sobre las comunidades de Castilla: Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, *Las comunidades como movimiento antiseñorial (La formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521)*, Barcelona, 1973; Joseph Pérez, *La revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, 1977; y otros análisis históricos de conflictos sociales en el Antiguo Régimen como: Antonio Domínguez Ortiz, *Alteraciones andaluzas*, Madrid, 1973; J. M. Palop Ramos, *Hambre y lucha antifeudal. Las crisis de subsistencias en Valencia (siglo XVIII)*, Madrid, 1977; Bartolomé Yun, *Crisis de subsistencias y conflictividad social en Córdoba a principios del siglo XVI*, Córdoba, 1980.

[36] A la hora de elegir tres obras de referencia que nos permitiesen estudiar las bases paradigmáticas de la historia del movimiento obrero y de la conflictividad social, hemos tenido muy en cuenta el marxismo proclamado de los autores, que les hace mucho más representativos.

[37] El libro de Eulàlia Duran (*Les germanies als països catalans*, Barcelona, 1982) tiene parecida base teórico-metodológica que la obra de García Cárcel, si bien amplía el estudio al principado de Cataluña, etc.; lo mismo pasa con el libro de Stephen Haliczer (*Los comuneros de Castilla. La forja de una revolución, 1475-1521,* Valladolid, 1987 —Wisconsin, 1981—) que abraza de manera explícita los principios metodológicos del estructural-funcionalismo (*ídem*, pp. 22-23, 293), organizando su obra de manera semejante a los historiadores marxistas de influencia althusseriana.

(en su conclusión habla el autor de "la 'poquedad' de la revuelta agermanada"[38]), y entre ambos extremos, tan desigualmente tratados, el desarrollo cronológico de los acontecimientos y la estructura geográfica y sociológica de las germanías.

Para la emergente historia contemporánea la referencia paradigmática es, sin lugar a dudas, Manuel Tuñón de Lara, quien, además de su obra —no sólo empírica, también volcada en la reflexión metodológica e historiográfica,[39] como en el caso de Valdeón—, lleva a cabo año tras año, a lo largo de la década de los años setenta, una labor organizativa clave para comprender el auge en España de la historia social de los siglos XIX y XX: los Coloquios de Pau.[40] Su libro más significativo, a los efectos de esta reseña crítica de la historiografía de los conflictos sociales, es *El movimiento obrero en la historia de España* (1972), que sigue el consabido esquema tripartito — a veces cuatripartito, incluyendo la ideología—, es decir, la economía (estructura y coyuntura), la sociedad (condición obrera) y la política: los acontecimientos (huelgas y conflictos), las organizaciones y ciertos hechos directamente políticos (elecciones y guerras); persiguiendo el contexto, en línea con el paradigma común, más por el lado de las causalidades que por el de los efectos, en cierta contradicción con el título del libro, que constituyó en su momento —y todavía constituye hoy— una referencia monumental, y renovadora, una base sólida para lo que después será la historia del movimiento obrero en España.[41]

[38] *Germanías de Valencia*, Barcelona, 1975, p. 240.

[39] *Introducció a la història del moviment obrer*, Barcelona, 1966; *Metodología de la historia social en España*, Madrid, 1973.

[40] Véase José Luis de la Granja, Alberto Reig Tapia (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993.

[41] Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España (1864-1881)*, Barcelona, 1972; Miquel Izard, *Industrialización y obrerismo. Las Tres Clases de Vapor, 1869-1913*, Barcelona, 1973; Juan Pablo Fusi, *Política obrera en el País Vasco (1880-1923)*, Madrid, 1975; José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español*, Madrid, 1976; Juan José Castillo, *EL sindicalismo amarillo en España*, Madrid, 1977; Carlos Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español (1914-1918)*, Barcelona, 1978; José María Maravall, *Dictadura y disentimiento político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, 1978; Xavier Paniagua, *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español (1930-1939)*, Barcelona, 1982; Aurora Bosch, *Ugetistas y libertarios. Guerra civil y revolución en el País Valenciano*, Valencia, 1983; Santos Juliá, *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases,* Madrid, 1984; Julián Casanova, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, 1985; Manuel Pérez Ledesma, *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, 1987; David Ruiz, *Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934*, Barcelona, 1988.

Tuñón ha sido, también, un ejemplo —por su biografía, lo que es raro entre académicos, y por su trayectoria profesional— de algo que se ha ido perdiendo a lo largo de los años ochenta:[42] el compromiso del historiador ("la vida nacional no puede concebirse sin los obreros",[43] aseguraba, en 1972, pensando sin duda en presente y en futuro).

En sus trabajos metodológicos, Tuñón de Lara es explícito al hablar de sus deudas: Labrousse, Braudel y el materialismo histórico. Factores determinantes, estructuras latentes, coyunturas manifiestas —con su funcionalismo detonante—, métodos cuantitativos y —en cierta contradicción con lo anterior— el principio de la centralidad de la lucha de clases:[44] "El estudio de los conflictos y de sus factores, a todos los niveles, constituye hoy la parte central e indispensable de la ciencia histórica".[45] Sin que se llegue a reconocer abiertamente, como en el *Manifiesto comunista*, que esa constante histórica conflictiva es —o puede ser, no se trata de una ley de "cumplimiento obligatorio", añadiríamos nosotros— el "motor de la historia". Es imposible ver la incidencia de los actores sociales en la historia si éstos no se hacen mayores y se "despegan" de las estructuras. Dificultad epistemológica que ha convertido, a menudo, los trabajos de investigación histórico-social en simples descripciones positivistas. ¿Cómo explicar el cambio social si los conflictos sociales no afectan a las estructuras sociales? Pues de dos maneras, y ambas marginan a la gente común, al sujeto social, mediante el cambio tecnológico-económico (respuesta estructural) o mediante el cambio político (respuesta tradicional). La síntesis, averiguar el interfaz histórico sujeto/objeto, es todavía tarea del futuro (inmediato).

Con todo, los trabajos pioneros que hemos analizado críticamente, y otros muchos que les siguieron, o que les antecedieron, han supuesto un paso de gigante —hay que recordarlo porque se olvida— en la evolución historiográfica española, en cuatro sentidos: a) introducen en la universidad la historia del movimiento obrero y de las revueltas sociales, temas que, hasta los años setenta,

[42] Casimir Martí remata su conferencia en este congreso (*Historia e historiografía del movimiento obrero: mi experiencia*) preguntándose si "la exorcización de todo concepto inspirado en alguna utopía ética o política, incluso en el caso de ser asumido como hipótesis de trabajo" no equivale en la práctica a "dar vida a una historiografía útil al orden, o desorden, establecido".

[43] *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, 1972, p. 12.

[44] Hay que advertir que el término "lucha de clases", mientras existió la censura, se sustituyó normalmente por el de "conflictos sociales".

[45] Manuel Tuñón, "Problemas actuales de la historiografía española", *Sistema*, núm. 1, 1972, p. 44.

estaban marginados académicamente; b) contribuyen a divulgar —o rememorar— fuera de la academia tradiciones de luchas sociales, por una vida digna y por la libertad de las personas,[46] que estaban olvidadas por sus protagonistas y herederos (la historia al servicio de la recuperación de la memoria colectiva); c) permiten la superación crítica de los viejos enfoques romántico-liberales que fabricaron mitos persistentes sobre dichos acontecimientos; y d) aportan nuevas explicaciones económico-sociales, pueda que incompletas pero científicamente superiores a las descripciones eruditas o a las vetustas interpretaciones de tipo conspirativo sobre "la manipulación de las masas" por parte de líderes, organizaciones y partidos de "intereses oscuros".[47] Explicaciones económico-sociales que serán, simultáneamente, la gran aportación por su novedad y el talón de Aquiles por su determinismo de la historiografía social de los años setenta.

La gente común, los obreros, los campesinos, no existían para la historia que se escribía hasta que un grupo de jóvenes y menos jóvenes historiadores —principalmente marxistas y *annalistes*—, pronto instalados académicamente, decidieron ocuparse de ellos. No es poca cosa considerando que, mientras tanto, la sociología, la ciencia política y la psicología trataban las revueltas como "comportamientos desviados", obra de delincuentes sociales,[48] y a sus protagonistas como masas movidas por motivaciones irracionales.[49] La historia se anticipó, pues, a la sociología y a otras ciencias sociales en la recuperación del sujeto social, antes de mayo del 68, y ahí reside el problema, porque las otras ciencias

[46] Rogelio Pérez Bustamente escribe en el prólogo al libro de Javier Ortiz Real,: "Es algo más, pienso yo, que una lucha de clases que enfrenta a los señores y a los campesinos..., se trata de defender lo más importante de todo, la libertad frente al régimen señorial... con la facultad de romper en cualquier momento su vínculo de dependencia", *Cantabria en el siglo XV. Aproximación al estudio de los conflictos sociales*, Santander, 1985, p. 16.

[47] Cuando se publicaron en España los primeros estudios históricos sobre conflictos sociales imperaba oficialmente —¡y tenía su influencia en la universidad!— la teoría de la conspiración judeomasónica-comunista para "explicar" los movimientos sociales tachados de "subversivos"; el riesgo permanente de la historiografía renovadora era, y es, en contraposición con lo anterior, negar el rol de los líderes, organizaciones sindicales y partidos en las luchas sociales...

[48] Un panorama ilustrativo al respecto son los manuales de sociología y politicología manejados en la España de los años 70, Manuel Pérez Ledesma, "Cuando lleguen los días de la cólera' (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta*, núm. 69, 1994, p. 52 n 1; cuando el sociólogo Alain Touraine, a finales de los setenta, principia a trabajar sobre los movimientos sociales, ya estaban puestas las bases historiográficas, en francés y en inglés, años cincuenta y sesenta, de la nueva historia social, *ídem*, pp. 53-54.

[49] Julio Seone y otros, "Movimientos sociales y violencia política", *Psicología política*, Madrid, 1988, p. 201.

humanas ahogaron la prematura subjetividad de la nueva historia, que no pudo exportar su experiencia a contracorriente por diversas razones, en primer lugar por algo que nuestra disciplina arrastra desde la primera revolución paradigmática, el positivismo: cierta incapacidad teórica.

Resumiendo: los propios pecados de la historiografía y la influencia de la economía, el estructural-funcionalismo y el cientifismo, dictaron una lectura objetivista y economicista de la práctica histórica, a partir de la II Guerra Mundial,[50] que diluyó nuestros tempranos esfuerzos historiográficos en favor de una historia con sujeto, es decir, de enfoque más global.[51]

El papel tan secundario que el paradigma objetivista dominante hacía jugar al sujeto de la historia lleva casi a su desaparición de la escena historiográfica. El mismo Hobsbawm, en su conocido artículo, "De la historia social a la historia de la sociedad" (1971), nostálgico de una historia total que no llega,[52] mantiene la idea de un fuerte "vínculo entre historia social e historia de la protesta social", que "sigue constituyendo un laboratorio perfecto para el historiador", pero toma nota ya del "predominio de lo económico sobre lo social" a causa de la influencia del marxismo y de la "escuela histórica alemana",

[50] Carlos Barros, "El paradigma común de los historiadores del siglo XX", *Estudios Sociales*, núm. 10, Santa Fe, 1996, p. 39.

[51] Josep Fontana, siguiendo a los historiadores marxistas ingleses, quiso esbozar una vía distinta, no estructuralista, en la historiografía española, que no tuvo continuidad, para "la averiguación de los nexos que enlazan los hechos económicos con los políticos o los ideológicos", *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Barcelona, 1973, p. 5.

[52] Esta idea de alargar el concepto de historia social hasta confundirlo con la noción de historia global, identificando sociedad con totalidad, que también sedujo a Lucien Febvre, no nos ayuda mucho a los que creemos que el problema historiográfico y teórico de la historia global sigue sin resolver.

"de la absoluta superioridad de la economía sobre las otras ciencias sociales", y del "consenso tácito de los historiadores" de partir del estudio de la estructura económica y social "hacia afuera y hacia arriba", asegurando que "soy la última persona que desearía desanimar a los interesados en estos temas [las revoluciones], no en vano he dedicado buena parte de mi tiempo profesional a ellos. Sin embargo...", y aconsejando finalmente que se inserten las revoluciones en periodos temporales más amplios, persiguiendo "la comprensión de la estructura".[53] Lo cual no está mal si no no fuese porque, acusando el impacto objetivista sin luchar frontalmente contra él (como hará Thompson más tarde), se favorece, cualquiera que sea la intención del autor,[54] el relegamiento de la acción colectiva en la historia, el academicismo y la hostilidad a la teoría.[55]

¿Cuál es el problema? Que el estructural-funcionalismo fue pensado para integrar productivamente el conflicto social en la estructura y evitar, en lo inmediato, la posibilidad de un cambio social radical.[56] Su hegemonía en las ciencias sociales de la posguerra potenció la difusión del Marx maduro del prólogo a la *Crítica de la economía política* (1859), que veía la revolución social como resultado de las contradicciones (objetivas) entre fuerzas productivas y relaciones de producción, en detrimento del Marx joven del *Manifiesto comunista* (1848) que veía la historia de la humanidad como resultado de la lucha de clases, con lo cual no sólo el marxismo quedó desnaturalizado, *handicapé*, sino que el conjunto de los historiadores sociales se encontraron, casi sin percatarse, por causa de los "consensos tácitos" propios de la academia, que tan bien explicó Kuhn y que refleja el citado artículo de Hobsbawm, sin temas tan sustantivos de investigación como los conflictos, las revueltas y las revoluciones. Pero la historia no puede prescindir del sujeto sin suicidarse como disciplina, por algo regresó con

[53] *Historia Social*, núm. 10, pp. 5-7, 15, 22-23.

[54] Ya hemos hablando de la tardía reacción de la historiografía occidental, a los ataques del estructuralismo —y sus aliados objetivos— a la disciplina histórica, y esto en el mejor de los casos —la historia social inglesa— porque en Francia, en tiempos de Fernand Braudel y los segundos *Annales*, no sólo no se reaccionó sino que se llevó hasta sus últimas consecuencias, para bien y para mal, la adaptación a los paradigmas objetivistas: geohistoria, larga duración, etcétera.

[55] Para paliar todo esto, entre otras cosas, surge en los años setenta, en Gran Bretaña, el movimiento del *History Workshop* y la "historia desde abajo", Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, 1984 (Londres, 1981).

[56] *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*, Madrid, 1982 (UNESCO, 1970), pp. 362-363.

tanta fuerza —tentando ocupar el sitio que dejó libre el actor social— el sujeto tradicional: individual, político, narrativo.

El giro de 1982

En 1982, dos jóvenes historiadores sociales, José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, publican un artículo, "Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?",[57] que por su osadía y ambición,[58] representatividad[59] y consecuencias, merece figurar destacadamente en los anales de la reflexión historiografía autóctona.[60]

Los autores dicen no renunciar a "la centralidad de las luchas obreras", afirman que "se puede seguir haciendo historia del movimiento obrero, pero con nuevas orientaciones", que "nadie puede ignorar su decisiva importancia en los

[57] *Revista de Occidente*, núm. 12, 1982, pp. 19-41.

[58] El hecho de que el término "ambicioso" —al igual que "optimista"— haya adquirido connotaciones peyorativas entre no pocos historiadores —por ejemplo, a la hora de evaluar un proyecto de investigación—, prueba cierto agotamiento generacional de ideas y de ánimos, y no sólo en España.

[59] Pere Gabriel lo ve como el resumen final de una serie creciente de posiciones críticas, como el fin de un ciclo, "A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España", *Historia Social*, núm. 22, 1995, pp. 45, 52.

[60] Uno no deja de sorprenderse que se haya dejado pasar la ocasión del núm. 10 de *Historia Social* (1991), dedicado a "Dos décadas de historia social", para reeditar este trabajo, entre otros; al final va a tener razón Santos Juliá cuando critica a esta publicación —la mejor de la que disponemos— por no publicar más que traducciones sobre cuestiones de teoría e historiografía, "La historia social y la historiografía española", *Ayer*, núm. 10, 1993, p. 44.

últimos ciento cincuenta años de historia europea. No hicieron la revolución que soñaban, pero forzaron una serie de cambios que han marcado profundamente las sociedades", cambios que "se ven curiosamente minimizados por la 'historia del movimiento obrero' clásica que, de esta forma, tira piedras contra su propio tejado".[61] Pero dicha centralidad, se quiera o no, resulta menguada al negársele, a la historia del movimiento obrero, el "estatuto epistemológico privilegiado" de que disfrutaba y al sustituirla por la "historia de los movimientos sociales".[62]

Las críticas que se hacen a la historia del movimiento obrero de los años setenta son de tres tipos: a) una historia militante, semi-clandestina,[63] teleológica, obrerista, beaturrrona[64] y autocomplaciente, puro "realismo social"; b) una historia simplificadora, determinada por la economía, basada en esquemas preconcebidos que excluyen las hipótesis previas, dominada por el marxismo vulgar;[65] c) una historia tradicional, centrada en el estudio de las ideologías, las instituciones —sindicatos y partidos obreros— y los individuos —dirigentes obreros.[66] El exceso de la crítica y su unilateralidad[67] es tan obvio como probablemente necesario: no se hace una tortilla sin romper algunos huevos.

Las propuestas de los dos autores son, consecuentemente: despolitizar la historia social española, hacerla más académica, liberarla de apriorismos ideológicos, renovar la temática (estudiar a los trabajadores y sus condiciones de

[61] *Revista de Occidente*, núm. 12, pp. 38-39.

[62] *Ídem*, pp. 38, 40.

[63] Otros han llamado a esta historia supercomprometida, nacida de la militancia antifranquista, "frentepopulista", Carlos Barros "Inacabada transición de la historiografía española", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 24, Bordeaux, 1996, p. 474.

[64] Santos Juliá, "Fieles y mártires. Raíces religiosas de algunas prácticas sindicales en la España de los años treinta", *Revista de Occidente*, núm. 23, 1983.

[65] La reacción contra el marxismo vulgar no supuso, por parte de los renovadores españoles, en contraposición con lo sucedido en Inglaterra, la proposición alternativa de "otros" marxismos, empezando por los que están en el mismo Marx: el éxito político del PSOE, una vez abandonado el marxismo, digamos que no ayudó nada, en este aspecto, al rearme intelectual de los historiadores sociales.

[66] Se sobreentiende que la crítica es también autocrítica; los propios autores, antes y después de su artículo-manifiesto, se dedicaron brillantemente a estos géneros tradicionales: José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español*, Madrid, 1976; Manuel Pérez Ledesma, *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, 1987; José Álvarez Junco, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, 1990 (véase la reseña laudatoria publicada en la revista dirigida por Tuñón de Lara, *Historia Contemporánea*, núm. 5, 1991, pp. 247-239); Manuel Pérez Ledesma (coord.), *El Senado en la historia*, Madrid, 1995.

[67] Con toda evidencia, se tira piedras en el propio tejado al no valorarse mejor el papel renovador de la historia social en la España del tardofranquismo y la transición.

vida y de trabajo, otros movimientos sociales y políticos, la patronal, partidos no obreros, la relación de las clases con el Estado) y metodológicamente (aprendiendo de la sociología y otras ciencias sociales, y de la historiografía inglesa[68] y francesa —historia de las mentalidades[69]), en suma, "salir del marco, a veces asfixiante, en que se han movido hasta ahora los estudios de historia del movimiento obrero".[70]

Como programa renovador lo dicho sigue vigente: quedan no pocas cosas que innovar en la historia los movimientos sociales en España, sobre todo ahora que retornan historiográficamente los conflictos sociales, pero también mucho por superar del planteamiento hipercrítico, iconoclasta, de 1982.

Lo primero es apoyar si cabe más decididamente el resurgir de la historia de conflictos y revueltas, que los excesos renovadores de los años ochenta han contribuido a marginar, pese a la mejor intención de sus promotores: como historiadores sabemos que los resultados históricos, y también los historiográficos, son, en buena medida, involuntarios, entran en juego otros factores, internos y externos, además de nuestra "elección racional".

Lo segundo es hacer justicia historiográfica —el reconocimiento personal ya la han hecho los propios autores en el artículo citado[71]— a Tuñón de Lara después de la inevitable "muerte del padre" ejecutada por nuestros críticos. No parece que sea de recibo aplicar a Tuñón de Lara el retrato dogmático, teleológico y tradicional, salvo los condicionamientos y las limitaciones historiográficas e ideológicas de la época, tanto más si no se deja claro su papel esencial en la "primera ruptura".[72] La temática de huelgas y conflictos, de ideologías sindicales y políticas, de sindicatos, partidos y líderes obreros, sabemos hoy sobradamente que no decide por sí misma si una historia es vieja o nueva, es la innova-

[68] Las obras principales inglesas sobre movimientos y revueltas sociales fueron traducidas al español, en los años setenta y ochenta, por las editoriales Siglo XXI y Crítica, sin que —hasta los años noventa— hayan influido demasiado en la historiografía social española.

[69] Sobre su tardía recepción en España, véase Carlos Barros, "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales", *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, pp. 59 ss.

[70] *Revista de Occidente*, núm. 12, p. 40.

[71] "Tuñón de Lara, maestro y amigo de toda esta generación, incluso de quienes discrepamos a veces de sus planteamientos", *ídem*, p. 20; veáse la nota siguiente.

[72] Cosa que, sin embargo, sí se hace, después, en Manuel Pérez Ledesma, "Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero", *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993, pp. 204 ss.

Huichihuayan, S.L.P. Héctor Hernández

ción de los enfoques —amén de la calidad de los resultados— lo que más vale.[73] Además, acaso no escribía el propio Tuñón, autocríticamente, en 1973, que "el enfoque episódico de la historia laboral (es decir, un contenido relativamente nuevo y preciso, pero con métodos antiguos), en el que todos hemos incurrido en mayor o menor escala, parece que está en trance definitivo de superar".[74] No ha sido así, pero las culpas sería injusto cargárselas todas a Tuñón —como tampoco los efectos últimos de la renovación a los citados autores—, que tenía clara —no era otra su experiencia— la necesidad de abrirse a nuevos métodos y temas para

[73] Tesis 8 de "La historia que viene", *Historia a debate*, I, 1995, pp. 104-105.
[74] *Metodología de la historia social de España*, Madrid, 1973, p. 91.

tratar la historia del movimiento obrero, como reconocen —y citan— sus propios críticos para afianzar sus planteamientos,[75] y, en concreto, a la historia de las mentalidades sociales.[76] Cierto que si dejásemos de lado la historia del movimiento obrero,[77] la cuestión cambia, entonces, la obra de Tuñón de Lara —y la de los propios autores del artículo—, nos sería menos útil.

Lo tercero es criticar que los defensores de la "segunda ruptura" se hayan concentrado justamente en la renovación temática y metodológica, y hayan dejado el paradigma subyacente incólume. Porque la debilidad de la historia social de los años setenta está principalmente en el paradigma economicista, estructuralista y objetivista que la informó, la contradijo y la refrenó. Cuestionan los autores el reduccionismo económico, pero nada dicen del corsé estructural y objetivista,[78] lo cual concuerda con la conclusión final de nuestra crítica (de la crítica): se quiera o no se echó el niño por el agujero de la bañera junto con el agua sucia. A pesar de la centralidad formalmente proclamada de las luchas sociales, la ampliación temática y la emergencia social e ideológica de lo que —años después— Ignacio Ramonet llamó pensamiento único, relegaron, en la década de los ochenta, la investigación académica de los movimientos obreros, conflictos, revueltas y revoluciones.[79] Esta tendencia objetiva del contexto sociopolítico, esto es, la ola neoconservadora liderada por M. Thatcher y R. Reagan, ha sido factor decisivo en el retroceso del sujeto social de la realidad y de las investigaciones históricas. Ahora bien, faltó esa función crítica del historiador insistiendo más en aquellos temas que, siendo pertinentes científicamente, podían resultar desfavorecidos por la coyuntura político-ideológica.

La necesidad de renovación temática y metodológica manifestada en el artículo de *Revista de Occidente* era compartida, a principios de los años ochen-

[75] *Revista de Occidente*, núm. 12, p. 38.

[76] Que hoy sigue estando muy ausente de la historia contemporánea de los movimientos sociales pese a Tuñón, Álvarez Junco y Pérez Ledesma.

[77] En cierto sentido, así fue, como se reconoce en Pere Gabriel, Josep Ll. Martín, "Clase obrera, sectores populares y clases medias", *La sociedad urbana en el España contemporánea*, Barcelona, 1994, pp. 134-135.

[78] A pesar de que, en 1981, se había publicado *Miseria de la teoría* y de que los autores habían sabido identificar una de sus consecuencias más negativas: la infravaloración de los resultados históricos de los conflictos.

[79] Afortunadamente no del todo (véanse las notas).

ta, por una gran parte de los historiadores sociales.[80] En el número 2/3 (1982) de la revista *Debats* se publica una mesa redonda sobre "Movimientos sociales", aprovechando el primer encuentro de historiadores sociales en Valencia, en 1981, con la participación de J. J. Castillo, J. Termes, P. Gabriel, J. Álvarez Junco, S. Castillo, S. Juliá, C. Forcadell, M. Pérez Ledesma, J. A. Piqueras, A. Bosch, J. Paniagua, M. Cerdá y S. Forner. Las conclusiones son parecidas a las del trabajo anterior, se añaden líneas renovadoras como la historia oral y la historia de las mujeres —aún hoy poco desarrolladas—, y se matiza bastante el llamamiento a la ruptura del artículo de Álvarez Junco y Pérez Ledesma en el sentido que venimos de anotar. Carlos Forcadell prefiere hablar de "segunda recepción" de la historiográfia europea del movimiento obrero, considerando que —en comparación con Europa— la historia del movimiento obrero español era todavía débil: "incluso remitiéndonos al plano institucional, al estudio de los partidos, de los grupos dirigentes". Santos Juliá a continuación insiste: "como ejemplo de que aquí no se ha hecho historia institucional, recordemos que no tenemos una historia del Partido Comunista como la que los italiano tienen [y seguimos sin tenerla]. Me da la impresión de que estamos apurando una historia que no hemos hecho".[81]

[80] Las primeras críticas fueron tradicionales, en favor del empirismo, y contra el "sentimentalismo obrerista", Juan Pablo Fusi, "Algunas preocupaciones recientes sobre la historia del movimiento obrero", *Revista de Occidente*, núm. 123, 1973, pp. 358-368 (también *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, 1975); asimismo contra el moralismo, y el peso de los dirigentes y de los acontecimientos, Josep Fontana, *La historia*, Barcelona, 1973, pp. 33 ss; se hizo ver la desatención hacia el movimiento campesino y popular, Jaume Torras, *Liberalismo y rebeldía campesina*, Barcelona, 1976, pp. 9-11; Miquel Izard, "Orígenes del movimiento obrero en España", *Estudios sobre historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, I, Madrid, 1981, pp. 294-297; se dijo que había que "bajar del grupúsculo a la clase social", Josep Termes, prólogo a F. Bonamusa, *Andrés Nin y el movimiento comunista en España (1930-1037)*, Barcelona, 1977; se propuso desideologizar la historia del movimiento obrero y reemplazarla por una historia de las *industrial relations*, Ignacio Olábarri, *Relaciones laborales en Vizcaya (1890-1936)*, Durango, 1978; "Las relaciones de trabajo en la España contemporánea: historiografía y perspectivas de investigación", *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 5, Murcia, 1986; y, por último, se ofrecieron alternativas teóricas revisionistas al marxismo clásico: Santos Juliá, "Marx y la clase obrera de la revolución industrial", *En Teoría*, núm. 8/9, 1981-1982, pp. 99-135; Ludolfo Paramio, "Por una interpretación revisionista de la historia del movimiento obrero europeo", *ídem*, pp. 137-183.

[81] *Debats*, núm. 2/3, p. 96.

Se hacen en esta reunión otras proposiciones interesantes: la edición de una revista,[82] la elaboración de modelos propios de investigación,[83] la necesidad de una sociología del historiador "analizando la clase social de la que procede, la ideología en que se ha formado, y, lo que sería más complicado, a quién ha servido esta historia",[84] argumenta Álvarez Junco, el cual, más adelante, reconoce sincera y proféticamente que "nosotros, urbanos, clase media intelectual, que queremos el poder y estamos rivalizando con otros que lo tienen en este momento".[85]

Santiago Castillo se queja en Valencia de que la mayoría de los que están allí "tienen que trabajar en una cosa que no tiene nada que ver con la investigación histórica, dedicando su tiempo libre a este tipo de estudios. Además dedicando parte de los pocos ingresos estables a fichas, folios, fotocopias...".[86] Bueno, haber investigado y renovado la historia en esas condiciones es todo un ejemplo para las nuevas generaciones, que desde luego lo tienen más difícil.[87] Así y todo, la mayoría de los participantes en la reunión de *Debats* eran, todavía, profesores adjuntos de universidad.[88] Añadimos "todavía" porque, en aquel momento, buena parte de los nuevos historiadores de la economía y la sociedad, en las áreas de conocimiento histórico más tradicionales, y de la misma generación, habían logrado ya la "consolidación funcional",[89] algunos incluso la cátedra. La verdad es que ser contemporaneísta y marxista no facilitaba las cosas, de entrada, en la

[82] Que será, seis años después, *Historia Social,* como recuerda la presentación del primer número (1988).

[83] Se entienden aún menos las reticencias posteriores de *Historia Social* a publicar reflexiones teóricas o historiográficas de autores españoles (véase la nota)

[84] La verdad es que a los historiadores nos turba en exceso que sean conocidos públicamente nuestros condicionamientos sociales, ideológicos y políticos, claves esenciales para la interpretación de nuestro trabajo de investigación, *Debats*, núm. 2/3, p. 120; el mejor ejemplo internacional, en sentido contrario, *Essais d'ego-histoire*, París, 1987; Santos Juliá sigue insistiendo en lo interesante que sería una sociología del historiador en "La historia social y la historiografía española", *Ayer*, núm. 10, 1993, p. 46.

[85] *Debats*, núm. 2/3, p. 132.

[86] *ídem*, p. 100.

[87] Un muestra de sus opiniones es la comunicación de la Escuela Libre de Historiadores de Sevilla en el Congreso de Santiago: "La universidad más allá de la institución. La historia más allá de la universidad", *Historia a debate*, III, 1995, pp. 257-264.

[88] *Debats*, núm. 2/3, pp. 134-135.

[89] Término empleado en el editorial del núm. 1 de *Historia Social* para referirse de nuevo a la situación que tenían en sus orígenes los promotores de la revista.

universidad española de los años setenta.[90] El viraje dado, en este aspecto, en la década siguiente, gracias a la renovación historiográfica y a la transición, al acceso al poder del PSOE y a la consolidación de la democracia, dentro y fuera de la universidad, fue tan espectacular que ahora estamos obligados a rectificar: llevando el péndulo a una posición más centrada[91] y ayudando en el relevo generacional.

La coyuntura política es, en efecto, vital para comprender el giro historiográfico y académico focalizado en el año 1982. No es casual que la primera gran victoria electoral por mayoría absoluta del PSOE, que tres años antes abandonara el marxismo,[92] tenga lugar este mismo año de 1982. No se trata tanto de una influencia directa, pues el cambio historiográfico que estamos analizando es anterior al cambio electoral favorable a la izquierda, como del hecho de que ambos acontecimientos, de características manifiestamente distintas, comparten una misma coyuntura intelectual y mental. La historia es hija de su tiempo, y sufre, como todas las ciencias humanas y sociales, los cambios "climatológicos", especialmente en un terreno tan sensible como la historia del movimiento obrero y de los conflictos sociales, que fue, en un principio, "una forma de militancia antifranquista".[93]

En 1982 se consolida, por lo tanto, el cambio de hegemonía en el campo político-social, y también cultural, de las izquierdas, del PCE al PSOE,[94] de las luchas sociales de los años setenta a las luchas electorales de los ochenta. Antes ya se había producido la frustración (pactos oposición antifranquista/reformistas

[90] La dedicación a la militancia política, y la represión de la dictadura, dificultó la carrera académica —y en el mejor de los casos la retrasó— de aquellos universitarios de los años sesenta y setenta más consecuentes con su compromiso político y moral: el paradigma singular, aún perteneciendo a la generación anterior, es, otra vez, Manuel Tuñón de Lara y su tardía incorporación a la universidad.

[91] No sólo reorientando la investigación, también reequilibrando, en la universidad y más aún en la enseñanza media, la atención concedida a las diversas edades cronológicas para contrarrestar los efectos negativos de la primacía del contemporaneísmo; es valioso el esfuerzo que se trasluce, en este sentido, en el libro: Manuel Pérez Ledesma, *Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D*, Madrid, 1990.

[92] José Antonio Piqueras, "El abuso del método, un asalto a la teoría", *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991, p. 99.

[93] Miquel Izard, "Orígenes del movimiento obrero en España", *loc. cit.*

[94] Es entonces cuando el término socialdemócrata recobra cierto prestigio (véase la nota), para ser, pasando el tiempo, motivo de añoranza.

franquistas) de los impulsos revolucionarios nacidos en la universidad de los años sesenta y setenta, y la casi desaparición de una serie de partidos (PTE, ORT, MCE, LCR...) que tuvieron gran influencia entre los estudiantes universitarios y cultivaban un marxismo clásico con buenas dosis de esquematismo y dogmatismo, paradójicamente tanto estructuralista como voluntarista.[95] El fin de la transición conlleva la desaparición paulatina de la escena política de unos movimientos sociales —el movimiento obrero se institucionaliza, el movimiento estudiantil se eclipsa—, que cuando reaparecen, fugazmente, será para confrontarse justamente con la política laboral, económica y educativa de los gobiernos socialistas. Todas estas "frustraciones", lo que se llamó "el desencanto", la necesidad para algunos de "volver a empezar" profesionalmente, la "reconversión" ideológica de casi todos, acabó en los años ochenta con el compromiso político del intelectual (el canto del cisne fue, sin lugar a dudas, el *referendum* sobre la OTAN de 1986) y coadyuvó a desideologizar las líneas de investigación académica más cercanas al marxismo proponiendo estas "segundas rupturas".[96] Paradójicamente la moderación política e ideológica no acabó con el "frentepopulismo", anacrónico en el contexto político y universitario posterior a la transición, pero continuamente alimentado por las luchas de bandos por el poder académico y electoral, tendencialmente bipartidistas ("rojos" y "azules", y últimamente "nacionalistas" y "antinacionalistas").

En el contexto del regreso en los años noventa del interés por la historia de los conflictos sociales, fue retomado con fuerza el giro historiográfico de 1982

[95] No mucho más que entre los militantes del hegemónico PCE, a pesar de su política "reformista" y "revisionista", según las acusaciones típicas de los "izquierdistas" universitarios de los años setenta.

[96] Con la claridad que les caracteriza, Álvarez Junco y Pérez Ledesma terminan su artículo así: "Ser infieles a nuestra juventud parece, en este caso al menos, una buena recomendación intelectual", *Revista de Occidente*, núm. 12, p. 41.

en diversas ocasiones,[97] y reevaluado, por sus promotores —y por otros colegas más jóvenes— replanteando[98] u "olvidando"[99] argumentos, continuando y reconstruyendo el discurso renovador, y/o reaccionado contra él, tratando, en resumidas cuentas, de orientarse en esta década y media caracterizada historiográficamente por la honda crisis del paradigma común de la posguerra —donde hay que insertar nuestro debate sobre la historia del movimiento obrero—, por la fragmentación galopante de objetos y enfoques, por el crecimiento desordenado de nuestra disciplina, por el retorno de los géneros tradicionales, por la emergencia de candidatos a nuevos paradigmas...

[97] Manuel Pérez Ledesma, "Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva medotología", *Studia Histórica*, vol. VI-VII, 1990; Guillermo A. Pérez Sánchez, "Una manera de hacer historia social o la confirmación de un nuevo enfoque", *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991; José Antonio Piqueras, "El abuso del método, un asalto a la teoría", *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991; Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, 1991; Ángeles Barrio, "A propósito de la historia social del movimiento obrero y los sindicatos", *Doce estudios de historiografía contemporánea*, Santander, 1991; Carlos Forcadell, "Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española", *Historia Contemporánea*, núm. 7, 1992; Santos Juliá, "La historia social y la historiografía española", *Ayer*, núm. 10, 1993; Manuel Pérez Ledesma, "Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero", *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993; "Cuando lleguen los días de la cólera' (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta*, núm. 69, 1994 (también en *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993); Pere Gabriel, Josep Ll. Martín, "Clase obrera, sectores populares y clases medias", *La sociedad urbana en el España contemporánea*, Barcelona, 1994; José Álvarez Junco, "Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad posfranquista", *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, 1994; "Aportaciones recientes de las ciencias sociales al estudio de los movimientos sociales", *Historia a debate*, III, Santiago, 1995; Pere Gabriel, "A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España", *Historia Social*, núm. 22, 1995, pp. 43-53; Carlos Gil Andrés, "Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración", *Historia Social*, núm. 23, 1995, p. 123.

[98] Se reformula la propuesta de 1982 sobre la historia del movimiento obrero, ampliando sugerentemente su temática, aprendiendo de medievalistas y modernistas, pero se sigue dejando fuera de la investigación las huelgas y los conflictos, vistiendo un santo para desvestir otro: primer círculo, organizaciones obreras y dirigentes; segundo círculo, afiliados y sus condiciones de vida y trabajo; tercer círculo, vida cotidiana y mentalidades de los obreros "conscientes"; y cuarto círculo, mentalidades y condiciones de vida y trabajo de los trabajadores en general, Manuel Pérez Ledesma, "Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología", *Studia Histórica*, vol. VI-VII, 1990, pp. 12-13.

[99] No comparto la idea de Santos Juliá (*Ayer*, núm. 10, pp. 39-40) y otros, de que los historiadores sociales de los años sesenta y setenta no eran, en el método y la teoría, marxistas: los más importantes si lo fueron, y entre ellos están por supuesto los protagonistas del auge de la historia de conflictos sociales, que estamos citando en este trabajo.

El balance del movimiento renovador de los años ochenta es considerado negativamente por la mayoría de los autores que han vuelto sobre ello, entre 1990 y 1995. Ángeles Barrio habla de escasa fecundidad; Carlos Gil, citando a la anterior, entre otros, de que "los frutos de la ruptura no parecen haber alcanzado la altura de las expectativas creadas";[100] Pere Gabriel reconoce que "pasada ya más de una decena de años, no puede decirse que ese empujón del péndulo hacia el otro lado haya producido resultados mejores",[101] que "no hemos hecho gran cosa", y condena el "cliché reduccionista" con que se enjuició la historia social 1959-1982;[102] Carlos Forcadell, que ya había hecho notar sus matices críticos en Valencia, insiste: "está muy extendida la sensación de que los frutos de los manifiestos metodológicos del 82, aun existiendo, van por detrás de las exigencias que planteaban";[103] José Antonio Piqueras se interroga sobre cómo se hace la historia social en España y arremete en su respuesta contra "la entronización del empirismo y la 'desteorización' de la práctica histórica";[104] José Álvarez Junco, en el I Congreso Internacional Historia a Debate, es el más claro y autocrítico, acepta el (relativo) fracaso del movimiento renovador[105] y pone el dedo en la llaga: "la rutina o la carencia de modelo alternativo con similar capacidad de explicación global hace del tratamiento historiográfico de los movimientos sociales en España siga proclamando su fidelidad a ese modelo [el paradigma heredado]".[106]

Hay mucho de verdad en esta crítica-autocrítica de uno de los firmantes del artículo de *Revista de Occidente*, los viejos paradigmas —y la nueva historia que llegó a España en los años sesenta y setenta es ahora ya, la vida no perdona, un viejo paradigma— siguen vigentes mientras la comunidad de historiadores no los sustituye plenamente mediante el consenso. Pero se sigue, en nuestra opi-

[100] Carlos Gil, *op. cit.*, p. 122.

[101] Pere Gabriel, Josep Ll. Martín, "Clase obrera, sectores populares y clases medias", *La sociedad urbana en el España contemporánea*, Barcelona, 199, pp. 134-135.

[102] Pere Gabriel, "A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España", *Historia Social*, núm. 22, 1995, p. 45.

[103] Carlos Forcadell, *op. cit.*, p. 111.

[104] José Antonio Piqueras, , *op. cit.*, p. 88.

[105] Nos quejamos constantemente de la falta de "escuelas" en la historiografía española y minusvaloramos fenómenos originales y autóctonos como Vicens Vives, Tuñón de Lara y el grupo de jóvenes historiadores sociales del 82 (con notables diferencias internas, pero no menos concomitancias y acciones conjuntas).

[106] José Álvarez Junco, , *op. cit.*, p. 101.

nión, planteando mal el problema. Si los historiadores sociales no aceptaron, hasta hoy, reemplazar netamente la historia del movimiento obrero por la historia de los movimientos sociales, si no se supo elaborar un paradigma alternativo global, es, en nuestra opinión y resumiendo, porque se cometieron algunos "errores": a) favorecer, voluntaria y/o involuntariamente, el abandono de una historia de la historia del movimiento obrero,[107] imprescindible para una historia de los movimientos sociales que se precie, que, al ser negado en la práctica el primer impulso renovador de Tuñón de Lara y los Coloquios de Pau, tiende a volver por sus fueros verdaderamente tradicionales; b) dejar fuera de la crítica la distorsión estructuralista, objetivista y cientifista, del paradigma común de los historiadores del siglo XX, neutralizando así los esfuerzos propugnados para vencer al economicismo, para innovar temática y metodológicamente, para conservar el interés por los actores sociales; c) desconectar el debate sobre historia del movimiento obrero y de los movimientos sociales del debate historiográfico general —en cambio que se atiende mejor el debate de la sociología—, más allá de los historiadores contemporaneístas, toda vez que no pocos de los problemas suscitados sólo pueden tener solución si se sale del estrecho marco de los historiadores sociales de los siglos XIX y XX; d) olvidar la historia global, error compartido con casi toda la historiografía occidental de las últimas décadas, y de alguna forma justificado por el estrepitoso fracaso de la historia "total", concretamente de la lectura estructuralista y determinista que se hizo de este concepto historiográfico fundamental; e) haber considerado críticamente el contexto político que ha informado la "primera ruptura" (una historia repensada por la generación del 68 "de forma apresurada, semi-clandestina y con una utilidad en gran medida política"[108]), y no haber hecho lo mismo con las condiciones políti-

[107] El actual florecimiento de la historia del movimiento obrero desmiente la idea de que se trataba de una temática agotada, a principios de los años ochenta, de que estaba la "misión cumplida" como ha recordado Manuel Pérez Ledesma recientemente, "Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero", p. 211.

[108] *Revista de Occidente*, núm. 2/3, p. 41; se denuncia, por lo demás, en tono francamente "frentepopulista", el "contenido más político" de la "ofensiva" de Olábarri y Vázquez de Prada en favor de "substituir el concepto de 'movimiento obrero' por la forma más neutra de 'relaciones laborales" (*ídem*, p. 21) que, a fin de cuentas, tampoco estaba tan distante de la propuesta, también a la ofensiva —¡cómo debe ser!— de nuestros autores, asimismo con pretensiones de neutralidad: "¿No habría que pensar una segunda ruptura, orientada ahora fundamentalmente por preocupaciones científicas?" (*ídem*, p. 41).

cas, ideológicas y de mentalidad que coadyuvaron y alimentaron el giro del 82,[109] y su posterior incidencia en la historia social de los años ochenta, sin lo cual no se comprende su relativo fracaso.[110] En fin, entrecomillábamos antes la palabra "errores" porque, hacia 1982, año de grandes ilusiones renovadoras, esto es, después del golpe del 23-F (1981) y de la toma de Valencia por parte de Miláns del Bosch, no era fácil preveer el apogeo de la posmodernidad historiográfica[111] o la vuelta de la historia tradicional, la caída del muro de Berlín o la negativa evolución política nacional;[112] y porque, en todo caso, es así, aprendiendo del pasado, como podemos elaborar propuestas más atinadas para el futuro (inmediato).

El retorno de los años noventa

Aunque en los años ochenta el interés de la historia en general, y de la historia social en particular, por los conflictos, las revueltas y los movimientos sociales, disminuyó notablemente, ello no quiere decir que no se continuasen publicando obras de investigación, algunas muy interesantes, en historia medieval,[113] moderna[114] y historia contemporánea,[115] como estela del empuje anterior y/o por la

[109] No es el caso de Piqueras, véase la nota.

[110] El mejor antídoto frente a las mayoritarias evaluaciones autocríticas, son los balances favorables, que reflejan igualmente la realidad: Manuel Pérez Ledesma, "Manuel Tuñón de Lara y la historiografía del movimiento obrero", p. 214; Santos Juliá, "La historia social y la historiografía española", p. 40; Guillermo A. Pérez Sánchez, "Una manera de hacer historia social o la confirmación de un nuevo enfoque", pp. 429-431.

[111] Uno de cuyos exponentes más lúcidos —la propuesta tiene sus cosas buenas y malas— es Santos Juliá, "¿La historia en crisis?", *Historia a debate*, I, Santiago, 1995, pp. 143-145.

[112] Otan, Filesa, Gal, Roldán, Rubio ...

[113] José María Monsalvo Antón, *Teoría y evolución de un conflicto social. El antisemitismo en la Corona de Castilla en la Baja Edad Media*, Madrid, 1985; Javier Ortiz Real, *Cantabria en el siglo XV. Aproximación al estudio de los conflictos sociales*, Santander, 1985.

[114] Eulalia Duran, *Les germanies als països catalans*, Barcelona, 1982; Martín Almagro, *Las alteraciones de Teruel, Albarracín y sus comunidades en defensa de sus fueros durante el siglo XVI*, Teruel, 1984; J. Vidal Pla, *Guerra del segadors i crisi social. Els exiliatis Filipistes (1640-1652)*, Barcelona, 1984; P. Álvarez Frutos, *La revolución comunera en tierras de Segovia*, Segovia, 1988.

[115] Véase la nota.

decisión de algunos historiadores que, más allá de la "moda"[116], siguieron —seguimos— considerando de sumo interés historiográfico el estudio de la parte más dinámica de la histórica. Predominan los artículos[117] sobre los libros —frutos acostumbrados de tesis de licenciatura y doctorado que escasean sobre estos temas en los años ochenta— y, en general, los trabajos de historia local, en consonancia con la creciente marginación del ámbito español,[118] y de la historia de España,[119] en las investigaciones académicas.

El punto de inflexión tendrá lugar entre finales de los años ochenta y principios de los noventa, y los primeros artífices —y a la vez síntomas— de este nuevo auge de la historia de los conflictos sociales —y del movimiento obrero— serán, principalmente, una serie de congresos, jornadas y seminarios, que tienden a adoptar un carácter interhistórico al participar historiadores de diferentes áreas de conocimiento histórico. Los congresos son ciertamente las actividades académicas que, por su inmediatez y carácter colectivo, mejor reflejan las coyunturas historiográficas.

Los tomos VII y VIII del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Toledo, 1988) están dedicados a *Conflictos sociales y evolución económica en*

[116] El debate ejemplar que tuvieron los historiadores del movimiento obrero, hacia 1982, no se correspondió con otros parecidos entre medievalistas o entre modernistas, y menos aún tuvieron lugar debates conjuntos, no obstante la evolución de la temática fue bastante parecida, lo cual nos conduce a dos conclusiones: la importancia de los factores condicionantes externos, y la urgencia en reforzar la sociabilidad horizontal, la convergencia entre especialidades históricas y la intervención colectiva de la comunidad de historiadores en su propio destino, incluso a a contracorriente de la evolución política.

[117] Por ejemplo, en historia medieval: J. Pérez-Embid, "Violencias y luchas campesinas en el marco de los dominios cisterciense castellanos y leoneses de la Edad Media", *El pasado histórico de Castilla y León*, I, Burgos, 1984, pp. 161-178; Reyna Pastor, "Consenso y violencia en el campesinado medieval", *En la España medieval. Estudios en memoria del profesor D. Claudio Sánchez Albornoz*, II, Madrid, 1986, pp. 731-742; María del Pilar Gil García, "Conflictos sociales y oposición étnica: la comunidad mudéjar de Crevillente. 1420", *III Simposio Internacional de Mudéjarismo*, Teruel, 1986, pp. 305-312; J. Portella, A. Sanz, "Reacción senyorial i resistencia pagesa al domini de la catedral de Girona (segle XVIII), *Recerques*, núm. 7, 1986, pp. 141-151; artículos de José María Mínguez, Josep María Salrach, Eva Serra y Tomas de Montagut en el *dossier* sobre revueltas campesinas de *L'Avenç*, núm. 93, 1986; Mercé Aventin, Josep M. Salrach, "Le rôle de la monarchie dans les révoltes paysannes de la péninsule ibérique (XIV-XVe siècles)", *Révolte et Societé*, I, París, 1988, pp. 62-71.

[118] Juan Pro Ruiz, "Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia", *Historia a debate*, III, Santiago, 1995, pp. 59-66.

[119] Carlos Barros, "Inacabada transición de la historiografía española", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 24, Bordeaux, 1996, pp. 481-486.

la Edad Moderna, aunque el contenido no se corresponde bien con el título, problema que tendrán otros organizadores de congresos ante la falta de hábito de los historiadores de tratar, durante los ochenta, dicha temática conflictiva.

En 1989 se realiza, en el marco de los cursos de verano de El Escorial, el seminario *Revoluciones y alzamientos en la España de Felipe II* (Valladolid, 1992), donde, de nuevo, no todas las contribuciones responden al título, lo que ya no sucederá con las reuniones de historiadores que vienen a continuación, sobre todo con las comunicaciones libres a los congresos. Conmemorando el bicentenario de la revolución francesa, se inauguran, este mismo año de 1989, la serie de Jornadas de Estudios Históricos, organizadas anualmente por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de Salamanca, con un ciclo de conferencias sobre *Revueltas y revoluciones en la historia* (Salamanca, 1990). Con todo, el primer gran congreso en que se manifiesta abiertamente la vuelta de los conflictos es el organizado por al Institución "Fernando el Católico" en Zaragoza, asimismo en 1989, sobre *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica* (Zaragoza, 1993).

En 1990, son cuatro las reuniones académicas sobre revueltas y conflictividad social: un curso de verano de la Universidad Complutense en El Escorial sobre *Resistencias hispánicas al imperio: comuneros, agermanados y erasmistas*; un seminario de la UIMP en Cuenca sobre *Asociacionismo y conflicto agrario en España (ss.* XVIII-XIX-XX); y el I Congreso de la Asociación de Historia Social, también en Zaragoza, sobre *La historia social en España: actualidad y perspectivas* (Madrid, 1991), con contribuciones mayormente de historiadores contemporaneístas.[120] Habría que añadir, este mismo año, dentro de los "Grandes Temas" del 17 Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Madrid, las comunicaciones de Gonzalo Bueno, Julián Casanova y Julio Aróstegui sobre *Revoluciones y reformas: su influencia sobre la historia de la sociedad.*

En 1993, Ignacio Olábarri y Valentín Vázquez de Prada organizan, en Pamplona, las V Conversaciones Internacionales de Historia, *Para comprender el cambio social. Enfoques teóricos y perspectivas historiográficas* (Pamplona, 1997), con la intención explícita, dicen en el prólogo, de "resucitar una de las grandes preguntas de la historiografía de mediados de siglo —la explicación del

[120] Ramón del Río, Joseba de la Torre, Pedro Carasa, María José Lacalzada y Miquel Izard.

cambio social—, sabiendo que no disponemos de 'ismo' alguno que ofrezca una respuesta a la cuestión", a fin de poder hacer frente al posmodernismo extremo volviendo "a las metodologías 'socio-científicas' de probada fecundidad en nuestro siglo".

En 1995 se llevaron a cabo dos congresos y un seminario importantes: el VII Congreso de Historia Agraria en Baeza, organizado por el Seminario de Historia Agraria, sobre la conflictividad rural en la Edad Media, Moderna y Contemporánea (publicado en *Noticiario de Historia Agraria,* números 12 y 13, 1996 y 1997); el II Congreso de la Asociación de Historia Social, en Córdoba, sobre *El trabajo a través de la historia* (Madrid, 1996), con una parte importante de las comunicaciones dedicada a la historia del movimiento obrero y la conflictividad social;[121] y el seminario de la UIMP de Valencia sobre *Conflictividad y represión en la sociedad moderna*, publicado en el número 22 (1996) de la revista *Estudis. Revista de historia moderna*, fruto de un proyecto de investigación (1992-1995) sobre *La dimensión conflictiva de la sociedad valenciana moderna.*

Por último, en 1997, en Vitoria, el III Congreso de nuestra Asociación de Historia Social, sobre *Estado, protesta y movimientos sociales*, que nos obligó a reflexionar sobre los precedentes, la situación actual y las perspectivas de nuestro campo de investigación que, para bastantes colegas, pertenecía a una historiografía, la de los años sesenta y setenta, que jamás volverá, lo cual en rigor es cierto, y además ni siquiera es deseable, cuestión aparte es que sus objetos de investigación siguen ahí, son incluso imprescindibles para que la historia deje atrás la presente crisis paradigmática y entre con fuerza en el nuevo milenio.

En cuanto a revistas, la palma se la lleva, naturalmente, *Historia Social* de Valencia que, así y todo, ha dedicado cinco *dossiers* a la historia del movimiento obrero, los conflictos y las revueltas sociales: número 1, 1988, "Anarquismo y sindicalismo"; número 5, 1989, "Huelgas"; número 15, 1993, "Estado y acción colectiva"; número 17, 1994, "Conflictividad obrera y conducta social"; números 20 y 22, 1994 y 1995, "Debates de historia social de España" (con artículos sobre conflictos y revueltas, revolución y "lucha de clases" de R.

[121] Ángel Rodríguez, David Ruiz, Juanjo Romero, Frances-A. Martínez, Carlos Sola, Mercedes Gutiérrez, Carlos Gil, Antonio Barragán, Ángel Smith, Carlos Hermida, Roque Moreno, José Goméz, Carme Molinero, Pere Ysás y Ramón García.

García Cárcel, M. Chust, J. Casanova y P. Gabriel).[122] Resulta paradójico que los dos historiadores sociales, Santos Juliá y Carlos Forcadell, que, en el encuentro valenciano de 1981, fueron más reticentes a la "segunda ruptura", defendiendo "que estamos apurando una historia que no hemos hecho", esto es, del movimiento obrero, los partidos obreros, sus grupos dirigentes,[123] infravaloren ahora como "historia social clásica", sin entrar para nada a analizar si sus enfoques son tradicionales o renovados, los notables *dossiers* de *Historia Social* sobre movimientos, conflictos y revueltas sociales.[124] Para nosotros, porfiamos, no son los objetos —los necesitamos todos— quienes definen la validez de una investigación histórica, sino sus métodos y sus resultados.[125] Internacionalmente está ya agotada la vía de renovar la historia cambiando o ampliando solamente la temática, descubriendo nuevos objetos, ahora toca innovar de la manera más difícil y también más decisiva: mediante el método, la historiografía y la teoría. Nos vamos a encontrar con temas viejos tratados de manera nueva o con temas nuevos tratados de forma vieja: qué cada barco se agarre a su vela.

Otras revistas se han preocupado por descontado, últimamente, por el sujeto social y su historia. Los números 3 y 4, ambos del año 1990, de *Historia Contemporánea* (revista dirigida por Tuñón de Lara), que tratan monográfica y respectivamente de *Movilización obrera entre dos siglos, 1890-1910* y *Cambios sociales y modernización*. El número 4 de *Ayer*, de 1991, dedicado a *La huelga general* por considerarlo "un tema de actualidad. Su proclamación en la Federación Rusa, en agosto de 1991; en Italia, Gaza-Cisjordania y Asturias en octubre o en la República de Sudáfrica en noviembre, son ejemplos contemporáneos". Los números 56 (1991) y 69 (1994) de *Zona Abierta*, consagrados, respectivamente, a *Fluctuaciones económicas y ciclos de conflicto* y a *Movimientos sociales, acción e identidad*; la introducción al número 69, subtitulada "algunas viejas razones", se enfrenta a los que "se unen para certificar la muerte de los movimientos sociales" y se posiciona por un "concepto de 'movimiento social' sin adjetivos" de "nuevo" o "viejo" que hay que redefinir. Están, además,

[122] Además se pueden encontrar artículos sueltos sobre conflictos sociales en los números 2, 3, 8, 13, 14 y 16.

[123] *Debats*, núm. 2/3, p. 96.

[124] Carlos Forcadell, "Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española", *Historia Contemporánea*, núm. 7, 1992, p. 113; Santos Juliá, "La historia social y la historiografía española", *Ayer*, núm. 10, 1993, p. 44.

[125] Tesis 8 de "La historia que viene", *Historia a debate*, I, 1995.

los números 12 (1996) y 13 (1997) de *Noticiario de Historia Agraria*, y el número 22 (1996) de *Estudis*, donde se han publicado las actas de congresos y seminarios de los que ya hemos hablado.

En cuanto a libros tenemos algunas novedades "fin de siglo" que avalan el nuevo impulso que está recibiendo la historia de conflictos y revueltas,[126] de manos sobre todo de la nueva generación,[127] si bien pensamos que —si nuestros datos y hipótesis son atinados— habrá en el futuro avances mayores porque los "despoblados" son numerosos y extensos, pensemos sino en las grandes revueltas, ¿no es acaso cierto que están por hacer investigaciones monográficas que apliquen las nuevas metodologías al estudio de revueltas tan importantes como los remensas, las germanías, las comunidades, o las insurrecciones campesinas, obreras y populares contemporáneas...? Tal ha sido mi experiencia personal: he

[126] Merece especial mención la obra de Manuel Pérez Ledesma, *Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D*, Madrid, 1990, que incorpora la triple novedad de su carácter interhistórico —para nada habitual entre los contemporaneístas, como sabemos—, de su ámbito español y de su intención sintética; anotar igualmente las siguientes: *Revolts populars contra el poder de l'Estat*, Barcelona, 1992; Emilio Cabrera, Andrés Moros, *Fuenteovejuna. La violencia antiseñorial en el siglo XV*, Barcelona, 1991; Salvador Martínez, *La rebelión de los burgos*, Madrid, 1992; Juan Díaz Pintado, *Conflicto social, marginación y mentalidades en La Mancha (s. XVIII)*, Ciudad Real, 1987; Jerónimo López-Salazar, *Mesta, pastos y conflictos en el Campo de Calatrava (s. XVI)*, Madrid, 1987; *Rebelión y resistencia en el mundo hispánico del siglo XVII*, Lovaina, 1992; M. Ortega López, *Conflicto y continuidad en la sociedad rural española del siglo XVIII*, Madrid, 1993; J. Olivares, *Comunitats rurals i Reial Audiència 1600-1658. Aportació a una teoria de la conflictivitat social en el feudalisme a l'Edat Moderna*, Barcelona, 1995; Emilio Majuelo, *Lucha de clases en Navarra: 1931-1936*, Pamplona, 1989; Joseba de la Torre, *Lucha antifeudal y conflictos de clases en Navarra: 1808-1820*, Bilbao, 1992; Joan Serrallonga, *La lucha de clases: orígenes del movimiento obrero*, Madrid, 1993; Pedro Rújula, *Rebeldía campesina y primer carlismo. Los orígenes de la Guerra Civil en Aragón, 1833-1835*, Zaragoza, 1995; Carlos Velasco, *Axitacións campesinas na Galicia do século XIX*, Santiago, 1995; Carlos Gil Andrés, *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Logroño, 1995; Guillermo Pérez Sánchez. *Ser trabajador: vida y respuesta obrera (Valladolid 1875-1931)*, Valladolid, 1996; Angeles González, *Utopía y realidad. Anarquismo, anarcosindicalismo y organizaciones obreras, 1900-1923*, Sevilla, 1996; Pilar Rovira, *Mobilització social, canvi polític i revolució. Associacionisme, Segonda República i Guerra Civil*, Alzira, 1996; Pedro Barruso, *El movimiento obrero en Gipuzkoa durante la II República*, San Sebastián, 1996; Santiago de Pablo, *Trabajo, diversión y vida cotidiana. El País Vasco en los años treinta*, Vitoria, 1996; José Vicente Iriarte, *Movimiento obrero en Navarra (1967-1977)*, Pamplona, 1996; véanse además las notas.

[127] Aunque las generaciones aparecen modélicamente intercaladas y entrelazadas en este movimiento pro-retorno historiográfico de los conflictos sociales, observamos el predominio de los jóvenes —que tienen, también hay que decirlo, mayores necesidades curriculares— en la investigación, si bien en la reflexión, por ahora, se nota menos.

intentado reenfocar, en diversas obras,[128] entrelazando los tiempos, desde el ángulo de la historia de las mentalidades, la historia oral y la historia de la criminalidad, la revuelta irmandiña (1467-1469), sus precedentes, su estallido y su impacto en la memoria colectiva (1467-1674).

Cuando, a mediados de los años ochenta, decidí eligir como el centro de mi proyecto de investigación una revuelta social,[129] dando rienda suelta a mis "inquietudes innovadoras" sin renunciar a un tema "clásico", pero decisivo para una comprensión explicativa y global de la historia, tenía dos temores (que no me disuadieron de seguir adelante, obviamente[130]), quedarme sólo en tierra de nadie al ubicarme en el cruce de varias especialidades, y ser "el último de Filipinas" en hacer un tesis doctoral sobre una revuelta medieval, pero también una esperanza y una apuesta: contribuir al resurgir historiográfico, e histórico, del sujeto social. Prueba de que no me invento la incomodidad pasada es lo que Fernández de Pinedo escribe —en 1992—, en el prólogo a la tesis del Joseba de la Torre —leída en 1989 y dirigida por Fontana—, sobre la lucha antifeudal en Navarra: "da la impresión que escribir sobre luchas o conflictos sociales no resulta de buen gusto".[131] En fin, que vale decir aquí lo de que "los últimos serán los primeros", es por eso que, cuando me disponía a redactar esta ponencia, al ordenar mis fichas y hacer mis últimas lecturas, acordé cambiar el título de mi contribución a este congreso de la reivindicación ("Conflictos, revueltas, revoluciones. Por una historia con sujeto") a la constatación ("El retorno del sujeto social...").

[128] *Mentalidad justiciera de los irmandiños, siglo XV*, Madrid, 1990 (Vigo, 1988); *Mentalidad y revuelta en la Galicia irmandiña: favorables y contrarios*, Santiago de Compostela, 1989; *¡Viva El-Rei! Ensaios medievais*, Vigo, 1996, pp. 137-269.

[129] Los vasos comunicantes interhistóricos funcionaban hace diez años tal vez menos que hoy, desconocía —y no me preocupaban— los debates del 82 de los historiadores del movimiento obrero, pero era plenamente consciente de que nadaba a contracorriente tanto en la elección del tema (revuelta social) como en la elección de la metodología (historia de las mentalidades).

[130] Tan convencido —que no arrepentido— estaba de ello que no propuse, contra mis intereses personales, este tema de los conflictos como una cuestión a discutir en el I Congreso Historia a Debate de 1993, me equivoqué y espero que, en 1999, el II Congreso Historia a Debate rectifique este "error" y contribuya a consolidar recuperación del sujeto social de la historia, dentro y, con más razón, fuera de España.

[131] Joseba de la Torre, *op. cit.*, p. 9.

¿Por qué está renaciendo de sus cenizas, en España, la historia de los conflictos y revueltas sociales?[132] Se nos ocurren varias razones de tipo historiográfico: a) el buen momento de la historiografía española de los noventa[133] tanto en productividad y crecimiento, pese a los problemas de inserción laboral de los jóvenes historiadores, como en espíritu renovador[134] y esfuerzo reflexivo;[135] b) vivimos un época historiográfica de balance y búsqueda de alternativas, hacia atrás y hacia adelante, donde todo se renueva y retorna, de manera que tenemos "de todo" encima de la mesa, también los conflictos, las revueltas y las revoluciones, que fueron —y son— acontecimientos históricos y dan pie a formas de escribir la historia muy importantes, junto con la biografía, la historia política y la narración, protagonistas hasta ahora de los retornos historiográficos; c) el relativo fracaso del inacabado giro del 82, que se difundió casi como una historia social sin sujeto, sin conflictos;[136] d) la influencia de la nueva sociología de la acción colectiva, de la acción racional, de los actores sociales, que redescubre el sujeto, bastante después de la historia, y nos lo devuelve por la ventana una década después de haberlo querido echar por la puerta...

Luego están los contextos, nacional e internacional, de los que no podemos prescindir, para entender la recuperación de la vieja tradición historiográfica española de conflictos, revueltas y revoluciones, a las puertas del siglo XXI.

En el plano nacional el factor más poderoso, en nuestra opinión, es la consolidación de la democracia bajo los gobiernos socialistas y, en consecuencia, la normalización[137] del conflicto y la huelga, incluida la huelga general, que pierden así el significado "subversivo" que tenían antes, con Franco, y aún durante la transición, lo cual facilita el regreso al mundo académico, y que se reva-

[132] Otro síntoma evidente es el hecho que ya apuntamos de que, diez años después, se haya relanzado la reflexión historiográfica sobre el movimiento obrero y la protesta social, véase la nota.

[133] Presentación de *Historia a debate*, I, Santiago, 1995, pp. 9-10.

[134] "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales", *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, p. 65.

[135] "Inacabada transición de la historiografía española", , *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 24, Bordeaux, 1996, p. 479.

[136] De hecho los primeros en animarse —y animar a otros— con el retorno de los conflictos y de la historia social son los promotores del giro, aunque no todos; es altamente significativo que las dos expresiones organizativas que tienen su origen remoto en el grupo del 82, la asociación Historia Social y la revista *Historia Social*, son paralelas al fenómeno de recuperación historiográfica del sujeto social.

[137] "Los españoles comprensivos con los conflictos laborales", titula *El País* (9 de abril de 1990) la información sobre los resultados de un sondeo de opinión sobre las huelgas y otras cuestiones.

loricen los hechos sociales como temas de estudio por parte de las organizaciones sindicales de clase y las instituciones locales, que en ese intervalo de tiempo, han constituido fundaciones, centros de estudio e investigación, para recuperar su memoria histórica y legitimar sus respectivas identidades.

En el plano internacional hay que reconocer la espectacularidad de la acción colectiva en la historia en la última década del siglo XX. Consideraremos cuatro momentos: 1) 1989-1991, revoluciones democráticas en el Este de Europa con un protagonismo decisivo de la multitud, empezando por los trabajadores industriales (Polonia), que utiliza todos los medios clásicos para derrocar el llamado socialismo real: manifestaciones, huelgas generales, insurrecciones armadas (Rumania); 2) 1994, revuelta campesina de Chiapas, en el mismo momento de la entrada de México en el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, que suscita una gran ola de simpatía dentro —y fuera— de México, provocando la vuelta al compromiso político no-partidario de una parte notable de académicos e historiadores[138] (al igual que pasara antes en el Este de Europa); 3) 1995-1997, movimientos sociales (grandes huelgas y manifestaciones) en Francia de un envergadura desconocida, desde los años sesenta y setenta, primero contra la política neoliberal de Chirac y Jupe, y después, más a la ofensiva, en favor de los innmigrantes —y contra la *montée* de Le Pen— que arrastraron al compromiso político-social a un sector influyente de los intelectuales, dirigidos por los cineastas, escritores y artistas,[139] y que determinó la sorpresiva victoria de la izquierda el 1 de junio de 1997, y que se empiece a hablar de

[138] Un símbolo de la nueva actualidad de las revueltas son las inmediatas reediciones (una de ellas por cuenta del ejército) de la tesis doctoral del profesor de la UNAM, Antonio García de León, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de historia*, México, 1985.

[139] El papel subalterno de los científicos sociales, concretamente de los historiadores, en las luchas sociales, a pesar del testimonio personal de Pierre Bourdieu, Alain Touraine y Jacques Derrida, evidencia una dimensión primordial de la crisis de las ciencias sociales en Francia, país que inventó y reinventó al intelectual comprometido (Zola, Sartre): la desconexión con la sociedad.

Europa social en las reuniones de la UE; 4) marzo de 1997, insurrección popular en Albania, que añade a su "clasicismo", radicalidad y espontaneidad,[140] al igual que el caso francés, y salvando las distancias, el haber conseguido sus objetivos más políticos,[141] derrocar a Berisha y colocar en el poder —eso sí, por medio de los votos— a la oposición de izquierdas dirigida por los excomunistas, con lo que se ratifica cierto cambio de signo político de las intervenciones "de masas" —callejeras y electorales— en el Este de Europa.

El nuevo e inesperado papel de las revueltas sociales en la vida democrática,[142] tal como se está manifestando en países tan distintos de Europa, como Francia y Albania, después del "fin de la historia" y del "pensamiento único" y, en general, el "regreso de la cuestión social",[143] plantea a la historia como disciplina, y al conjunto de las ciencias sociales, el desafío de tratar de comprender —históricamente— el mundo que viene. Para salir airosos es menester retomar y reformular la función científica y la sensibilidad social de la historia: volviendo a analizar el pasado para construir un futuro mejor; situando, antes que nada, en su contexto histórico, el incuestionable regreso de los conflictos, las revueltas y las revoluciones en el umbral del siglo XXI; asumiendo, en resumen, el cambio en el concepto del tiempo histórico que se deriva de estos acelerados acontecimientos de fin de siglo, cuando lo que parecía el pasado resulta que es el futuro. Así pasa con los conflictos y las revueltas, desde el punto de vista de la escritura de la historia, vuelve el interés por estos temas al tiempo que adquieren una renovada actualidad. Si bien el caso de España es particular, salvo la huelga

[140] Alain Woods, "El significado de una revolución", *Viento Sur*, núm. 32, 1997, pp. 41-50; el autor, presa fácil aún de esquemas preconcebidos, no le presta la atención debida al desencadenante del estallido, la quiebra de los bancos piramidales, en especial desde el punto de vista de las mentalidades colectivas de quienes —todo un pueblo, habría que decir— se han sentido agraviados, económica y moralmente, al perder sus ahorros y al frustrarse, por si fuera poco, la posibilidad imaginaria de hacerse rápidamente ricos.

[141] Cosa que todavía no consiguió la revuelta indígena y campesina mexicana, aunque hay avances serios hacia una transición política: ¿es qué alguien piensa que la victoria del Cuauhtémoc Cárdenas el 6 de julio en el Distrito Federal, después de fracasar dos veces en las elecciones presidenciales —una de ellas por fraude—, hubiera sido factible sin el acontecimiento-fundador del 1 de enero de 1994?

[142] No olvidemos que en el mayo francés del 68, paradigma de las revueltas occidentales, la lucha social no tuvo traducción positiva en el plano electoral: la reacción inmediata de los votantes fue contraria a los estudiantes y obreros *revoltés*.

[143] Es el título de los IV Encuentros de la Fundación Viento Sur que tendrán lugar en la Dehesa de la Villa de Madrid (11-13 de julio de 1997).

general del 14-D de 1988 y algunas movilizaciones de los estudiantes de secundaria, para nada estamos viviendo, como en Francia, un remozado protagonismo socio-político de lo que cuando éramos jóvenes llamábamos "las masas", a sabiendas de la tradición de lucha social que existe en nuestro país. Sin embargo, el retorno historiográfico de los conflictos es más notorio en España que en Francia.[144] Pueda que estemos ante una manifestación más de las diferencias de ritmo entre lo historiográfico y lo político-social; no obstante, si hay una historia hija de su tiempo esa es la historia de los movimientos sociales: o la aldea global hace que pierdan definitivamente peso las coyunturas nacionales, o nos estamos anticipando al porvenir nacional...[145]

La falta de tiempo y espacio —la ponencia rebasa ya, en folios escritos, el número habitualmente permitido— no nos va a permitir examinar, en esta ocasión, crítica y autocríticamente, las recientes investigaciones españolas sobre luchas sociales, ni conectar con más detalle este retorno de la historia de los conflictos con el debate historiográfico general, en pleno cambio de siglo y de paradigmas. Quiero dejar constancia, en todo caso, de la importancia de hacerlo. La dinámica de la historiografía de movimientos y conflictos sociales es harto significativa de la evolución de la historiografía en general, se trata de una temática "fuerte" cuyo auge y caída ilustran adecuadamente los cambios historiográficos e históricos. ¿Cómo va a ser, está siendo ya, o debe ser, la "tercera ruptura" en la historiografía de los movimientos y conflictos sociales? ¿Qué relación historiográfica guarda con el cambio global de paradigmas? ¿Qué papel va a jugar el sujeto colectivo en la construcción del nuevo paradigma de la historia?

Fecha de recepción: 8/V/99
Fecha de aceptación: 23/V/99

[144] Aunque también allí se nota que algo pasa entre los historiadores jóvenes: Alessandro Stella, investigador del CNRS, empieza con una confesión su gran investigación sobre los *ciompi*: "En los años 1970, yo he formado parte en Italia del movimiento político que sigue a la revuelta del 68", *La révolte des ciompi. Les hommes, les lieux, le travail*, París, 1993; otro ejemplo, Jérôme Baschet, del grupo de antropología histórica del occidente medieval de la EHESS de París, fue profesor invitado, durante el curso (1997-1998), a la universidad mexicana de San Cristóbal de las Casas, en el estado de Chiapas.

[145] Cuando el texto revisado de esta ponencia descansaba ya en un sobre postal —a nombre de Santiago Castillo, presidente de la Asociación de Historia Social— se han sucedido las manifestaciones de millones de vascos y españoles contra el terrorismo de ETA (10-15 de julio de 1997), desbordando en ocasiones a los políticos, ocupando las calles, al borde del motín frente las sedes de HB, demostrando en suma que, también en España, vuelve a la calle el sujeto de la historia.

Ciudades fractales y telarañas urbanas

Se presenta una revisión sobre el estado del arte *en las áreas de morfología y morfogénesis urbana. Son abordados los conceptos de geometría fractal, autosimilaridad y su aplicación al estudio de la forma y la apariencia de las ciudades. Así mismo, se revisan los axiomas de crecimiento urbano, propuestos por Hillier y Hanson, y su uso dentro de la teoría de las telarañas urbanas de Salingaros.*

Fractal Cities and Urban Webs

An overhaul on the state-of-the-art in the urban morphology and urban morphogenesis areas is presented. The concepts of fractal geometry and its application to the study of the form and shape of the cities are reviewed. Also, the axioms of urban growth proposed by Hillier and Hanson and their use within the theory of the urban webs of Salingaros are reviewed.

Descubridora

Ciudades fractales y telarañas urbanas

Antonio Aguilera Ontiveros

Descubridora

1. Introducción

El crecimiento urbano espontáneo es un fenómeno que acarrea una serie de conflictos que se traducen en problemas de tráfico, contaminación, segregación social, etcétera. Tradicionalmente, se ha explicado el crecimiento desordenado a través de dos principios básicos. Por un lado, el capital que orienta el rumbo hacia donde deben crecer las ciudades a través de la construcción y establecimiento de fraccionamientos, centros comerciales y demás construcciones que acusan la expansión de la mancha urbana; y por otro lado, la inmigración rural a la urbe, asentada en forma irregular y que vive en la marginalidad y la miseria. De esta manera, los dictados del capital y su consiguiente miseria se articulan como los artífices del crecimiento urbano desordenado y némesis del bienestar de las ciudades y de sus habitantes.[1]

[1] Fernando Rivera Alvarez, *El Urbanita: Política y urbanismo*, México, Dirección General de Publicaciones y Medios, Secretaría de Educación Pública, 1987. 17-19. Colección Foro 2000.

Antonio Aguilera Ontiveros
El Colegio de San Luis A. C. Correo electrónico: aaguilera@colsan.edu.mx

Sin embargo, se deben considerar los argumentos anteriores más como una primera aproximación, que como una verdadera explicación. Fundamentalmente, hay que entender cómo las distintas actividades urbanas, espacialmente localizadas, se mezclan de manera caótica, ocasionando colisiones y cuellos de botella en los flujos de personas, mercancías, capital e información dentro de las áreas urbanas y sus alrededores. Para hacer esto, es necesario entender cómo se articulan las actividades de las personas que ocupan un conjunto urbano, y así establecer cual es la organización espacial de las actividades y necesidades de un área urbana específica. Para tal fin, se deben determinar las actividades que son fijas y las que son aleatorias, conocer los orígenes y los destinos de los recorridos, las actividades y localizaciones probables de las mismas, así como los horarios en que estas actividades se realizan.

Dentro de los esfuerzos que se han desarrollado para abordar la problemática anterior, las teorías de la morfología y la morfogénesis urbana han cobrado actualmente una gran fuerza, debido sobre todo al perfeccionamiento de dos teorías matemáticas que ha permitido encontrar patrones de comportamiento urbano que antes eran imposibles de visualizar. La finalidad de este artículo es exponer los principios de ambas teorías, así como el *estado del arte* en la morfología y la morfogénesis urbana.

2. Morfología y morfogénesis urbanas

La morfología urbana es el estudio de la apariencia y la forma del ambiente físico urbano. La forma de la ciudad es interpretada como un indicador de influencias funcionales económicas, técnicas y sociales, que tienen lugar dentro de un espacio urbano específico. Esto es, se concibe la apariencia de una ciudad como resultado de un proceso gobernado por un gran número de variables, las cuales se han articulado en el tiempo para crear su apariencia presente. Además, se establece que la historia, la cultura y la religión, junto con la ubicación geográfica y las situaciones geofísicas imperantes de una ciudad, tienen grandes efectos sobre la forma y apariencia de la misma.[2]

Son tres las características morfológicas más relevantes de un entorno urbano. La primera es el entramado de las calles, el cual refleja el crecimiento gradual de cada barrio, la tecnología de transportación predominante en cada época, y las distintas concepciones urbanísticas que se han sucedido en el tiem-

[2] James. H. Johnson, *Geografía Urbana*, Barcelona, Oikos-Tau, S.A., 1987, pp. 41-44.

po. La segunda característica son las edificaciones, que reflejan el sentido particular que se le dio al espacio en cada época, así como conceptos más abstractos como el grado cultural de la sociedad. La tercera característica es la función que desempeñan las calles y los edificios como centros y arterias de sistemas de actividad humana. Estos tres factores intervienen en el trazo urbano. Las tres variables evolucionan a un ritmo diferente y, aunque se hallan relacionadas entre sí, a veces la naturaleza de uno de estos componentes sufre alteraciones al margen de los otros dos.[3]

Por su parte, la morfogénesis urbana es el estudio de la evolución de la forma y estructura de las ciudades y permite observar los patrones y tendencias del desarrollo de las mismas. Busca establecer y comprender los diferentes procesos que determinan el cambio en la forma que presenta una ciudad. Por otro lado, la evolución de las ciudades está marcada por cambios recurrentes en su estructura espacial. Estos cambios se producen por múltiples causas, como la descentralización de la industria local, los procesos de crecimiento diferenciado (suburbanización, relocalización espacial de actividades, etc.) Por lo tanto, el cambio estructural es la consecuencia de cambios en las fuerzas internas y externas que confluyen en la ciudad.[4]

Sin embargo, el estudio de la morfología y morfogénesis urbana no es sencillo. Actualmente, la morfología urbana puede ser delineada dentro de dos formas básicas, una orgánica y aparentemente caótica, y otra ordenada y geométrica. Londres es un ejemplo excelente de una ciudad orgánica (ver figura 1), mientras que la ciudad de Beijing sirve de ejemplo para la morfología de enrejado.[5] En las ciudades orgánicas la característica predominante de sus manchas urbanas es su forma irregular y fragmentada, la cual no se puede estudiar a través de la geometría tradicional. Además, se ha observado el mismo patrón irregular tanto en ciudades antiguas como en ciudades nuevas. Esto ha hecho suponer a varios investigadores que existen procesos socioeconómicos repetitivos que favorecen esta evolución específica, independientemente de la situación

[3] *Ibid.*, p. 42.

[4] Ver Thomas Buchendorfer, *Bifurcation Properties of Dynamic Urban Models*. Tesis Doctoral presentada en la Universidad de Cranfield, marzo de 1997, pp. 1-8; Pierre Frankhauser, "Aspects fractals des structures urbaines", *l'Espace Géographique*, 1990/91. no. 1, pp. 45-69, y Pierre Frankhauser, *La fractalité des structures urbaines*, Paris, Anthropos, 1994.

[5] Ver Roger White y Guy Engelen, "Cellular Automata and Fractal Urban Forms: a Cellular Modelling Approach to the Evolution of Land Use Patterns", *Environment and Planning A*, 1993, vol. 25, pp. 1175-1199, y Pierre Frankhauser, "Aspects fractals..." *op. cit.*

histórica particular.[6] Esto último puede apreciarse al observar la forma de las ciudades de Washington, Houston, Boston y Nueva York, presentadas en la figura 2.

Por otro lado, es claro que el uso de las edificaciones y su sentido cultural, cambian y dependen en extremo de la situación económica, cultural e histórica de cada sociedad urbana particular. El uso del espacio urbano es además un proceso extremadamente subjetivo y complejo. Cambia de manera estacional y periódica a lo largo del día, de la semana y del año. Todo esto reconfigura la forma de la ciudad y del espacio mismo, si no en un sentido estrictamente físico, sí en un sentido funcional y psicológico.

Para estudiar todos estos fenómenos de agregación y desagregación espacial urbana es necesario disponer de métodos de análisis que permitan medir estas formas irregulares y cambiantes, establecer correlaciones útiles entre el perímetro de las ciudades, la superficie construida y los fenómenos socioeconómicos urbanos, generar mapas funcionales y cognitivos, etcétera.

Actualmente, un gran número de investigadores están realizando esfuerzos significativos que permiten comprender mejor todos los procesos urbanos, por subjetivos que estos parezcan. Así, Batty y Engelen[7] junto con Frankhauser[8] han identificado que existe una relación entre el perímetro urbano y el área urbana, la cual no obedece a la geometría euclidiana, sino más bien puede ser interpretada a través de otra geometría, llamada geometría fractal. Mientras tanto, Hillier y Hanson[9] y después Salingaros[10] han desarrollado los conceptos de una teoría matemática que permite investigar el lado subjetivo de la morfología urbana.

En el resto del artículo se profundizará en estas dos nuevas vertientes de la morfología y la morfogénesis urbanas.

[6] Ver Roger White y Guy Engelen, *op. cit.*, y Pierre Frankhauser, "Aspects fractals...", *op. cit.*.

[7] Michael Batty y Paul Longley, *Fractal Cities, a Geometry of Form and Function*. Londres, Academic Press, 1994; Roger White y Guy Engelen, *op. cit.*

[8] Pierre Frankhauser, "Aspects fractals..." *op. cit.*, y *La fractalité...*, *op. cit.*

[9] W. R. G. Hillier y J. Hanson, *The Social Logic of Space*. Cambridge, Inglaterra. Cambridge University Press. 1984.

[10] Nikos A. Salingaros, "The Laws of Arquitecture from a physicist's perspective", *Physics Essays*, 1995, vol. 8, pp. 638-643; Nikos A. Salingaros, "Life and Complexity in Architecture from a Thermodynamic Analogy", *Physics Essays*, 1997, vol. 10, pp. 165-173, y Nikos A. Salingaros, "Theory of the Urban Web", *Journal of Urban Design*, 1998, vol. 3, pp. 53-71.

3. La geometría y las ciudades fractales

El concepto de fractal, junto con la teoría geométrica de los fractales, fue desarrollado en la década de 1970 por Benoit Mandelbrot, investigador de la IBM. Mandelbrot generó el concepto de fractal para estudiar objetos que resultaban imposibles de describir a través de la geometría euclidiana, tales como las nubes o las montañas. Mandelbrot encontró que estos objetos presentaban una característica notable, independientemente de la escala a la que se les observara: siempre tenían la misma forma. La estructura encontrada a gran escala se repetía de forma infinita en estructuras más pequeñas, las cuales conformaban a la estructura grande. A este comportamiento tan particular se le conoce como principio de autosimilaridad.[11]

Por otro lado, hay que recordar que en objetos como el círculo o el cuadrado es fácil calcular su superficie y la longitud de su perímetro; sin embargo, en los objetos con formas fractales esta situación se vuelve en extremo complicada. Además, generalmente definimos las cosas en términos enteros. Así, las líneas son unidimensionales, los planos son bidimensionales y los sólidos son tridimensionales. Sin embargo, los fractales son objetos con dimensiones fraccionales. Esto parece carecer de sentido, pero aquí radica lo maravilloso de los fractales. Por ejemplo, un objeto con una dimensión fraccional de 1.5, sería más que una línea pero algo menos que un plano. Para comprender mejor esto veamos ahora un ejemplo sencillo de fractal, esto es el *Copo de Nieve de Koch*. La construcción del Copo de Nieve de Koch comienza dibujando un triángulo equilátero. Después, se le agrega otro triángulo equilátero, a escala un tercio, a cada lado del triángulo original. A cada lado de la figura resultante se le agrega, entonces, un triángulo, a escala un tercio, del último triángulo. Este proceso se continúa hasta el infinito, resultando la forma que se muestra en la figura 3.

Al analizar el perímetro de esta figura se encuentra que tiene varias características únicas. En primer lugar, aunque constituye una curva única y continua que no se corta a sí misma y que limita a un área finita, su largo es infinito. Segundo, Mandelbrot calculó que la dimensión del perímetro del Copo de Nieve de Koch es 1.26.[12] Esto significa que el perímetro está entre una línea

[11] Ver John L. Casti, *Alternate Realities, Mathematical Models of Nature and Man*, U.S.A., John Wiley & Sons, 1989, p. 97 y J. Gleick, *Chaos: Making a New Science*. New York, Penguin Books, 1987, p. 241.
[12] *Ibid.*

(unidimensional) y un plano (bidimensional). Tercero, la forma del perímetro del Copo de Nieve de Koch es autosimilar. Esto significa que el perímetro se ve igual a cualquier escala.

Actualmente, existen varios algoritmos numéricos que permiten calcular la dimensión fractal de estructuras empíricas. Estos algoritmos han sido utilizados para estudiar la repartición de la superficie construida en zonas metropolitanas. La aparición de un patrón fractal, muestra que la organización espacial de la aglomeración urbana bajo observación, más que un aspecto amorfo, tiene un principio de ordenamiento interno, el cual es caracterizado por su dimensión fractal.[13]

Por otro lado, el análisis de la evolución de la dimensión fractal de una ciudad, a partir de secuencias de tiempo, ha permitido obtener información sobre la dinámica urbana. Así, una dimensión fractal constante en el tiempo refleja un crecimiento que preserva la organización espacial con respecto al centro, mientras que un aumento en la dimensión fractal indica una evolución hacia una repartición más homogénea de la superficie edificada. Estos resultados han permitido desarrollar modelos para la simulación del crecimiento urbano.[14]

El análisis de los mecanismos socioeconómicos del crecimiento ha permitido distinguir tres factores responsables de la morfología fragmentada de las ciudades. El primero de estos factores son las vías de comunicación, el segundo es un crecimiento alrededor de centros urbanos periféricos al centro principal (crecimiento polinuclear), y el último es una tendencia a la conservación de ciertas zonas.[15]

4. Los axiomas de Hillier-Hanson y la telaraña urbana de Salingaros

El espacio urbano sigue una *lógica social*, la cual repercute en su crecimiento. Esta *lógica* ha sido estudiada y analizada por Hillier y Hanson.[16] Estos autores han encontrado que los caminos, los espacios y hasta el diseño mismo de los edificios, todo ello depende de algún tipo de *conectividad*. Esta conectividad está formada por una estructura de red basada en conexiones esenciales que

[13] Pierre Frankhauser, *La fractalité... op. cit.*
[14] *Ibid.*
[15] *Ibid.*
[16] W. R. G. Hillier y J. Hanson, *op. cit*

surgen de la interpretación del espacio por parte de los seres humanos. Sin embargo, estas conexiones esenciales son muy difíciles de describir, ya que las propiedades emergentes de esta estructuración son no lineales, es decir, cambios pequeños en la percepción de un lugar hacen que toda una serie de actividades se redistribuya a lo largo del espacio urbano. Todo esto es debido a la complejidad de las interacciones humanas con el espacio, la cual es muy confusa. Sin embargo Hillier y Hanson han encontrado las siguientes regularidades:

1. El espacio urbano está limitado por superficies que presentan información precisa al individuo y a los grupos sociales.

2. El espacio urbano refuerza la conectividad de la red urbana de caminos y nodos.

3. El núcleo del espacio urbano es el espacio peatonal, el cual está protegido de los espacios no peatonales.

Estos tres *axiomas urbanos* influencian y determinan el patrón urbano. Ellos también proveen de reglas que gobiernan la forma de las fachadas de las edificaciones, los detalles estructurales, y hasta los materiales de construcción utilizados. Todos estos elementos llegan a ser interdependientes en el momento de definir el espacio urbano. Sin embargo, los axiomas operan en un nivel más básico. Los planos, los patrones, las simetrías, los ejes, otrora importantes para el diseñador urbano, se vuelven elementos secundarios al considerar los procesos fundamentales que generan el espacio urbano.

Con base en en los axiomas de Hillier-Hanson, un matemático de la Universidad de Texas, Nikos Salingaros, ha desarrollado el concepto de la telaraña urbana (*urban web*). Salingaros considera a la telaraña urbana como una estructura compleja autoorganizada, la cual existe principalmente en el espacio entre las edificaciones y los espacios libres. Cada edificación encierra y determina uno o más nodos de actividad humana. La red urbana consiste en todos los elementos exteriores y los elementos conectivos, tales como las áreas peatonales, las áreas verdes, las calles y carreteras, etcétera.

Los procesos que generan las redes urbanas pueden ser resumidos en términos de tres principios básicos.

1. La creación de nodos. La telaraña urbana está soportada en los nodos de actividad humana, cuyas interconexiones constituyen la red. Existen distintos tipos de nodos, la casa, el trabajo, el parque, la tienda, el restaurante, la iglesia, etcétera. Además, los elementos naturales y arquitectónicos sirven para reforzar o suprimir los nodos de actividad humana.

2. La existencia y utilización de las conexiones. Las conexiones se forman entre los nodos de actividad humana. Estas conexiones están formadas principalmente por las calles, avenidas, etcétera. Sin embargo, también incluyen todo espacio susceptible de ser utilizado como un camino. Los caminos peatonales son para Salingaros los más importantes, ya que permiten interacciones de corto alcance pero de gran fuerza y complejidad.

3. La existencia y determinación de una jerarquía. La telaraña urbana se autoorganiza y crea una jerarquía ordenada de conexiones, las cuales se pueden agrupar en relación con la escala a la que se observen. Esto se traduce en una estructura multiconectada pero no caótica. El proceso de autoorganización sigue un orden estricto, que comienza en las escalas más pequeñas (caminos peatonales) y progresa hasta las escalas más altas (caminos de alta capacidad vehicular o supercarreteras).

Además, Salingaros ha desarrollado una teoría matemática que se fundamenta en los principios anteriores. La teoría matemática de la telaraña urbana utiliza principios matemáticos de la teoría de la complejidad. En palabras simples, Salingaros calcula la fuerza de interacción total entre nodos con base en la consideración de todas las posibles conexiones entre los dos puntos, con pesos apropiados establecidos de acuerdo a su probabilidad de ocurrencia.

Salingaros ha utilizado su teoría en el campo del estudio de la morfología urbana, particularmente en el campo de la interpretación del surgimiento y papel de las nuevas vecindades, así como su dinámica particular. A este respecto, Salingaros ha interpretando de nueva cuenta los trabajos, ya clásicos, de Alexander[17] y ha llevado mucho más allá los de Gehl[18] y Greenberg[19].

Conclusiones

Este artículo ha revisado dos técnicas matemáticas emergentes, las cuales han repercutido considerablemente en el entendimiento de los procesos que generan el crecimiento y estructuración particular de las ciudades. Estas nuevas teorías

[17] Christopher Alexander, *Notes on the Synthesis of Form*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press. 1964, y C. Alexander, S. Ishikawa, M. Silverstein, M. Jacobson, I. Fiksdahl-King, y S. Angel, *A Pattern Language*, Nueva York, Oxford University Press, 1977.
[18] Jan Gehl, *Life Between Buildings*, New York, Van Nostrand Reinhold, 1987.
[19] Michael Greenberg, *The Poetics of Cities*, Ohio, Ohio State University Press, 1995.

matemáticas han hecho que las disciplinas urbanísticas de la morfología y la morfogénesis se consoliden y avancen como teorías susceptibles de explicar aspectos relevantes de la vida y dinámica de las ciudades. Así, la morfología de las zonas metropolitanas, aparentemente irregular y caótica, al ser ahora analizada a través de la geometría fractal, presenta nuevas características de orden interno y de autosimilaridad, por medio de las cuales se pueden comprender los factores que repercuten en su crecimiento y estructuración espacial.

Por otro lado, la teoría de las telarañas urbanas desarrollada por Nikos A. Salingaros ha permitido la sistematización de las leyes de creación del entorno urbano desarrolladas por Hillier y Hanson, permitiendo ir más allá del análisis clásico de flujos de transporte y localización de actividades, basados estos últimos en una perspectiva puramente económica. De esta manera, la teoría de las telarañas urbanas de Salingaros permite incorporar aspectos subjetivos en la interpretación del espacio apropiado por la actividad humana, pero utilizando una rigurosa base matemática, lo cual permite la ponderación y cuantificación de dichos aspectos subjetivos, dando todo esto como resultado modelos susceptibles de ser utilizados en la planificación de las ciudades.

Fecha de recepción: 7/II/99
Fecha de aceptación: 3/III/99

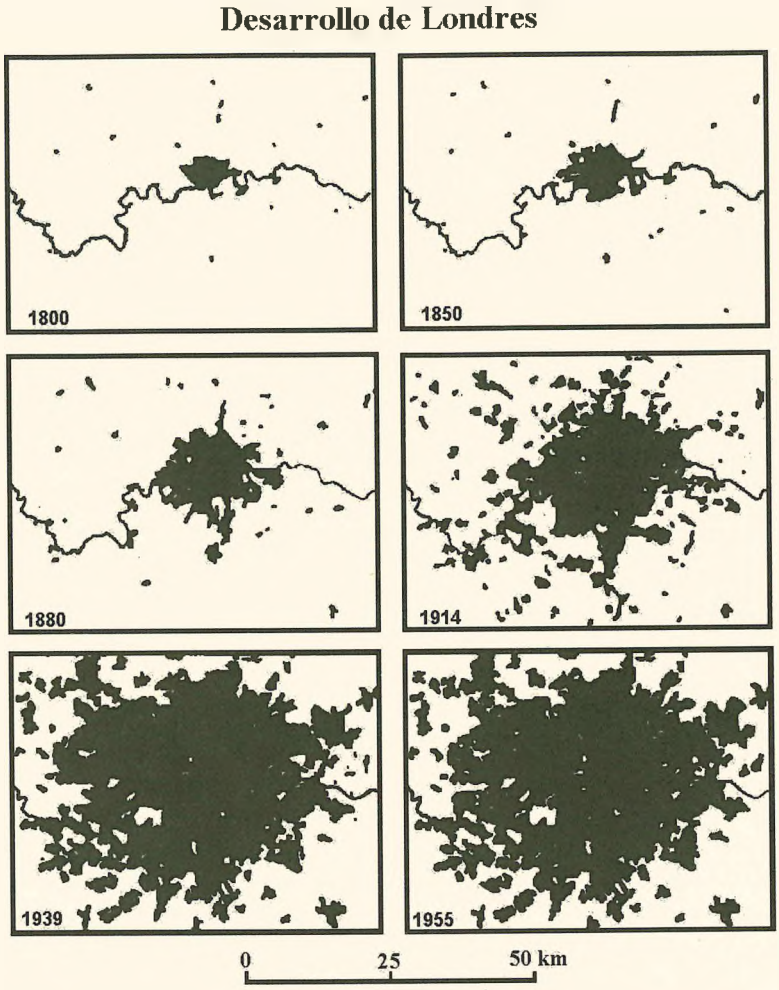


Figura 1. Londres, evolución y morfología orgánica. Tomado de Johnson, James H. *Geografía Urbana*, Barcelona, Oiko-Tau, S.A., 1987, p. 178.

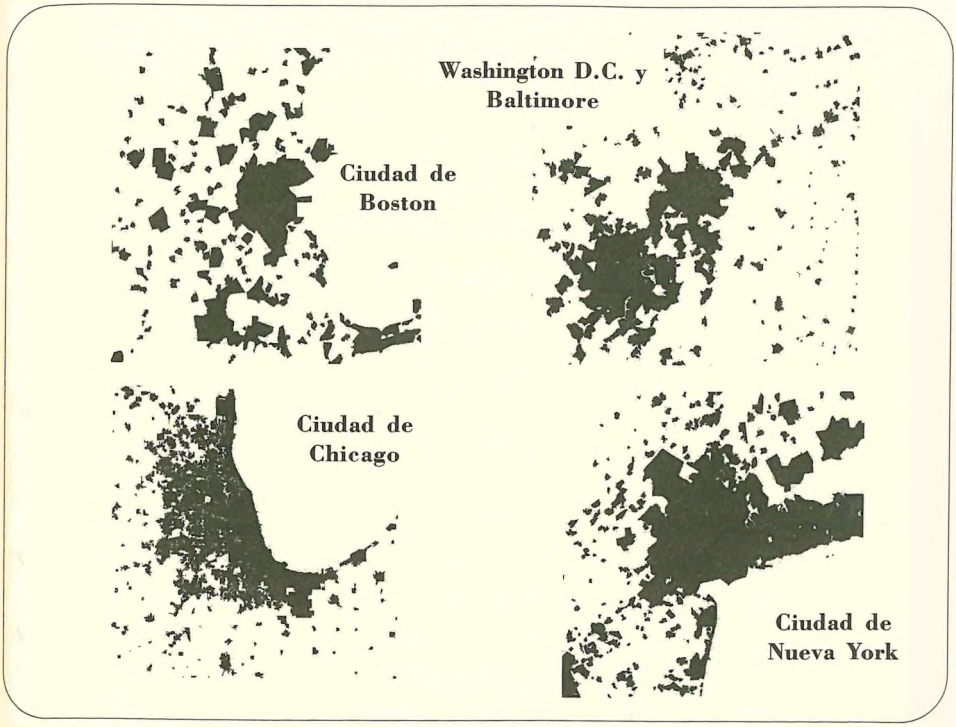


Figura 2. Ejemplos de Ciudades como Fractales. Según el Departamento de Planeación de la East Carolina University. <http://www.sit.ecu.edu/up-dept/fractals.htm>

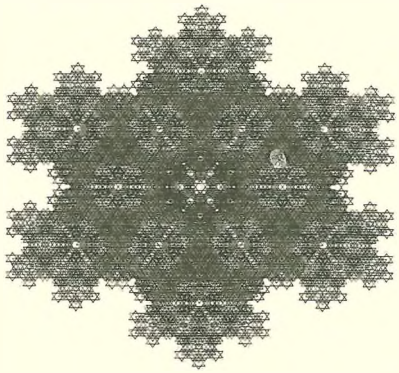


Figura 3. El Copo de Nieve de Koch. Imagen generada por el autor usando Visual Basic 5.0

Espejismos del desierto potosino

El artículo es una crítica al uso de los indicadores de marginación y económicos elaborados por el gobierno del estado y por el INEGI, *con base en información etnográfica de un estudio de caso en el valle de Arista. En el artículo se muestra la ilusión de progreso según los indicadores oficiales de lo que en realidad es depredación y despojo por la implantación de la agroindustria en la región. Con lo anterior se busca mostrar las limitaciones y "espejismos" que provoca el uso acrítico e indiscriminado de los indicadores, a partir de la reconstrucción articulada de la realidad con base en el trabajo de campo realizado.*

Mirages of The Potosin Desert

The article is a critic to use of the margination and economics indicators made by the government of the state and by the INEGI, *based on ethnographic information of a study of case in the valley of Arista. In the article the illusion of progress is shown according to the official indicators but this is a real depredation and spoil by the implantation of the agro-industry in the region. The object in this study is show the limitations and "mirages" for the non critic and irrational use of the indicators with an articulated reconstruction of the reality, based on field work.*

Espejismos del desierto potosino

Javier Maisterrena Zubirán

Descubridora

Introducción

Uno de los procesos y modelos de modernización agrícola en el campo mexicano, representado en un caso del desierto en el Altiplano potosino, aparece en los indicadores oficiales como una manifestación de progreso. Lo anterior es sólo una apariencia, un espejismo. Esta ilusión se manifiesta en menores índices de marginación, crecimiento en la concentración de población, mayor generación de valor agregado, mayor empleo y mayor sofisticación tecnológica. No obstante, en contradicción con la apariencia, el contexto ecológico, poblacional y tecnológico donde se lleva a cabo dicha fantasía, se constituye en plataforma y anuncio de un futuro con mayor nivel de pobreza y deterioro.

Si bien, la discusión, basada en un estudio de caso, no pretende ser extensiva, si intenta ser capaz de enmarcar un panorama que puede resultar representativo de lo que acontece en el escenario agrícola de México y de América Latina. En particular el escrito intenta mostrar y subrayar, a través de datos empíricos, las limitaciones epistémicas de una lectura de la realidad rural basada solamen-

Javier Maisterrena Zubirán
El Colegio de San Luis A.C. Correo electrónico: jmaisterrena@colsan.edu.mx

te en indicadores estadísticos, que en el caso mostrado inducen a sesgos y errores serios de interpretación sobre la realidad abordada.

En la primera parte planteo las conclusiones lógicas que sugiere la interpretación con base en los índices de marginación presentados por el gobierno del estado de San Luis Potosí, correlacionados con los datos económicos y poblacionales obtenidos del INEGI. El índice se basa en las condiciones de educación, drenaje, electricidad, agua, cuartos y tipo de piso[1]. En la segunda parte intento hacer una reconstrucción articulada de la realidad con base en información etnográfica de campo. Esta reconstrucción me permite evidenciar, en un estudio de caso, los errores interpretativos a los que puede inducir el uso simple y superficial de los indicadores. Por último, con base en la reconstrucción articulada pretendo identificar cuáles son las posibles condiciones de futuro de las poblaciones del valle de Arista.

La interpretación de la realidad implica necesariamente una posición epistémica, asumida consciente o inconscientemente, a partir de la cual se realiza la lectura. En el escrito muestro dos referencias epistémicas: la primera considera que los indicadores por sí mismos son suficientes para hacer interpretaciones objetivas sobre la realidad, y la segunda se basa en la consideración de que para que los indicadores puedan aportar elementos que permitan interpretar la realidad estudiada más objetivamente, es necesario que estén vinculados a su contexto, esto es, contemplar lo que no está dicho por los indicadores mismos, pero que está estrechamente relacionado con ellos y que hace posible la relación con los demás indicadores económicos y demográficos. Si concebimos a la realidad como una totalidad compleja, para comprenderla necesitamos reconstruirla en la relación entramada que mantienen los diferentes niveles económico, político y cultural. En esa lógica, pretendemos hacer una lectura crítica de los indicadores mencionados en el intento de una reconstrucción articulada de la realidad.

[1] El indicador se elaboró con base en 7 porcentajes respecto al universo total en cuestión: 1) población analfabeta mayor de 15 años, 2) población mayor de 15 años sin primaria completa, 3) viviendas particulares sin drenaje, 4) viviendas sin energía eléctrica, 5) viviendas sin agua entubada, 6) viviendas con un solo cuarto, y 7) viviendas con piso de tierra. Cada uno de éstos porcentajes fueron denominados indicadores: IND1, IND2,... IND7. El Indice de Marginación IM es una combinación lineal que fue generada a partir del producto de dos vectores, el vector de coeficientes ponderadores denominado *a* y el vector IND compuesto por los porcentajes mencionados: IM= a1IND1+a2IND2+...+a7IND7. Para mayor información véase *Índices y grados de marginación en la zona centro, Huasteca, media y Altiplano.* Gobierno del Estado de San Luis Potosí/Coordinación General de Concertación Ciudadana, 1995. En adelante todos los datos referentes a indicadores de marginación provienen de ese documento.

La marginación presupone un juicio de valor, un referente relativo respecto del cual se está retirado, en la orilla, al margen. Como afirma el documento fuente, "muestra los niveles de exclusión del desarrollo social". Lo que está en el centro, lo privilegiado, es lo opuesto a lo que está en el margen. Podemos afirmar que la marginación más radical y vital para el caso de estudio, se refiere al acceso del agua, condición indispensable para la sobrevivencia particularmente en el desierto potosino.

El estado potosino y sus zonas

El estado de San Luis Potosí cuenta con un poco más de dos millones de habitantes (2,003,187: INEGI 1990) distribuidos para su gobierno en 58 municipios. En los últimos 10 años, el estado ha presentado una elevada concentración de su población en los centros metropolitanos o de creciente conurbación. El 52% de esta población se concentra en sólo seis municipios. Los más concentrados son San Luis Potosí y Soledad Graciano Sánchez, donde viven el 33% de los potosinos. Otros municipios han perdido población, este fenómeno se ha observado principalmente en algunos municipios del Altiplano y la zona media.

Los distintos ecosistemas del estado permiten configurar cuatro zonas. De oriente a poniente se alternan ascendiendo en forma escalonada llanuras y sistemas montañosos con diferentes niveles de altitud, precipitación y humedad. Estos diferentes ecosistemas-zonas distinguen a sus habitantes geográfica, étnica y socioculturalmente: de la zona más baja al oriente, la Huasteca, se sube a la zona media, más arriba se accede a la zona centro[2] y por último, al norte del estado la más elevada (2,200 msnm.), el Altiplano. Estas zonas del estado a su vez están divididas por la pertenencia a dos diferentes cuencas hidrológicas: Salado y Pánuco.

El Altiplano, zona y región

Todo el Altiplano potosino pertenece a la región hidrológica del Salado con la cual existe una concordancia casi simétrica[3]. Con una altitud de 1,600 a 2,700 msnm., el clima es semiseco que varía de más seco hacia el norte y más húmedo hacia el sur. La precipitación pluvial varía entre los 235 a 398 milímetros anuales. En ocasiones, esa cantidad de agua puede caer en sólo algunos días.

[2] El centro se integra con la porción sudoeste del estado donde se ubica la capital.

[3] Sólo una parte de lo que sería la zona media y una porción de la zona centro pertenecen a esta cuenca.

El Altiplano potosino se ubica al noroeste del estado. La zona abarca cerca de la mitad de la superficie territorial del estado (31,660.13 km^2) y en su interior habitan sólo el 14.7% del total de la población (Gráficos 1 y 2). Su población asciende a 294,339 habitantes distribuidos en 1,144 localidades, en su mayor parte rurales, de las cuales el 97% son menores de mil habitantes. En consecuencia, el Altiplano es la zona con menor densidad de población del estado con 9.3 habitantes por kilómetro cuadrado (Gráfico 3).

Gráfico 1

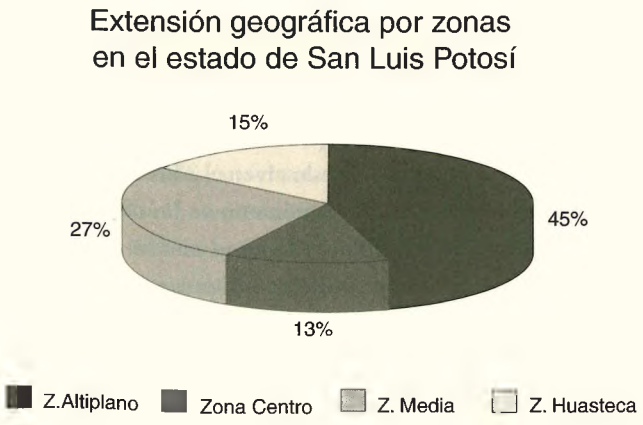


Gráfico 2

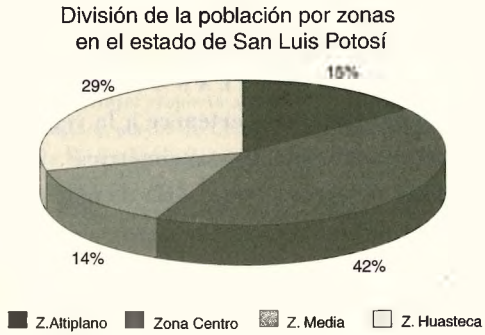
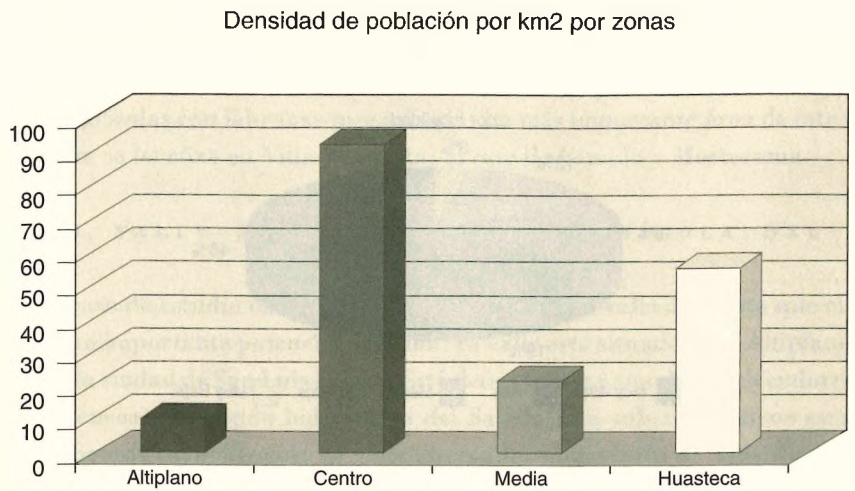


Gráfico 3



Dos actividades económicas de la Colonia originaron los primeros asentamientos en el Altiplano: La minería y la explotación de sal. La minería motivó la conformación de los primeros poblados y haciendas en torno a los yacimientos de minerales, entre ellos: Catorce, Cedral, Charcas, Guadalcázar, Matehuala, Villa de la Paz y Villa de Ramos. Las lagunas de agua salada, dieron sustento al nacimiento de las poblaciones de Salinas de Hidalgo, Peñón Blanco, Azogueros y Santo Domingo.

Aparte de la minería que persiste, la ganadería es una de las actividades más importantes en la economía de la región. Predomina la explotación de ganado ovino, bovino y caprino, a esta actividad se dedican alrededor de 600 mil hectáreas que representan el 18.9% del total de la zona. Por otra parte, el tallado de lechuguilla y palma constituye una actividad económica alternativa y complementaria estimada para más de la mitad de la población del Altiplano (160 mil habitantes). El Altiplano se constituye como la zona más pobre y marginada del estado. Según datos del gobierno del estado[4], el 46% de las localidades de la zona Altiplano presenta un índice de marginación muy alto (Gráfico 4).

[4] *Índices y grados de marginación en la zona centro, Huasteca, media y Altiplano,* Gobierno del Estado de San Luis Potosí/Coordinación General de Concertación Ciudadana, 1995.

Gráfico 4

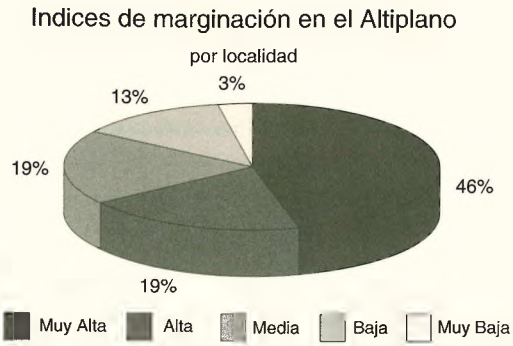


Gráfico 5

La actividad agrícola del Altiplano se ve muy limitada en su desarrollo debido a las condiciones poco aptas de los suelos y la escasa precipitación pluvial. La superficie agrícola se calcula en 228,213 hectáreas que representan sólo el 7.2% del total del Altiplano. No obstante, hay áreas en las que se realizan labores agrícolas con labranza mecanizada. La más importante área de este tipo en la zona se localiza en Villa de Arista, al este de Venado y Moctezuma.

El valle de Arista, área agrícola del Altiplano

En este caso de estudio observamos los municipios del valle de Arista que cuentan con un importante potencial agrícola. El valle está situado en el Altiplano, al norte de la ciudad de San Luis Potosí. Está definido por una subcuenca endorreica que pertenece a la región hidrológica del Salado[5]. La subcuenca tiene escasos escurrimientos superficiales. El valle abarca los municipios de Villa de Arista, Moctezuma, Venado y la delegación de Bocas (del municipio de San Luis Potosí) con una extensión aproximada de 200 mil hectáreas (Gráfico 5). Al interior de esta subregionalización hemos determinado una área o microregión con alrededor de 6 mil hectáreas de riego en donde existe un sistema de alta producción agrícola basado en fuertes inversiones de capital y sofisticada tecnología importada. El fenómeno agroindustrial en la subcuenca es relativamente reciente. Las primeras perforaciones para extracción de agua con fines de riego iniciaron en la década de los cincuenta.

Antes de la aparición del riego con pozo profundo en el valle predominaba la ganadería. En Venado, ubicado en el somontano de la parte noroeste del valle, se asentaba la industria textil más importante de la región, la estación de ferrocarril para la comercialización y traslado de ganado y la producción de cajetas y dulces, vinculada al cuidado del ganado caprino. Desde su fundación en el siglo XVI, hasta la primera mitad del siglo por concluir, Venado había sido el centro espacial dominante del valle[6], era la ciudad más importante en población, producción y relaciones. La economía de la subcuenca giraba en torno de la

[5] Con base en que a las regiones hidrológicas también se les denominan cuencas, hemos optado por definir la concavidad del valle de Arista como subcuenca en el sentido de que está contenida por y es parte de la cuenca hidrológica del Salado.

[6] Estos centros o sistemas son conjuntos de elementos o relaciones de personas o grupos tendidos en el espacio geográfico, definidos con base en puntos de interés, diversidad de funciones y sofisticación de actividades que marcan jerarquías. Véase García Martínez, Bernardo (1993) y (1995).

dinámica de Venado. Controlaba, concentraba y redistribuía el excedente de la ganadería y comercialización regional. En las últimas dos décadas, como resultado de la modernización agrícola, este centro espacial dominante se desplazó hacia Villa de Arista. En los índices de marginación elaborados por el gobierno del estado podemos observar la importancia relativa asumida por el nuevo centro espacial.

Indicadores de marginación en el valle de Arista

Según datos del gobierno del estado, cerca del 70% de las localidades, que corresponden al 44% de los habitantes del valle, se encuentran en niveles de marginación de alto a muy alto. Lo anterior manifiesta un elevado nivel de dispersión y pobreza de la mayoría de los asentamientos del valle (Gráficos 6 y 7).

Moctezuma y Venado sobrepasan el grado de marginación promedio del Altiplano, una cuarta parte de sus habitantes tienen el nivel más elevado de marginación. Más de la mitad de la población de Moctezuma (63%) está en condiciones de alta marginación o peores (Gráficos 8 y 9). El caso de Villa de Arista es una excepción. Es notable que cerca de las tres cuartas partes de la población (73.2%) presentan un índice de marginación baja (Gráfico 10). Con base en los datos observados podemos afirmar que al interior de la subcuenca, el centro poblacional del área irrigada, la cabecera municipal de Villa de Arista, se convirtió en un aparente oasis rodeado de marginación. Frente a ese ambiente

Gráfico 6

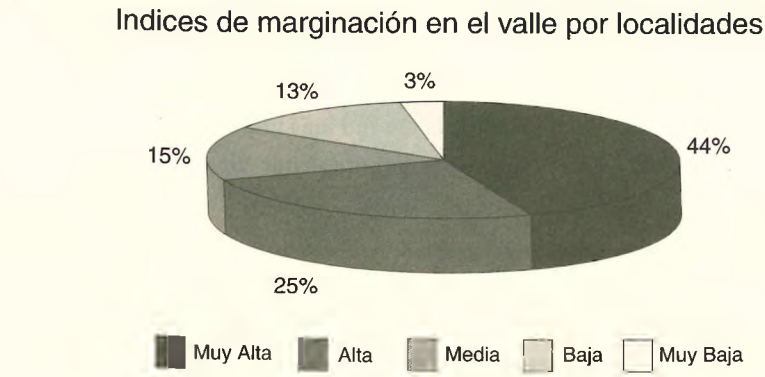


Gráfico 7

Indices de marginación por población en el valle de Arista

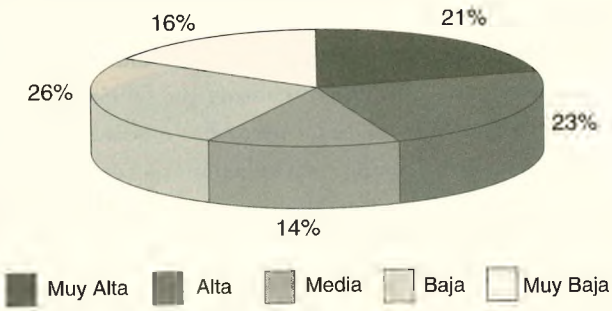
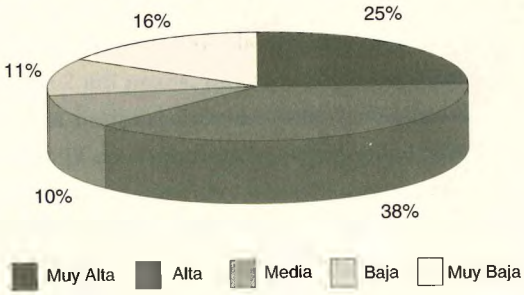


Gráfico 8

Indice de marginación por población en Moctezuma



Indices de marginación por población en Venado

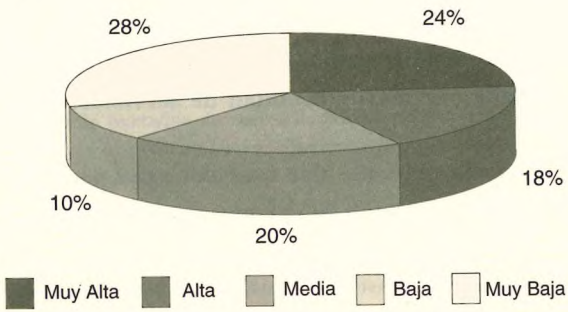


Gráfico 9

de relativa pobreza, la alternativa de trabajo agrícola que ofreció el sistema espacial de Villa de Arista resultó relevante para todos los pobladores del valle.

Dinamismos subregionales

Como muestran diversos indicadores económicos, la cabecera municipal de Arista presenta menor marginación, mayor concentración de población, mayor producción y mayor valor agregado respecto de los otros dos municipios (Gráficos 11 y 12). Esta situación relativamente mejor está relacionada con la decisión de considerarlo como el emergente centro espacial dominante del valle. A partir de la información aportada sólo por los indicadores utilizados, una interpretación a primera vista nos permitiría afirmar que el proyecto Arista o la dinámica de producción que se realiza en Arista es el modelo que ofrece las mejores alternativas para su población. Con base en la primer postura epistémica referida, de que los indicadores son suficientes para interpretar la realidad observada, podríamos concluir en este momento que el resultado de los indicadores fundamentan empíricamente (y por lo tanto sustentados en una aparente objetividad) la afirmación de que Villa de Arista es ejemplo de progreso económico y social en el Altiplano potosino.

La naciente vitalidad de la región, a partir de la década de los ochenta, con la aparición de la agroindustria en Villa de Arista, cuestionó la hegemonía de Venado como centro rector. Venado fue sede de un sistema espacial desplazado y a partir del riego emergieron nuevas redes en función de la producción y comercialización del jitomate. Los nuevos vínculos poco tenían que ver con la ganadería, el ganado en el valle pasó a segundo término. La fábrica textil quedó abandonada y la empresa de cajeta Coronado se vendió a la Bimbo y dejó de producir el dulce en Venado.

En cambio, Villa de Arista, que en los sesenta era solamente una delegación del municipio de Villa Hidalgo, en 1971 se constituyó como cabecera municipal del municipio que lleva su nombre y ahora, en poco más de 28 años, es la población más grande del valle con mayor cantidad de servicios, empresas y producto[7].

En la microregión agrícola del valle, los usos del agua pasaron de ser abrevaderos para ganado a la implantación de sistemas con tecnología hidráuli-

[7] Venado tiene 3902 habitantes, Moctezuma 2949 y Villa de Arista 4788, INEGI, 1990.

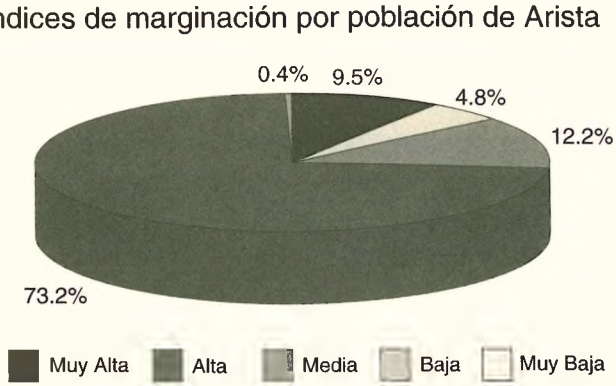


Gráfico 10

ca de riego presurizado, ello estuvo relacionado con la redistribución de la propiedad del agua. La mayoría de los nuevos propietarios de pozos fueron foráneos, principalmente sinaloenses. En pocas décadas, la cantidad de pozos en el valle han ascendido de docenas a cerca de 2 mil pozos, donde el 90% de la extracción del agua se ha utilizado para riego. En busca de un mayor rendimiento, los productores han venido implantando sistemas de riego cada vez más sofisticados. Se estima que el 77% del riego por goteo de la subcuenca se concentra en Villa de Arista (Gráfico 13).

En cuanto al suelo, de haber sido tierras para ganado y secano, el valle se transformó en productor de jitomate. Se adoptaron nuevos ciclos, tecnología e infraestructura agrícola. Estos referentes conformaron al valle como un espacio complejo, polarizado y estructurado de manera jerárquica en función del jitomate donde paulatinamente Villa de Arista se asumió como sistema espacial dominante desplazando a Venado[8].

[8] El jitomate es la hortaliza de mayor consumo, producción y exportación en México. Entre los estados de mayor producción están Sinaloa (como principal productor), Morelos, Jalisco, Veracruz, Tamaulipas y Baja California. En la década de los noventa San Luis Potosí comenzó a figurar en las estadísticas nacionales. En 1991 el estado potosino ocupó la tercer posición en la escala de producción nacional. De acuerdo a estimaciones de la SARH en 1993 San Luis Potosí llegó a ocupar la segunda posición superando a Baja California. Del estado potosino, el valle de Arista es la región agrícola con el más alto índice de producción de jitomate. En el valle se cultivan un promedio de 6,000 ha. de jitomate durante el ciclo agrícola abril-octubre.

Gráfico 11

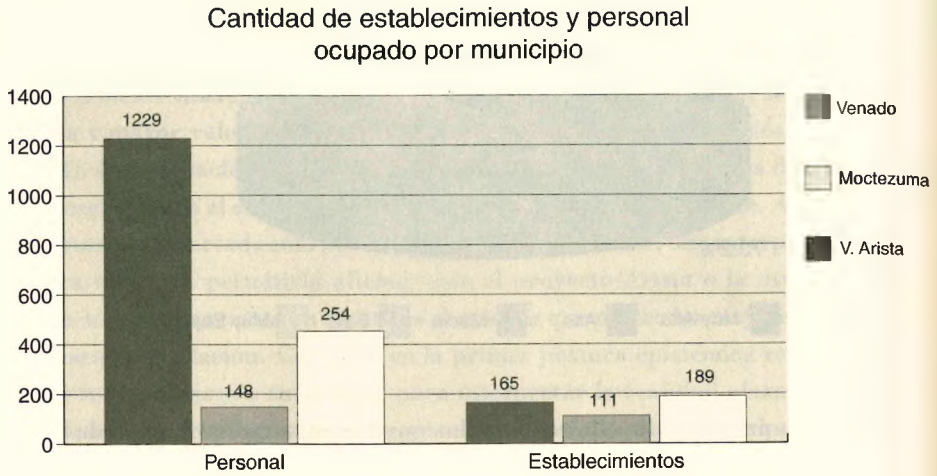
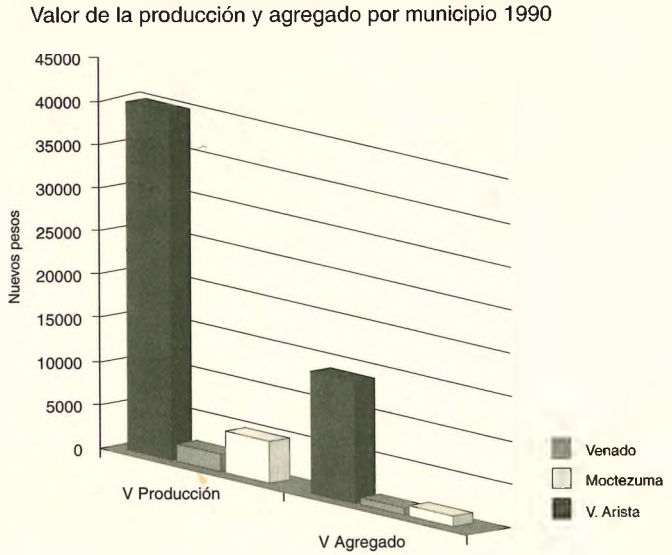


Gráfico 12



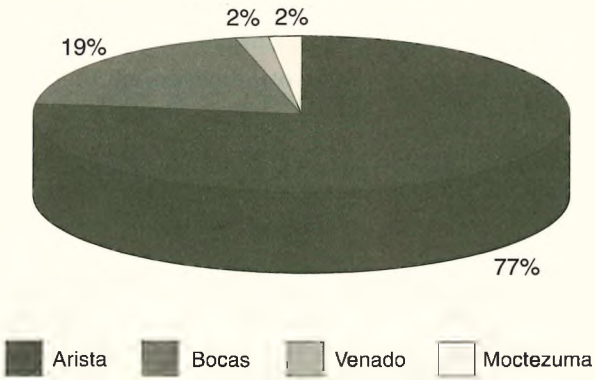
La forma tradicional de vivir y producir en el valle se vio transformada. De la agricultura y ganadería de subsistencia, aparecieron nuevas estrategias para satisfacer las necesidades y con ellas vinieron nuevos vínculos y relaciones de trabajo. El trabajo de los habitantes de la subcuenca ha pasado de ser familiar y de subsistencia en pequeña escala, a asalariado en la ocupación de miles de trabajadores que venden su fuerza de trabajo en la agroindustria. Se ocupan trabajadores para la preparación de la tierra, siembra en invernadero, plantación, cosecha, acarreo y empaque. Esta población trabajadora, procedente de distintas partes del país se inserta en la producción agrícola y en la sociedad regional mediante las relaciones de trabajo. El valle de Arista se conforma como un centro receptor de mano de obra agrícola y agroindustrial vinculado con otros estados de la República Mexicana.

El desempeño de Villa de Arista como sistema espacial funcional de mayor jerarquía al interior del valle se puede observar con mayor intensidad en los meses de junio a octubre. La cabecera municipal se asemeja a una gran fábrica donde todo es movimiento, tiempo y relaciones de trabajo. Desde las cuatro de la mañana la plaza se convierte en el espacio de contratación de los jornaleros agrícolas que ofertan su mano de obra. Los camiones van y vienen con la "mercancía humana" que transportan a los campos jitomateros, al precio de cinco pesos cada uno. Por otro lado, grupos de jóvenes de ambos sexos, se dirigen a trabajar a los empaques entre las 10 y 12 del día. El ambiente en Arista está enmarcado por el constante paso de las "batangas" (tinas donde transportan el producto) llenas de jitomate rumbo al empaque y por los camiones enfilados que esperan su cargamento en cajas para transportarlo a los distintos mercados del país. Todo este movimiento convive con un activísimo comercio de comidas y servicios para satisfacer las demandas de los distintos grupos de trabajadores. En esta temporada de trabajo, la cabecera municipal de Villa de Arista, la mayor del valle, aumenta hasta tres veces su población originaria[9]. El valle recibe anualmente un promedio de 10 a 15 mil personas procedentes de las comunidades del valle y sus derredores, de distintos lugares del estado y del país. Lo anterior define al valle de Arista como un espacio de oferta y demanda de mano de obra, atrayente de miles de personas que en la temporada de la pizca de "tomate", llegan para vender su fuerza de trabajo en los distintos procesos de producción de esta hortaliza. Lo que se denomina valle de Arista ha modificado

[9] En la cabecera municipal es donde se concentra la mayor cantidad de población trabajadora.

Gráfico 13

Proporción de riego por goteo en el valle por municipio



su paisaje natural, ha sustituido las cactáceas por campos agrícolas de riego y la fauna silvestre por camiones, tractores y avionetas fumigadoras.

Todos los aristenses valoran la importancia del trabajo. Consideran que se distinguen respecto a las demás poblaciones de la región del Altiplano, porque "aquí sí hay trabajo", afirman. En la plaza, la alcaldía también anuncia públicamente su reconocimiento al trabajo en el depósito de agua potable. En el redondo recipiente del líquido, pintado como gigantesco jitomate, la presidencia municipal tiene escrita una leyenda: "Bienvenidos a Villa de Arista, lugar de trabajo". En ese mismo sentido gira la opinión de uno de los principales empresarios: "Aquí hay trabajo, viene gente de Zacatecas, de Oaxaca, de todas partes. nosotros usamos pura de aquí. La gente de aquí se acomoda donde hay más trabajo, donde hay más tiempo. Traemos 2000 gentes de aquí alrededor, de los ejidos. Todos los años ellos se acomodan con nosotros".

Dadas las actuales circunstancias, Villa de Arista ha asumido una posición jerárquica como centro espacial dominante del valle con base en la complejidad de las funciones que ha desempeñado al interior de la subcuenca y en la variedad y sofisticación de sus actividades y servicios en función de los procesos de producción y comercialización del jitomate.

Hasta aquí pueden llegar los indicadores oficiales, por sí mismos no pueden decir más de la realidad. Están limitados por su posición epistemológica de que los indicadores permiten hacer interpretaciones objetivas y consecuente-

mente las hacen sin separarse y sustentándose en el sentido común. Como todos podemos observar en los medios de comunicación, la mayoría de las veces es a partir de estas fuentes de información que el gobierno argumenta la toma decisiones de política económica. Se quedan en la apariencia, sin ir más allá de lo evidente, para justificar la inercia que prevalece y reproduce el sistema dominante. En nuestro caso de estudio consideramos que para comprender la realidad del valle como totalidad, necesitamos el contexto de los indicadores. Sólo con el contexto podremos articular los elementos o niveles que estaban inconexos o ausentes en el análisis.

El contexto de marginación y progreso[10]

Una mirada superficial, limitada a los datos ofrecidos por los indicadores oficiales, da la apariencia de que la población de Arista es la que mayor desarrollo e integración al mundo globalizado tiene. Ese proceso de desplazamiento jerárquico también ha consistido en que simultáneamente se han desplazado las necesidades y la forma en que se satisfacen. Las necesidades son lo no contemplado por el indicador de marginación pero ligado a él y al plantearlas nos permitirán articular al índice con los otros indicadores económicos, regionales y los desplazamientos poblacionales.

Cuando Venado era el centro espacial, las necesidades para la producción de cajeta eran predominantemente locales y se cubrían en su mayoría con recursos endógenos. La tecnología para su elaboración era tradicional. Existía un relativo equilibrio entre el excedente generado que permanecía en la región y lo que requerían para su reproducción en los ciclos subsiguientes. El intercambio y la distribución de la riqueza era regional lo que facilitaba la circulación en su interior. Lo anterior se puede observar ya que Venado es el municipio que presenta mayor porcentaje de marginación "muy baja" y conserva la mayor cantidad de establecimientos (Gráficos 9 y 11).

Fue un factor externo el que impulsó rápidamente el desplazamiento de Venado y la adopción de Arista como centro dominante. La afluencia de capitales sinaloenses para la producción de jitomate modificó en pocas décadas la importancia relativa de Arista entre los municipios del valle antes del establecimiento del riego. Arista en este nuevo contexto se constituyó como un

[10] Gran parte de la información que se menciona a continuación, para la configuración del contexto, fue obtenida directamente, mediante trabajo etnográfico en el valle de Arista.

referente y punto de llegada de los empresarios foráneos. El nivel de control de los sinaloenses es significativo si contemplamos que por lo menos el 69% del riego presurizado está en manos de las empresas foráneas. El valle se ha convertido en un enclave que responde a los intereses de mercado y rentabilidad de las empresas jitomateras sinaloenses.

Actualmente la necesidad de recursos exógenos es expansiva y dependiente del exterior, ello implica un flujo monetario significativo para adquirirlos. El jitomate para su producción requiere de fuerte inversión de capital, de semilla procedente de Israel o de norteamérica, de insumos canadienses, y de tecnología de compañías transnacionales de fertilizantes y pesticidas o, en el mejor de los casos, la imitación de los procesos productivos sinaloenses. Por otro lado, el producto es perecedero y delicado, por lo tanto se requiere la inmediatez para su traslado hacia los centros de comercialización. En ese contexto el mercado y quienes influyen en él, ejercen una presión respecto al precio, en función de su capacidad de compra. Los grandes compradores de las centrales de abasto llegan a obtener más del 100% de ganancia en la comercialización del jitomate. Debido a lo anterior los grandes empaques son consorcios que tienen sus redes, muchas veces familiares, en las centrales de abasto nacionales y centros comerciales. Las empresas jitomateras para ser eficientes requieren el sustento de un capital que posibilite la realización de las costosas inversiones y soporte el riesgo de la inversión. La impresión de lo masivo provoca impotencia e incertidumbre en los pequeños y medianos productores locales. Como la dimensión cuantitativa pecuniaria es mayor, por ello mayor es su apariencia en los indicadores y mayores también son los impactos en la extracción de los recursos y excedentes locales.

El aspecto tal vez más significativo es que la dinámica del capital es extractiva y depredatoria siguiendo intereses exógenos aunque aparentemente de progreso. Por parte de los inversionistas foráneos no hay una preocupación por el lugar sino como espacio circunstancial para la obtención de una mayor rentabilidad en la producción de jitomate. Los requerimientos de agua han sido exponenciales y han rebasado la capacidad de recarga del manto acuífero. La recarga estimada del acuífero en 1983 era de 25 millones de m^3/año y el gasto de 40 millones de m^3/año lo que implicaba desde entonces una sobrexplotación de 15 millones de m^3/año (Martínez Ruiz,1983:25). La profundidad para la extracción del agua ha variado de los 40 a más de 200 metros. La apropiación privada de los pozos ha despojado a comunidades enteras del acceso al agua.

Más de 12 mil hectáreas han sido abandonadas debido al agotamiento del agua y el empobrecimiento y emplagamiento de los suelos. Lo anterior ha implicado una transferencia hacia el exterior del excedente producido en la subcuenca con base en la explotación de sus recursos. Esa riqueza generada tiene su sustento en el despojo del agua, el agotamiento del suelo y la ocupación de la fuerza de trabajo. El excedente expresado en dinero ha salido constantemente de la región mediante la adquisición de insumos y los rendimientos del capital.

El deterioro del nivel de los pozos a una mayor profundidad, la eliminación del subsidio de la energía eléctrica, el agotamiento de los suelos, la aparición de plagas, el aumento significativo de los costos de producción y la vulnerabilidad y variación del precio en el mercado del jitomate, han propiciado, en la presente década, la salida de importantes capitales agrícolas sinaloenses del valle. Esas condiciones han provocado sensiblemente la eliminación de una importante fuente de empleo y por lo tanto de subsistencia a los pobladores regionales. La nueva dinámica ha hecho depender la subsistencia familiar cada vez más del salario. La aparición de nuevas necesidades y nuevos consumos ha propiciado un creciente requerimiento del ingreso pecuniario. La posibilidad de este salario depende fundamentalmente de la inversión de capital exterior. En ese escenario, las garantías de vida de los habitantes de la subcuenca tienden a depender cada

Bocas, S.L.P. Héctor Hernández

vez más del exterior. Correlativamente, a partir del retiro de importantes empresas sinaloenses en el valle, se ha iniciado la migración local hacia zonas jitomateras de otros estados y hacia Estados Unidos.

Con la llegada de la agroindustria traída por los capitales sinaloenses se adquirieron nuevos referentes culturales y se entró a una nueva lógica con nuevos intereses y valores en una dinámica de carácter imitativo. El desplazamiento al nuevo centro espacial se acompañó por un lado con el menosprecio, desconocimiento, olvido y en algunos casos, abandono de las tecnologías tradicionales locales eficaces y económicas para la solución de problemas y por el otro con la adopción, en una posición de ignorancia, de tecnologías extranjeras. La apreciación y necesidad del dinero, que antes era relativamente desconocido o usado sólo como reserva, fue sustituyendo los requerimientos de unidad y convivencia familiar en el mismo espacio doméstico por la apertura y disponibilidad hacia la migración. El empobrecimiento provocado por el agotamiento de los recursos ha creado condiciones de marginación extrema, de sobrevivencia elemental por la carencia de agua para las familias más desprotegidas. El cambio cultural generado y el empobrecimiento de los habitantes de la región ante la incapacidad de generar sus propias condiciones de producción y empleo va sumiendo al valle en una situación difícil con cada vez menos alternativas identificadas. Con todo lo anterior podemos considerar que el proceso ha sido generador, simultáneamente, de grandes riquezas que se dirigen al exterior y de grandes miserias que se incorporan al valle.

Conscientes de que la discusión sobre los actores rebasaría las intenciones del presente artículo, cabe mencionar que existen sujetos potenciales emergentes aún no constituidos como fuerza alternativa a la propuesta sinaloense, que, sin embargo, consideramos constituyen el eje de posibilidades de futuro para el valle.

Conclusiones

Los más afectados a largo plazo en este proceso de producción y sus consecuencias son y serán los pobladores locales, tanto empresarios como trabajadores, ya que han sido despojados de sus recursos de subsistencia locales como el agua y la tierra.

El valle se ha sometido a la dinámica centrípeta y centrífuga del capital y la tecnología agrícola. En su movimiento centrífugo a los marginales los ha desplazado hacia un nivel de marginación infrahumana, despojándolos de lo más vital que es el agua, y por otro lado en su movimiento centrípeto ha extraído recursos transformados en riqueza de donde ha podido, para privilegiar aún

más al centro, a la metrópoli, al gran capital transnacional. El mecanismo de este dinamismo bidireccional en el caso de estudio ha sido la tecnología para la generación rentable del producto del jitomate y su mercado.

Como se ha podido observar en el escrito a partir de las dos posiciones epistémicas presentadas, las conclusiones que permite una lectura articulada de los indicadores con base en su contexto son completamente distantes y hasta opuestas a las que resultaron de una interpretación simple y superficial de los indicadores. Si consideramos que las decisiones se basan en las interpretaciones que se hacen de la realidad podemos inferir que cada una orienta por caminos distintos y con diferentes resultados.

De continuar esa situación inercial, ¿cuál es el escenario posible para los próximos 10 o 20 años en el valle de Arista?

- El abandono poblacional por la carencia de alternativas de vida en la subcuenca.
- El mantenimiento de una economía dependiente de las agroindustrias sinaloenses en un proceso marginal y poco rentable.
- La reproducción y seguimiento del modelo sinaloense mediante la incursión y migración a otras regiones del país para la producción del jitomate, como trabajadores especializados en su producción, adheridos a las principales agroindustrias nacionales.
- El regreso al sistema tradicional ganadero y de secano en peores condiciones por el agotamiento de los recursos.

La limitación a lo anterior o la apertura de nuevas posibilidades no contempladas sólo está en manos de los sujetos locales. Únicamente ellos pueden construir nuevas y diferentes condiciones de futuro basados en sus interpretaciones de la realidad vivida. Ellos pueden identificar alternativas viables, apoyados en los recursos y conocimientos locales que posibiliten un desarrollo sustentable de la economía local.

Ojalá el lector, con base en lo planteado, comparta la posición de que los indicadores, siendo útiles, tienen límites, que por sí solos únicamente permiten ver "espejismos" y por lo tanto es necesario rescatar la complejidad de la realidad mediante una reconstrucción articulada de la misma para poder comprenderla más objetivamente.

Fecha de recepción: 15/IV/99
Fecha de aceptación: 3/V/99

Bibliografía

Calvillo Unna, Tomás. (1994) "San Luis Potosí. Una mirada a vuelo de pájaro", en González Casanova Pablo y Jorge Cadena Roa (coords.) *La República Mexicana modernización y democracia de Aguascalientes a Zacatecas. México.* La Jornada Ediciones. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades/UNAM.

García Martínez, Bernardo. (1993) "Tiempo y espacio en México: las últimas décadas del siglo XX." en J.J. Blanco y J. Woldenberg (comps.), *México a fines de siglo*, México, F.C.E., pp. 152-177.

———————— (1995)"En busca de la geografía histórica", *L'Ordinaire latinoamericain*, sept., pp. 75-88.

Gobierno del Estado de San Luis Potosí. (1995)*Índices y grados de marginación de la zona Altiplano,* México.

Maisterrena Zubirán, Javier y Ma. Isabel Mora Ledesma. *Riego, trabajo y producción de hortalizas: El valle de Arista en el Altiplano Potosino*, Avances de Investigación, San Luis Potosí, CIHSLP.

Martínez Ruiz, Víctor Julián. (1983) *Presente y futuro de las cuencas geohidrológicas de Villa de Reyes, San Luis Potosí y Villa de Arista, S.L.P.*, San Luis Potosí, UASLP, Folleto Técnico no. 91.

Montejano y Aguiñaga Rafael. (1990) *San Luis Potosí, la tierra y el hombre,* México, Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí.

Zemelman, Hugo. (1989) *Crítica epistemológica de los indicadores.* México, El Colegio de México.

Anexos

Cuadro 1
Indices y grados de marginación por localidad en el estado de San Luis Potosí (1990)*

Por loc.	*Z. Centro*	*Z. Altiplano*	*Z. Media*	*Z. Huasteca*
Muy Alta	50%	46%	43%	28%
Alta	23%	19%	24%	39%
Media	16%	19%	18%	22%
Baja	9%	13%	12%	9%
Muy Baja	2%	3%	3%	2%

*Elaboración propia. 1997

Fuente: Indices y grados de marginación en la zona centro, Huasteca, media y Altiplano, Gobierno del Estado de San Luis Potosí/Coordinación General de Concertación Ciudadana, 1995.

Cuadro 2

Índices y grados de marginación por habitante en el estado de San Luis Potosí (1990)*

Por Hab.	*Z. Centro*	*Z. Altiplano*	*Z. Media*	*Z. Huasteca*
Muy Alta	4%	14%	11%	12%
Alta	5%	12%	11%	23%
Media	7%	17%	17%	18%
Baja	9%	20%	16%	23%
Muy Baja	75%	36%	44%	24%

*Elaboración propia. 1997

Fuente: *Indices y grados de marginación en la zona centro, Huasteca, media y Altiplano*, Gobierno del Estado de San Luis Potosí/Coordinación General de Concertación Ciudadana, 1995.

Cuadro 3

Índice de marginación en el valle de Arista, por población (1990)*

Municipio	muy alta	alta	media	baja	muy baja	total
Moctezuma	4768	7219	1923	2017	2974	18891
	25%	38%	10%	11%	16%	
Venado	3383	2474	2723	1416	3923	13919
	24%	18%	20%	10%	28%	
Arista	1110	564	1426	8589	47	11736
	9.6%	5%	12%	73%	0.4%	
Total	9261	10257	6072	12022	6944	44546
	21%	23%	14%	27%	16%	

*Elaboración propia. 1997

Fuente: *Índices y grados de marginación en la zona Altiplano*, Gobierno del Estado de San Luis Potosí/Coordinación General de Concertación Ciudadana, 1995.

Cuadro 4
Índice de marginación en el valle de Arista, por localidades (1990)*

Municipio	muy alta	alta	media	baja	muy baja	total
Moctezuma	33	35	14	9	2	93
	35.5%	37.6%	15.1%	9.7%	2.2%	
Venado	42	12	11	7	2	74
	56.8%	16.2%	14.9%	9.5%	2.7%	
Arista	15	5	7	12	2	41
	36.6%	12.2%	17.1%	29.3%	4.9%	
Total	90	52	32	28	6	208
	43.3%	25%	15.3%	13.4%	2.9%	

*Elaboración propia. 1997
Fuente: *Índices y grados de marginación en la zona Altiplano*, Gobierno del Estado de San Luis Potosí/Coordinación General de concertación Ciudadana, 1995

Delegación de Bocas, S.L.P. Héctor Hernández

Cuadro 5

Tipo de uso y propiedad de pozos por municipio (1981)*

	Doméstico		Abrevadero		Riego		No deter.		Total
Municipio	Soc.	Priv.	Soc.	Priv.	Soc.	Priv.	Soc.	Priv.	
Charcas	5	3		3			4	1	16
Moctezuma	2		3	1	41	109	1	3	160
San Luis Potosí	1	1	1		11	6			20
Venado	3	2	7	2	15	8	4	7	48
V. Arista	3	1			12	111		6	133
V. Guadalupe	1				7	1	1		10
TOTAL	15	7	14	6	87	235	11	17	392

*Elaboración propia. Diciembre 1997.

Abreviaturas: No deter. *No determinado*
Soc. *Social*
Priv. *Privado*

Fuente: CNA, documento interno, 1981.

La India contemporánea. Incertidumbre adentro, inseguridad afuera

La India, desde una perspectiva política, presenta, en lo interno, un panorama de emergencia de nuevos partidos políticos; el acceso al poder de grupos anteriormente marginados, y que ante la reforma electoral se añaden transformaciones en el peso político de los medios escritos y electrónicos; el incipiente despertar de la sociedad civil y el juego del sistema de partidos en una democracia representativa, representan, en conjunto, un serio desafío en la transformación del Estado. En lo externo, la ubicación geoestratégica de la India ha llevado al país a desarrollar delicadas alianzas extrarregionales con China y con Pakistán, dichas alianzas crean un marco de inseguridad en toda la región, cuyo desenlace se verá en los años por venir.

India Nowadays. Inside Uncertainty, Insecurity Outside

India, from a political view, presents inside the arise of new political partys, the access to power of marginated groups, the electoral reform, transformations in mass media, the slow awakening of civil society, and a delicate arrangement of partys in a democratic system that means a serious duel in the State transformation. Outside, the geostrategic position of India has generated difficults extra-regional alliances with China and Pakistan which gives an insecurity horizon for the whole region.

La India contemporánea. Incertidumbre adentro, inseguridad afuera

Varun Sahni

Descubridora

En el espacio que me ha sido asignado, me gustaría analizar el ámbito interno y externo de la política india. Este panorama no sugiere que no haya otras áreas de la política contemporánea india, tales como la economía, sociedad y cultura, que resulten muy interesantes. El enfoque de mi presentación refleja meramente mi experiencia como politólogo. En mi opinión, el estado actual de la política India puede describirse como incertidumbre adentro, inseguridad afuera.

Varun Sahni
CIDE. Correo electrónico: sahni@dist1.cide.mx

Desde el punto de vista de Harold Lasswell, muy conocido politólogo estadounidense, la política implica "quién obtiene qué, cuándo y cómo". Entre ellas, la pregunta quién es sin duda la más importante: ¿Quién gobierna? ¿Quién es excluido? ¿Quién se beneficia?, ¿a expensas de quién? A lo largo de la historia de la humanidad, de una sociedad a otra, estas cuatro preguntas han sido arduamente respondidas. Cada generación, en cada sociedad, estas interrogantes se reabren y surgen otras nuevas.

Hoy en día, en la India atravesamos por una fase de duda, introspección, desespero, esperanza y reivindicación. Los grupos de castas que han estado al margen de la sociedad india tienen por primera vez, el poder en su manos y lo están disfrutando. Nuevas clases sociales se están formando. El viejo establecimiento está dando cabida a "una nueva clase media" que no sólo busca acceder al poder sino que pretende capturarlo. En las capitales de los estados y en los distritos a lo largo del país, hay una desgana por someterse a los caprichos de Nueva Delhi. La política india, en otras palabras, es un desorden. No obstante este tumulto es inevitable y necesario. Toda sociedad, particularmente aquellas sociedades en desarrollo como la India en que el pastel es pequeño y los demandantes muchos, debe redefinirse periódicamente al decidir quién esta "dentro" y quién esta "fuera". Y si la redefinición resulta en una sociedad más inclusiva, como lo sugieren los cambios actuales de la política en la India, mucho mejor.

La forma de gobierno central en Nueva Delhi refleja muchos de estos cambios. La India es una democracia parlamentaria. El voto popular en la India está actualmente dividido en tres segmentos iguales, ninguno de los cuales posee una mayoría en el parlamento.

El más grande de estos segmentos está conformado por el Partido Bharatiya Janata (BJP por sus siglas en inglés), el partido de la reivindicación y patriotismo hindú, y sus aliados. Después de varios años de ser la paria de la política india, el BJP llegó al poder en las elecciones de febrero de 1998. El segundo segmento político está formado por el partido del Congreso, el partido que ha gobernado a la India casi desde su independencia, y sus aliados. El Congreso parece hoy estar en decadencia, aunque la decisión de Sonia Gandhi, viuda de Rajiv Gandhi, el primer ministro asesinado, de unirse a la política podría marcar un giro sobre el futuro del partido. El tercer segmento comprende alrededor de 14 partidos que juntos constituyen el Frente Unido, formado por dos partidos comunistas, parti-

dos de centro-izquierda como el Janata Dal que habla en nombre de ciertos grupos de castas hasta ahora marginados, y varios otros partidos regionales.

El cambio más evidente en la política india en los últimos años ha sido el saneamiento del proceso electoral indio. La Comisión Electoral, revitalizada, ha iniciado un proceso de reforma electoral que ha capturado la imaginación política y ética de la ciudadanía y por ello, muy difícil de revertir. El hecho sobresaliente de todo este proceso de transformación es que se inició y completó sin que se hayan instrumentado cambios institucionales significativos. Por el contrario, una institución existente ha sido revivida y las reglas que por tantos años han estado escritas empiezan aplicarse. Los malos manejos y la criminalidad, ambas asociadas durante mucho tiempo al proceso electoral en la India, están siendo combatidas vigorosamente. No obstante, la viabilidad de estas reformas electorales en largo plazo es aún objeto de preocupación.

En los últimos cinco años hemos presenciado una transformación inusitada en los medios escritos y electrónicos. El viejo sistema apoyado por el Estado en el que la impresión y publicación de los periódicos dependía del gobierno y en el cual los periodistas habitaban viviendas otorgadas por éste y, en que el Estado tenía monopolio total de los medios electrónicos, está en su última fase de decadencia. La explosión de los medios se ha expandido vastamente dentro de la sociedad. El punto de vista de los viejos agentes en la cumbre de la política india, está siendo sometido a duro cuestionamiento por los locutores de televisión, algo inconcebible años antes y hoy algo cotidiano. En el futuro, puede esperarse que los medios de comunicación jueguen un rol determinante en la política India.

Pese al sistema electoral y los medios de comunicación, el elemento constitutivo más importante en la sociedad política es, por mucho, el sistema de partidos en general y los partidos políticos en particular. Los partidos son instrumentos cruciales en una democracia representativa: son los canales de comunicación entre la sociedad civil y el Estado. Los partidos juegan el papel de agregar y articular los intereses divergentes; es alrededor de ellos que los diversos valores e intereses de la sociedad se funden y encuentran expresión política.

En el sistema de partidos de la India, pueden identificarse ciertas tendencias de cambio. La primera y más importante es el declive de los partidos nacionales. A pesar de que la presencia política del Congreso ha disminuido, el resto de los partidos nacionales ha percibido también que su base política se ha adelgazado. El Congreso, el Janata Dal, el BJP y los partidos comunistas son conside-

rados fuerzas políticas en un reducido número de estados. Además del surgimiento de un sentimiento regional, este declive está vinculado al rompimiento del viejo consenso nacional de la política secular y economía social, un tema que discutiré más adelante.

El declive de los partidos nacionales ha sido simultáneo al crecimiento de partidos regionales. Aunque estos han tenido una presencia electoral significativa desde mediados de 1960, con el despertar de los partidos nacionales, puede esperarse que los partidos regionales llenen ese vacío. Existe, de cualquier manera, una variación considerable en la dinámica política de los diversos estados. En estados como Rajasthan y Kerala los partidos regionales tienen una importancia limitada. En otros estados como Tamil Nadu y Sikkim, los partidos regionales dominan la política. Finalmente, en un número de estados los partidos regionales alternan el gobierno con los partidos nacionales: Punjab, Assam, y Andhra Pradesh representan esta tendencia.

La política nacional podría estar definida, en un futuro, por las coaliciones entre varios partidos regionales o, entre un partido nacional y algunos partidos regionales. Sin embargo, la creación de coaliciones podría adquirir la forma de política de castas. Este nuevo tipo puede encontrarse claramente en los estados de

Charco Cercado, S.L.P. Héctor Hernández

Bihar y Uttar Pradesh. La casta ha sido siempre un factor en la política india, utilizado para atraer clientela electoral por todos los partidos. De hecho, todos los partidos en la India han abarcado este espectro de castas. El surgimiento y éxito electoral del Partido Bahujan Samaj (BSP), un partido explícitamente de las castas bajas y con un fuerte énfasis en la justicia redistributiva, ha revelado una nueva tendencia en la formación de los partidos. De esta manera, las coaliciones basadas en las castas muestra ser el lenguaje cotidiano de la política india.

Un aspecto que es motivo de grave preocupación es el debilitamiento del Estado indio. El Estado en la India es débil en capacidad (ineficiente), duro de naturaleza (coercitivo) y amplio en tamaño. Es esa una combinación de atributos poco manejable para un Estado que sufre de ello. El problema de la India es que el tamaño del Estado ha sido confundido con la capacidad del mismo. Un Estado grande no es por ende un Estado fuerte. Y el ser un Estado pequeño no implica ser un Estado débil. Aún más, un Estado fuerte no necesita ser un Estado duro: la habilidad política implica el uso de un sutil poder de cooptación más que poder de coerción. Así pues, el Estado indio debe ser transformado vía la reducción de su tamaño, reforzando su capacidad y suavizando su naturaleza. La política india necesita un Estado más pequeño, fuerte y blando.

La tarea de construir un Estado más pequeño y fuerte puede alcanzarse simultáneamente al reducir el tamaño del aparato estatal. La baja tiene que ser cuantitativa y cualitativa —menos empleados y menos responsabilidades estatales. El Estado debe dejar de ser el principal proveedor de empleo en la India. Debe dejar a un lado las áreas que no le corresponden —administrar hoteles de cinco estrellas, por ejemplo. Las principales responsabilidades del Estado están previamente definidas: seguridad nacional, política exterior, ley y orden, manejo macroeconómico, colecta de ingresos, desarrollo y mantenimiento de infraestructura, salud pública y educación, alimentos y seguridad energética, regulación del sector privado, protección ambiental, apoyo a investigación científica, promoción de la cultura, reforma social y seguridad social —en otras palabras, tareas que sólo el Estado puede realizar. Un Estado que pretende y puede concentrar sus talentos administrativos en responsabilidades cardinales tendrá la capacidad de hacer lo importante.

Así, menos responsabilidades para el Estado y menos empleados estatales tendrá como resultado un Estado más pequeño y contribuirá a la fortaleza el mismo. Un Estado más chico es necesario pero no suficiente prerrequisito para un Estado más fuerte. Para conseguir esto último, es indispensable invertir más

en el aparato estatal. Un Estado con menos empleados, mejor pagados, mejor preparados y equipados —en otras palabras, mejor motivados— tendrá como resultado, incluso en un Estado tan grande como la India, un Estado fuerte. El peligro más grande de reforzar al Estado es que esto puede conducir también a un endurecimiento del Estado. Un Estado duro es incompatible con una política democrática. Un Estado suave puede construirse únicamente con base en una cultura de derecho, que es protegida por instituciones como la Comisión Nacional de Derecho Humanos (NHRC por sus siglas en inglés).

Otro aspecto es el declive del consenso ideológico. El rol de las ideas políticas en el proceso político nunca debe ser ignorado —en las sociedades, las ideas sustentan las acciones individuales y colectivas. El choque de ideas políticas es un elemento importante en la política de impugnación, particularmente en una democracia. La discordia política puede ser signo de una política sana y llena de vitalidad. Pese a su rareza, sí existió un consenso político en la India durante los primeros años de su independencia, basado en el no alineamiento y en el anticolonialismo en las relaciones internacionales, democracia y secularismo en la política interna, planeación centralizada y autoconfianza en el desarrollo económico y una reforma igualitaria y acción afirmativa en la esfera social. En los años posteriores, el viejo consenso político se ha ido rompiendo. No alineamiento y anticolonialismo son menos relevantes para el sitio que ocupa la India en el sistema internacional. La política secular se ha puesto en riesgo, por las fuerzas de reivindicación y patriotismo hindú. Las fuerzas gemelas de liberalización y globalización, existentes desde 1980, pero con fuerza desde 1991, están transformando radicalmente la economía india. El viejo consenso en la política de reserva (acción afirmativa) se ha roto y es hoy, objeto de serio conflicto político y social. De esta manera, el viejo consenso político yace hoy en ruinas.

Sin embargo, existen todavía varias ideas en las que los indios coinciden. La política democrática permanece firmemente establecida en la India, así como las instituciones republicanas. La subordinación militar a la autoridad civil no se discute; el carácter apolítico de las fuerzas armadas es considerada por muchos indios como la característica que distingue a su país de otros países en desarrollo. Libertad de prensa e independencia judicial son otros de los principios que gozan de amplia aceptación.

Esta discusión de ideas políticas nos conduce al próximo tema que es la ausencia de una fuerte sociedad civil en la India. En una política democrática, una sociedad civil autónoma y vivaz es el contrapeso más efectivo al abuso de

poder por parte del Estado. La libertad de asociación es un derecho fundamental que otorga la Constitución india a todos sus ciudadanos. Aún así, la plétora de las instituciones no gubernamentales en la India atestigua que esta libertad es concedida sin control significativo del Estado. Sin embargo, el derecho de asociación en la India no ha conllevado, por dos razones, a la creación de una sociedad civil llena de vitalidad y fuerte. La primer razón es la falta de autonomía respecto del Estado. Las instituciones de la sociedad civil en la India han dependido siempre del apoyo financiero estatal y del patrocinio político. Por ello, la sociedad civil india es incapaz de actuar como un contrapeso al poder sin límites del Estado. La dependencia de las instituciones de la sociedad civil se acentúa por el mimetismo del Estado. En términos de organización interna, procedimientos y funcionamiento —en otras palabras, su cultura organizacional— las instituciones de la sociedad civil tienden a desviarse aún más que las instituciones gubernamentales de los estándares de probidad y prudencia. En otras palabras, la sociedad civil en la India no ha sido capaz de establecer un modelo de virtud cívica que el Estado pueda emular.

La sociedad civil es una pequeña arena política en parte debido a que una estrecha noción de la participación ha tomado lugar en el proceso político del país. Paradójicamente, esta visión limitada fluye directamente del éxito indio de mantener sus tradiciones e instituciones democráticas. En países en los que se ha experimentado un gobierno dictatorial, la participación política incluye necesariamente la reivindicación de los derechos ciudadanos. En la India la participación política equivale, pero también se limita, al ejercicio electoral de la ciudadanía. Debe enfatizarse que es éste un logro digno de celebrarse: mayor número de votantes es una característica perdurable del proceso electoral. No obstante, la participación política es más que el ejercicio de un derecho. Implica, entre

otras cosas, la autoreivindicación de los derechos individuales y colectivos, y ayuda también a vigilar la cantidad y calidad del poder del Estado. Una cultura de participación cívica autónoma mantiene al Estado con los pies sobre la tierra y previene los abusos de poder.

Hay signos de que una sociedad civil autónoma puede, finalmente, estar emergiendo en la India. Durante los primeros cuarenta años de independencia, el sistema de partidos era el único mecanismo para articular las tensiones y presiones sociales. No obstante, en los últimos años han surgido nuevos movimientos sociales que buscan persistentemente permanecer autónomos del control de los partidos políticos y la manipulación. Estos grupos y movimientos están comprometidos con temas como el medio ambiente, los derechos de la mujer, mano de obra infantil y alternativas de desarrollo. Algunos comentaristas sugieren que estos movimientos son elitistas y urbanos y por lo tanto, de importancia marginal para la política nacional. Es cierto que algunos activistas voluntarios se enfocan en los asuntos urbanos como la protección al consumidor. No obstante, muchos otros grupos, tal como el grupo contra las grandes presas (por su impacto ambiental en el largo plazo), tienen fuertes raíces rurales y el potencial de construir coaliciones a lo largo de la nación. Así como estos movimientos crecen y proliferan, el espacio disponible para la sociedad civil en la política india aumentará considerablemente.

Estos cambios, positivos y negativos, en la política van acompañados de un profundo y creciente cinismo entre la ciudadanía acerca de los políticos y la política. Hay descontento, un malestar general, una pérdida de confianza en el proceso político. Aunque muchos aspectos de la conducta política india dejan mucho que desear, el suceso más perturbador es el nexo entre política y criminalidad. Candidatos con antecedentes penales están ganando en las elecciones. Un golpe más duro contra la legitimidad política y virtud cívica es imposible de imaginar.

El último elemento que voy a tratar es la corrupción. La remuneración ilegal, soborno y nepotismo son parte de la cultura política; es un ácido que corroe irreparablemente. Tres teorías explican la permanencia de la corrupción en la India. La explicación cultural concibe al soborno como un simple dar y recibir regalos, y visualiza al nepotismo en el contexto de las tradicionales obligaciones familiares —en otras palabras, la corrupción es percibida como una manifestación moderna de un aspecto intrínseco a la cultura india. La explicación sociológica se centra en la pobreza y miseria de la mayoría de los individuos

y familias y en el hecho de que hacer dinero fácil es su única manera de seguridad social. A la explicación cultural y sociológica debe sumarse una explicación política, la del omnipresente —pero no omnipotente— Estado indio, que es imposible de evadir y que forma parte de cada transacción económica e interacción social.

La corrupción puede darse a tres niveles de ilegalidad. En el nivel más moderado, la corrupción está dirigida a acelerar el procedimiento legal. Este tipo de corrupción prevalece en muchos países; de hecho, es atribuida por muchos economistas, a la naturaleza funcional como un mero costo de transacción. A nivel intermedio, la corrupción está dirigida a frenar un proceso legal. El nivel más viciado de corrupción implica pervertir el proceso legal en su totalidad. Hoy en día, en la India, la actitud de *chalta hai* (todo puede suceder) acepta la subversión de la ley como algo que no puede prevenirse y sólo puede esperarse.

La política influye en la sociedad. Probablemente, el recurso de poder más importante que un país posee son sus recursos humanos, los cuales se reflejan no sólo en las habilidades de su población sino también en la lealtad y moral de sus ciudadanos. La fuerza moral y legitimidad de un sistema político radica en el convenio entre el Estado y la sociedad. Hoy, abundan signos de que el Estado indio no alcanzó sus expectativas en el acuerdo. India está calificada como "baja" en el índice de desarrollo humano relativo del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas. Rápidamente, podemos revisar algunos de los lamentables indicadores de la India. Sólo dos terceras partes de la población tienen acceso a agua potable. Menos del 40% de la población de 15 años o mayor puede leer y escribir. Un 10% menos de mujeres en la India estarían en condiciones de equidad de género. Más de un 25% de la población infantil india, menor a los cinco años padece desnutrición y más del 10% de ellos muere antes de alcanzar la edad de cinco años. Menos de la mitad de los niños en edad de asistir a la escuela secundaria acuden a ella.

Comparado con otros países en el mundo, la India es una sociedad relativamente equitativa. El 20% de la población más rica en la India percibe ingresos cinco veces más que el 20% de la población más pobre, comparando 26 veces en el caso de Brasil y 10 en el caso de Australia. Pero esta relativa equidad tiene que contemplarse en el contexto de la absoluta pérdida y degradación que enfrentan los pobres en la India. India permanece como una "sociedad en sobrevivencia" en donde la penuria y miseria es la condición permanente para muchos individuos y familias.

Inseguridad afuera

Cooperación e integración a nivel regional es tal vez el cambio más grande que haya sufrido el sistema estatal soberano desde su inicio después de la Paz de Westfalia en 1648. De cualquier manera, el sur de Asia permanece presa de su "inseguridad estructural". La naturaleza indocéntrica del sur de Asia es una realidad histórica que la India no puede evadir y sus vecinos ignorar (ver la siguiente tabla).

La India y sus vecinos sudasiáticos

	La India	Los vecinos*
Población total	950,631,000	297,002,000
Número de efectivos militares	1,145,000	862,500
BIP en 1995 (en dólares)	$330 billones	$101 billones
Gasto militar en 1995 (en dólares)	$8.3 billones	$4.7 billones
Tanques de batalla	3,500	2,155
Artillería	4,355	2,035
Buques de guerra principales	26	15
Lanchas patrulleras	44	90
Submarinos	19	9
Aviones de caza y ataque	846	515
Helicópteros armados	189	15

*Incluye Bangladesh, Nepal, Pakistán y Sri Lanka.
Fuente: Intituto Internacional de Estudios Estratégicos (Londres), *The Military Balance 1996/97*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 151-169.

En términos de la configuración regional de poder, no hay país que domine a su región en la manera que la India domina al sur de Asia, con la única posible excepción de Estados Unidos en Norteamérica. Geográficamente, la India forma el centro del sur de Asia y sus vecinos conforman la periferia. La India comparte fronteras con cada uno de los países de la región, mientras que ninguno de sus vecinos son limítrofes de otro país del subcontinente que no sea la India. Como lo muestra claramente la tabla, el poderío indio supera el poder colectivo de todos sus vecinos en la región. De tal forma, la única forma en que los países del área pueden contener el poderío indio es recurriendo al equilibrio externo —a través de la intervención de una potencia extrarregional—, a lo cual

la India se opone contundentemente. Aún más, parece que no hay salida alguna a este dilema de seguridad. Así pues, "la unidad estratégica del subcontinente" permanece en el corazón de las nociones e ideas de la India respecto a la seguridad nacional.

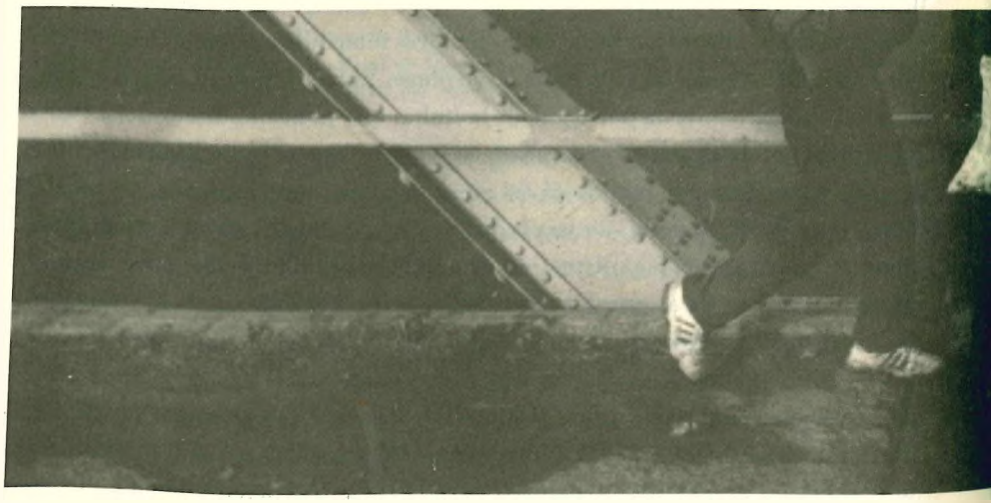
Pakistán permanece como la "bestia negra" no sólo de la comunidad estratégica india sino también de la población india en su mayoría. La razón para ello radica en cuestiones ideológicas y de identidad. Para muchos indios, el problema principal radica en que Pakistán fue fundado bajo la teoría de "las dos naciones", una ideología que confiere identidades nacionales distintas a la hindú y a la musulmana. El punto clave de la hostilidad entre la India y Pakistán necesita ser reconocido si queremos tener una perspectiva adecuada del problema. Esto sugiere también que el transcurso del tiempo es, probablemente, la mejor solución para el problema India-Pakistán. Para la élite india que pertenece a la generación post-partición, Pakistán siempre ha sido considerado como un país extranjero; incluso es dibujado con un color distinto en los mapas escolares. Para esta nueva generación, la ecuación *Pakistán = hogar de los musulmanes indios* es un sin sentido, ya que existen tantos indios musulmanes como pobladores pakistaníes. Por lo tanto, las condiciones para una paz duradera se fincarán en la medida en que la generación post-partición obtenga puestos de influencia en ambos países.

Algunos lectores estarán esperando un análisis sobre los ensayos nucleares que la India llevó a cabo en mayo de 1998. Para analizar las razones que llevaron a la India a abandonar su política de ambigüedad y continencia nuclear, debemos enfocarnos tanto en los factores inmediatos, internos como externos, como en las consideraciones de largo plazo. El factor interno está relacionado con la política interna partisana de la India, que ya hemos discutido. El BJP se ha expresado, desde hace varios años, en favor de que la India haga evidente su capacidad nuclear y lo manifestó así en su documento de campaña electoral de febrero de 1998. A pesar de la predisposición ideológica del BJP, la decisión, popular y con tintes populistas, de armar la capacidad de disuasión nuclear india fue motivada por asuntos internos; es decir, por el deseo de hacer frente a la incertidumbre e inestabilidad inherente en la política de coaliciones.

No obstante, la dinámica fluida que caracteriza a la democracia india ofrece únicamente una explicación parcial. La segunda razón que puede elucidar la decisión india está relacionada con el desarrollo regional. Resulta claro que el entorno de seguridad externa para la India ha empeorado en los últimos

años. Unas semanas antes de la pruebas nucleares indias, Pakistán realizó experimentos con un misil de alcance medio que la India sospechaba fue desarrollado con asistencia china. El liderazgo indio fue confrontado con la clara evidencia de que China y Pakistán habían incrementado la cooperación en el campo nuclear y en el de los misiles. Por ejemplo, existen reportes creíbles de que Pakistán ha suministrado tecnología para el enriquecimiento de uranio a China y a cambio ha recibido asistencia en misiles y tecnología de propulsión. Consiguientemente, los ensayos nucleares indios pueden ser considerados como un intento por responder al acercamiento militar notorio existente entre los ya tradicionales rivales de la India.

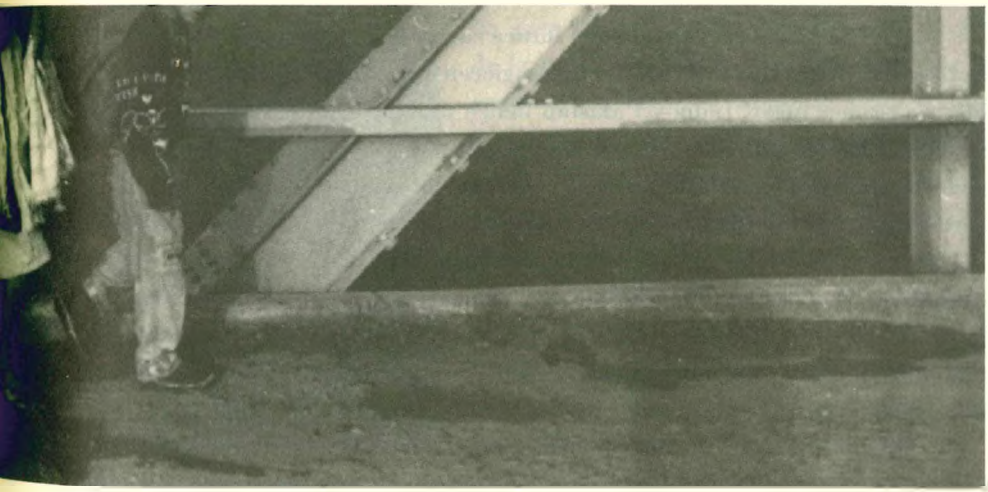
Si bien éstas son las razones inmediatas, existen también consideraciones de largo alcance, las cuales a menudo son ignoradas por analistas fuera de la India. De éstas, la más importante es el "factor China". Ciertamente, en los últimos años, las relaciones bilaterales entre la India y China han mejorado substancialmente. Sin embargo, China permanece como el eje cardinal de las futuras relaciones exteriores de la India. El señalamiento esencial que se debe hacer en este punto es que cualquier definición geoestratégica del sur de Asia (en contraposición a la meramente geográfica) debe, necesariamente, incluir a China en la ecuación. China está localizada en el corazón de Asia. En efecto, China define a Asia; no hay duda de ello. Es el único país asiático que colinda con cada una de las subregiones asiáticas, ya sea el noreste, el sudeste, la parte central o el



sur; en otra palabras, forma parte del complejo de seguridad de la India. Se trata de un país con el cual la India peleó una guerra en 1962 y de una región en donde se han desplazado medio millón de soldados indios ubicados en la disputa fronteriza con China. Por consiguiente, resulta absurdo esperar que la India ignore la capacidad nuclear de su vecino del norte.

A pesar de esto, varios analistas del sur de Asia insisten persistentemente en ignorar el "factor China" en la planeación de seguridad india y se obstinan en dibujar una ecuación espuria y artificial entre Pakistán y la India. Esta última, tiene una población de 980 millones de habitantes, representa el 80% de la población china (con 1,200 millones de pobladores) y es ocho veces más grande que la de Pakistán (con 120 millones de pobladores). No obstante este hecho, el intento de la India por contener a China es considerado como un osado y ambicioso ejercicio sin esperanza, mientras que la determinación pakistaní de igualar el potencial indio es visto como perfectamente natural. Esta falsa percepción de una ecuación India-Pakistán está presente en el corazón del dilema de seguridad en el sur de Asia.

De esta manera, podemos darnos cuenta que no existe explicación única a la decisión de la India de ensayar sus armas nucleares. Consideraciones de política interna y burocrática proporcionan únicamente una explicación parcial. Las preocupaciones de seguridad de la India *vis-à-vis* China y los estrechos vínculos de esta última con Pakistán son factores que deben tomarse también en cuenta.



Finalmente, no puede negarse que debido a algunos elementos que caracterizan a la élite política india, la capacidad nuclear compensa la falta de poder de la India en ciertas áreas de la política internacional. Una disuasión nuclear india, desde esta perspectiva, contribuye también a aminorar su complejo de inferioridad *vis-à-vis* China.

¿Cuál ha sido el impacto de las pruebas nucleares en la política interna y en las relaciones internacionales de la India? El impacto político interno ha sido mínimo. Las consecuencias inmediatas de las pruebas nucleares permitieron a la coalición gobernante encabezada por BJP ganar una enorme popularidad, colocando a los partidos de oposición a la defensiva. Sin embargo, éste fue un beneficio de corto plazo ya que al cabo de un mes, el caos y la confusión en la coalición política india regresó. Y en noviembre de 1998, el gobierno estuvo en peligro de perder las elecciones en dos estados clave.

Algunos analistas, particularmente de Occidente, sugieren que de estallar nuevamente una guerra entre la India y Pakistán, el uso de armas nucleares sería inevitable. Este escenario es poco factible. Se debe considerar que la India y Pakistán mantienen aún relaciones diplomáticas y tienen fuertes relaciones bilaterales en otros campos, a pesar de la reciente avalancha de propaganda por parte de ambos gobiernos. Por ejemplo, el tráfico aéreo comercial despega y aterriza en cada una de las ciudades metropolitanas de ambos países diariamente. Las posibilidades de que se dé algún tipo de actividad hostil entre los dos rivales puede ser descontada y la situación está muy lejos de culminar en una guerra nuclear.

¿Qué posibilidades hay de una futura carrera de armas nucleares entre la India y Pakistán? Hay dos razones que sugieren que éste es un caso poco probable. En primer lugar, India y Pakistán tienen una historia militar de conducta madura y moderada. Por ejemplo, ambos países se han abstenido de bombardear las ciudades y poblaciones de la contraparte en guerras anteriores. En segundo lugar, las suposiciones de una carrera de armas nucleares entre la India y Pakistán están basadas en la experiencia de Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría. En realidad, hay buenas razones para argumentar que la carrera armamentista entre las superpotencias fue una aberración histórica y que ni la India ni Pakistán tienen los recursos e intenciones de embarcarse en una carrera nuclear sin límites.

¿Qué repercusiones tendrán estos ensayos en la relación bilateral India-China? La reacción inicial de China fue de desconcierto y furia. Días antes de

que se llevaran a cabo las pruebas nucleares de la India, el ministro de Defensa de la India, George Fernades, declaró que China era la principal preocupación de seguridad nacional, lo cual fue algo inesperado para el gobierno chino. Los estallidos nucleares de la India tomaron por total sorpresa a China, así como también lo hizo la táctica india de señalar la capacidad nuclear de China y sus vínculos en el campo nuclear y en el de misiles con Pakistán, como una justificación a sus pruebas. De cualquier manera, las relaciones India-China parecen estar volviendo a la normalidad, en gran parte gracias a la diplomacia india en Beijing.

Sin embargo, aún persisten escollos en la relación China-India. Encuentros bilaterales sobre la frontera en disputa se han convertido en un aspecto institucionalizado de ambas diplomacias, pero no han mostrado progreso substancial en los últimos años. Los vínculos militares y estratégicos con Pakistán permanecen como una preocupación constante de la India, al igual que las actividades militares de China en Burma (Myanmar). Mientras que las pruebas nucleares de la India implican que un antiguo rival de China ha resurgido, no hay indicios de que China tome en serio esta competencia por la influencia en Asia.

Las pruebas nucleares tuvieron también un gran impacto en las relaciones bilaterales de la India con Estados Unidos. Antes de los ensayos nucleares, la administración Clinton había abandonado el enfoque estadounidense acerca de la proliferación nuclear en sus relaciones con la India e iniciado en su lugar una política más flexible con el propósito de incrementar la seguridad así como la cooperación en materia económica y de política exterior. La reacción norteamericana a los ensayos de la India fue de cólera. El presidente Clinton tomó la acción india como una afrenta personal y rápidamente anuncio una larga lista de sanciones económicas. Sin embargo, a

seis meses de que las sanciones norteamericanas fueron anunciadas, los Estados Unidos parecen haber llegado a la conclusión de que su intento por aislar a la India tiene pocas posibilidades de éxito y que una diplomacia sutil puede tener mayores efectos en la política nuclear india. Es claro que la interacción diplomática (discreta, pero de alto nivel) entre Strobe Talbott y Jaswant Singh, respectivos negociadores de Estados Unidos e India, jugó un papel primordial en el anuncio de la firma del Tratado de Prohibición Total de Ensayos Nucleares en 1999. A pesar de ello, Estados Unidos permanece comprometido con el desarme nuclear en la India, creando así un insuperable obstáculo de largo plazo en las relaciones bilaterales con este país.

¿Qué efectos acarreará el añejo desacuerdo entre la India y Pakistán para la seguridad regional y la estabilidad en el sur de Asia? Muchos especialistas en seguridad consideran al sur de Asia como "la región más peligrosa del mundo". Ésta es, en el mejor de los casos, una afirmación sumamente exagerada. Irónicamente, las pruebas nucleares de la India y Pakistán pueden tener un desarrollo positivo en términos regionales. Las armas nucleares, más que ningún otro medio, pueden poner fin y resolver el dilema de seguridad en la región, otorgando a Pakistán la paridad estratégica con la India.

Puente Comoca, S.L.P. Héctor Hernández

¿Qué puede concluirse en relación a China? China es una potencia revisionista en el sentido que busca reemplazar la hegemonía estadounidense en el continente asiático, aunque su poderío no es de carácter expansionista. Sin embargo, la visión estratégica de Estados Unidos se ha singularizado, recientemente, por su miopía, y de hecho está siguiendo una estrategia en la cual se ha doblegado para acomodar a China. Esta última es un Estado totalitario, el futuro rival de Estados Unidos. Mientras la diplomacia estadounidense lleva a cabo esta política con China, castiga y busca aislar a la India, país democrático y capaz de equilibrar el poderío chino en el continente asiático. Si hay alguna lección que aprender de la historia internacional del siglo veinte es que las guerras mundiales surgen cuando las democracias son débiles. Parecería que Estados Unidos, el promotor por excelencia de la democracia mundial, no ha aprendido lo suficiente de esta lección. El resultado de la política estadounidense podría motivar a que la India busque un acomodo con China.

De tal forma, en el futuro se podrían conformar dos ejes alternos en Asia. El primero correría por Terán-Nueva Delhi-Kuala Lumpur-Beijing, estaría conformado en torno a valores asiáticos y su objetivo sería contener a Occidente. El otro eje podría formarse para retener a China y correría por Washington-Nueva Delhi-Jakarta-Hanoi-Tokio. Un arreglo de seguridad regional en Asia podría ser una ruta alternativa para contener el poderío chino. Si bien estos escenarios son especulativos mucho depende del papel estadounidense *vis-à-vis* China y la India.

Fecha de recepción: 15/I/99
Fecha de aceptación: 8/II/99

La conceptualización de los desastres desde la geografía

La geografía ha sido una de las disciplinas que ha intervenido ampliamente en el estudio de los desastres desde dos vertientes epistemológicas diferentes: los que consideran a los fenómenos naturales como el origen primario de las situaciones de desastres, y los que, desde la llamada geografía social colocan a la naturaleza como la detonante del mismo. Ambas posturas parten de diferenciar, desde la más pura tradición cartesiana, la naturaleza y la sociedad. La tradición espacial de la geografía ha incursionado poco en los estudios de la situación de desastre. Y el trabajo que aquí se presenta pretende abrir la discusión desde esta perspectiva.

Conceptualism of Disasters from Geography

Geography is one if the disciplines which has actively participated in the study of disasters, and it has done so considering two different epistemological approches. The people who consider natural phenomenon as the primary origin of disaster situations. Others, taking into account social geography place nature as the trigger of disaster. Both approaches are based upon differentiating, from the purest Cartesian tradition, nature and society. The spatial tradition of geography has made few inroads in the study of disasters. The present work intends to open discussion from this perspective.

La conceptualización de los desastres desde la geografía

Georgina Calderón Aragón

Descubridora

Se cambia la forma, no el contenido

Los estudios elaborados por geógrafos sobre los desastres presentan en la actualidad tres orientaciones principales. La primera, son los trabajos generados desde la llamada geografía física, los cuales han estado orientados en localizar y mapear —desde la más pura tradición geográfica— la presencia de los fenómenos naturales y la intensidad con que se manifiestan en una zona determinada. Otros, han dejando a un lado la visión geográfica para elaborar planes o estudiar la manera de salvar personas. Y la tercer vertiente, si bien ha establecido que es una visión alternativa, porque ha tratado de poner a la sociedad como el centro de las investigaciones, sigue considerando a los fenómenos naturales como detonantes de los desastres, es decir, permanece tomando a la naturaleza como algo externo a la sociedad. Por lo tanto, es necesario comenzar a elaborar desde la geografía, como estudio espacial, la teoría que permita entender cómo se va creando el riesgo y la vulnerabilidad, y a partir de dónde se conceptualiza el desastre.

Georgina Calderón Aragón
Colegio de Geografía. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: gca@servidor.unam.mx

La geografía ha librado con la historia una rivalidad sobre la antigüedad disciplinaria; lo cual llevó a la geografía a identificarse dentro del campo de la llamada ciencia clásica, conservando la separación entre la naturaleza y lo humano, entre la materia y la mente, entre el mundo físico y el mundo social. Al mismo tiempo, imprudentemente luchó por mantener un carácter de ciencia general, lo cual la convirtió desde después de la Segunda Guerra Mundial —momento de definiciones en las ciencias sociales— en una disciplina anacrónica por ser generalizadora, sintetizadora en lugar de analítica. Esto redundó en su exclusión dentro del campo de las ciencias sociales, al orientarse y defender su condición científica e inclinarse, en la balanza, junto con las llamadas ciencias naturales, por una visión impuesta desde la primera mitad del siglo XIX de análisis de la realidad basada en métodos experimentales, para llegar al conocimiento "objetivo" de la realidad.

Por otra parte, los estudios sobre situaciones de desastre desde las ciencias sociales han tenido también su propia complejidad. Por un lado han mantenido en el fondo un hábito científico heredado de la más pura tradición cartesiana, en donde también se separó la naturaleza de la sociedad y se convirtió el método de estudio de la primera en el procedimiento objetivo del entendimiento de la realidad.

La personalidad política que conlleva las situaciones de desastre, en virtud de que siempre existe una intervención de la autoridad, ha permeado las investigaciones orientándolas hacia aspectos esenciales, como la prevención; además de imponer los conceptos afines a la ideología de control necesaria para su manera de participación. En consecuencia, en casi todas las publicaciones con linaje social especifican, eso sí, "los mal llamados desastres naturales"; pero, a lo largo de los escritos usan la expresión una y otra vez como si el término no tuviera carga ideológica, no respondiera a una concepción de ciencia y sociedad. Y se usa con el argumento de ser el vocablo comprendido por tirios y troyanos.

Los científicos sociales, entre ellos los geógrafos así considerados, defienden como parte de sus contribuciones al análisis de las situaciones de desastre, el estudio del mismo como un proceso; sin embargo, en la mayoría de los estudios de caso el proceso se ajusta a las concepciones de los burócratas, inicia con la manifestación del fenómeno natural —el cual en el fondo es el causante del desastre— consignada como la fase de emergencia y termina en un momento cercano en la historia denominado "reconstrucción", marcado también por el instante en que la autoridad determina el regreso a la normalidad. Pero, el pro-

ceso no puede entenderse como parte de la coyuntura institucional, sino como una realidad histórica creada por las relaciones sociales de producción y los sujetos sociales.

La conceptualización en este campo ha tenido entonces problemas variados; ya que las diferentes disciplinas y paradigmas siguen juzgando desde diversos universos el mismo fenómeno y viceversa. De esta forma, los significados de desastre, riesgo y vulnerabilidad tienen múltiples acepciones de acuerdo a la posición ideológica del usuario; y, si bien las definiciones por sí mismas no resuelven el problema de las investigaciones, siempre es conveniente aclarar desde qué perspectiva se están utilizando las palabras empleadas para poner en claro el trabajo mismo.

Una primera discusión está relacionada con el concepto mismo de desastre; aunque en muchos casos como manifiesta el economista ruso Porfiriev (1995:289) ante la pregunta ¿qué es un desastre? "Muchos estudiosos sustituyen o la confunden con la polémica ¿qué es lo que un desastre hace? o con el tema ¿cómo actúa la sociedad en condiciones de desastre?" Temas que por supuesto el autor considera importantes pero que no son el punto principal. Y, como se observa en las diferentes definiciones y puntos de vista siempre son aspectos considerados o confundidos cuando se habla de los desastres.

La década de 1950 a 1960 está considerada por el sociólogo Quarantelli (1995:222-223) como importante para las ciencias sociales, en virtud de ser el tiempo de cambio desde las referencias de agentes físicos como los causantes de desastres, a uno con mayor énfasis en las ciencias sociales; sin embargo explica, a partir de esa década no se han modificado sustancialmente los conceptos desde entonces elaborados. De esta aseveración se desprenden dos propiedades centrales. Si bien los científicos infiltraron el componente social como imprescindible para la ocurrencia de un desastre, el paradigma de mayor aceptación que ha permeado la conceptualización tanto en las ciencias naturales como en las sociales, es la que considera todavía a los agentes físicos o los accidentes como los causantes de los mismos. Además de ser la fuente de referencia dentro de la denominada por los tecnócratas, gestión y manejo de los desastres, Gilbert F. White (1945:2-10) es uno de los autores que desde la geografía fue pionero en considerar a la población y orientó la atención hacia el ajuste humano a las inundaciones. Los objetivos formulados por White (citado en Whittow, 1988:308) estaban dirigidos a:

a) estimar la extensión de la ocupación humana en áreas sujetas a eventos extremos en la naturaleza, b) determinar el rango de posibles ajustes humanos por los grupos sociales para estos eventos extremos; c) examinar cómo la población percibe los eventos extremos y los desastres resultantes; d) examinar el proceso de elección de ajustes para reducir las pérdidas; y, e) estimar cuál sería el efecto de la variación de la política pública en este grupo de respuestas. Los geógrafos físicos agregaron un sexto objetivo; f) evaluar la dimensión del desastre en orden de predecir el grado de impacto y la dimensión espacial de la zona de riesgo". Objetivo que si se analiza cuidadosamente, se encuentra implícito en los otros cinco.

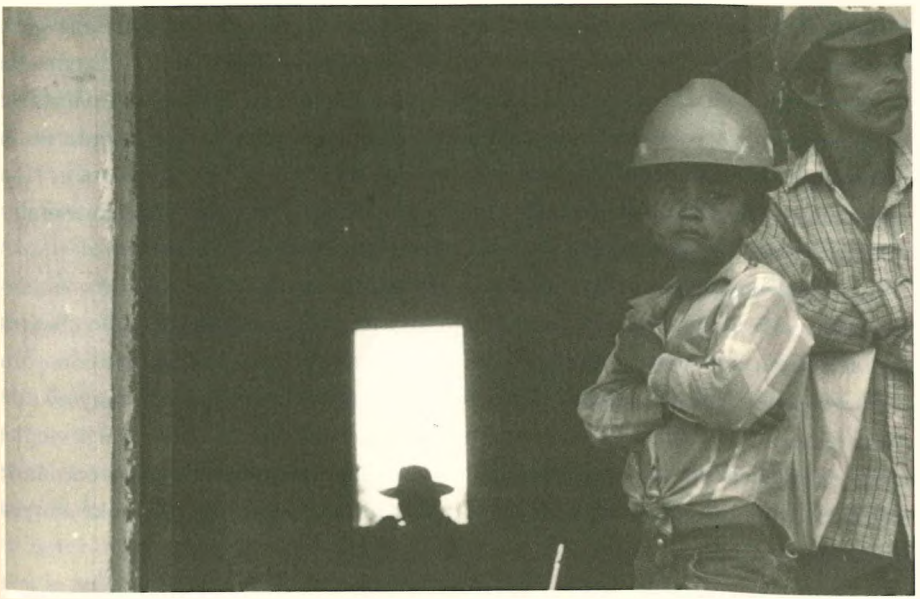
La sociedad entró por primera vez a escena, pero la estructura social de la misma no le permitió —ni lo hace hasta la actualidad— un papel protagónico. Los geógrafos centrados, en el mejor de los casos, en estudiar la relación entre la naturaleza y la sociedad y, en el peor de los mismos, considerar sólo el estudio de los fenómenos naturales, los ha llevado a no apartarse de las consideradas siete variables del desastre que son: *magnitud y velocidad de ataque* (asalto) que puede ser medido instrumentalmente para identificar los umbrales críticos; la determinación de la *frecuencia y duración* mediante un ejercicio estadístico; el reconocimiento de la *espacialización temporal* (una distinción entre eventos secuenciales y el azar); el *área de extensión* y la *dispersión espacial* (i.e. patrones lineales, difusos y nucleados) mediante un ejercicio de mapeo.

De cualquier manera, los estudios de White llevaron a mirar otros aspectos no considerados hasta entonces, los cuales comenzaron a tener repercusión en las investigaciones sobre el tema. Este cambio de perspectiva tuvo mayor relevancia en la década de los sesenta con los trabajos del propio Quarantelli (1970:30-45) quien hizo hincapié en una nueva interpretación al incorporar la participación de las comunidades afectadas; además, puso en entredicho el mito a partir del cual se relaciona el factor destructivo con la sociedad involucrada que surge de una participación encadenada al pánico.

A partir de la década de los sesenta y dentro de la investigación llevada a cabo por Wenger, se hizo el reconocimiento más específico de lo relevante de los factores sociales para la comprensión de los desastres. Estas primeras aproximaciones y posteriormente el desarrollo más amplio con el trabajo de Kenneth Hewitt, se realizó un cambio en el acercamiento conceptual; en donde los fenómenos naturales (o también denominados agentes destructivos) no fueron considerados más como la causa, sino como un precipitador para la crisis y la procedencia del desastre directamente relacionada al contexto social (Wenger,

1978:20-22). Se hizo entonces un viraje hacia los aspectos culturales en las investigaciones desde las ciencias sociales, en ellas se consideró a los fenómenos naturales como factores externos que ayudaban a desencadenar el desastre pero no como los causantes de los mismos.

La posición del sociólogo alemán Dombrowsky consiste en verlos como la relación entre los agentes externos destructivos conjugado con un resultado parcial de las reacciones de las personas. Sugiere una reformulación en los trabajos como una acción social que tiene lugar dentro de las sociedades ya que, es más fácil, por supuesto, turnar la causalidad hacia las grandiosas fuerzas que vienen de fuera. El desastre refiere "es simplemente el colapso de la protección cultural, así es que ellos son principalmente hechos por el hombre" (Dombrowsky, 1995:246). Estas diferentes maneras de abordar el problema, menciona el político francés Claude Gilbert (1995:238) reemplazó el paradigma tradicional. Si bien esto fue cierto para los estudiosos de las disciplinas sociales, no tuvo repercusión ni en los científicos naturales, ni en las agencias gubernamentales y burócratas, los cuales mantienen vigente una posición coincidente con el paradigma tradicional o visión dominante.



Comunidad Ojo Zarco, Mezquitic, S.L.P. Héctor Hernández

De cualquier manera, estas aportaciones hicieron que se incorporara, a nivel de referencia teórica, no la actuación de la sociedad como resultado de la acción del fenómeno natural, sino la situación de desastre como una consecuencia social; o sea, los desastres no son resultado de ataques externos, sino del trastorno de las relaciones sociales. Este cambio de paradigma chocó, como no lo hace el planteamiento tradicional, con el sentido común y; además, la modificación introdujo ideas que las agencias institucionales no estuvieron dispuestas a incorporar a su bagaje conceptual, lo que ocasionó un rompimiento con algunos investigadores sociales. Aunque esta fractura también se encuentra entre los científicos sociales y naturales, en la actualidad comienzan algunos acercamientos entre ellos, porque si bien los primeros parten de considerar a la sociedad como el centro de las investigaciones y los segundos en tratar de entender la dinámica de los fenómenos naturales, ambos sostienen la externalidad de la naturaleza a la sociedad.

En concreto, la mayoría de la población acepta, y es más o menos sencillo de explicar por las autoridades gubernamentales, que un ciclón al entrar a tierra por cualquier punto de la costa del Pacífico con ráfagas de viento de más de 210 km/h, provoca la pérdida de los techos de lámina o de cartón de las casas sin techos colados; asimismo, por la gran cantidad de lluvia inunda pequeñas o grandes áreas, de acuerdo al volumen de agua precipitado. Esta explicación es sencilla de comprender y no es el mismo nivel de complejidad ni conviene políticamente evidenciar a la estructura social y las relaciones sociales que de ella derivan como las causantes de la manifestación diferencial del fenómeno natural en la sociedad; o comentado de otra manera, que el techo de la vivienda no se levanta por las rachas de viento del ciclón por más fuertes que estas sean, sino por unas relaciones sociales que llevan a la población a vivir en condiciones tales que los techos de sus viviendas puedan ser levantados por el viento.

Desde los países desarrollados existe la tendencia conceptual de considerar el desastre como crisis desarrollada dentro de alguna comunidad. No obstante, la todavía imprecisa definición ayuda a reinterpretar el desastre como un serio desorden que tiene lugar dentro de las comunidades y, en la mayoría de ellos, como un desorden disparado por problemas de comunicación. Sugiere por tanto, identificarlos con una crisis de comunicación dentro de una comunidad; esto es, la dificultad para algunos de adquirir información y de informar a otras personas.

Los planteamientos no son completamente nuevos, muchos científicos sociales han visto en la comunicación el problema mismo o la solución a muchos de los problemas en la sociedad. Gilbert (1995:232) explica que Fritz (1968), apoyándose en los principios del conductismo, ya había apuntado hacia un tercer factor de explicación para los desastres, denominado el sistema de significados, sugiriendo que la comunicación influencia y es relevante para la interpretación de confusiones o situaciones caóticas. Fue introducido así a nivel teórico el principio de incertidumbre relacionándolo estrechamente con la amenaza, convirtiéndose para este paradigma en un importante indicador del factor crisis.

Desde esta perspectiva hay tres puntos de esencial significado. El primero explica que el desastre está fuertemente ligado a la incertidumbre cuando un peligro, sea o no real, amenaza una comunidad y este peligro no puede definirse a través de causas o efectos. El segundo punto plantea a la incertidumbre emergente en las sociedades modernas como el resultado de su crecimiento en complejidad; por lo tanto, no son los factores externos los que determinan su presencia, sino la propia organización comunitaria. Como último aspecto, considera desastre cuando los actores en las sociedades modernas incrementan la pérdida en su capacidad para definir una situación en la que ellos mismos rompen la razón tradicional y los parámetros simbólicos a ella relacionados.

El abanico de factores y concepciones dentro del campo es bastante amplio y cada día se incorporan en los hechos, o los investigadores proponen campos específicos; de esta manera se han adherido las depresiones económicas, las hambrunas y guerras, el calentamiento global y la producción de ozono, el SIDA; aspectos que se entrelazan e impactan el concepto mismo; campo que no se agota en esta discusión y en donde es necesario reelaborar las aproximaciones teóricas a partir de los referentes empíricos, no sólo para explicar cómo es la respuesta de todos los sectores sociales ante un proceso de desastre, sino también para ir avanzando en los acuerdos teórico-metodológicos que surjan de las propias investigaciones sobre el tema.

Mientras tanto, se puede decir que el tamaño del campo crecerá o se reducirá de acuerdo a cómo se delimite entre los especialistas la esfera de acción. La propuesta de Kreps (1995:260) está orientada a limitarlo a los eventos ambientales, tecnológicos y sociopolíticos. Ofrecimiento que de inmediato invita a una mayor discusión, por la magnitud de la oferta. Como muchas de las disciplinas en determinación, durante el surgimiento no cuentan con delimitaciones precisas, lo mismo está pasando en el campo de los desastres; uno de los problemas de

inicio es querer o buscar incluir desde la nueva perspectiva todos los problemas sociales existentes. Y no se pretende que no sean atendidos desde diversos ángulos, la dificultad estriba en quererse volver la disciplina síntesis, la singular y verdadera interdisciplina y la única que realmente puede analizar cualquier tema, porque todas en el corto, mediano o largo plazo tienen un impacto en la naturaleza o en la sociedad, o generalmente en ambas.

Se puede decir entonces que la investigación sobre los desastres hasta el momento en que apareció la crítica de Hewitt a la cual denominó visión dominante, era —como se analizó anteriormente— principalmente considerada como los estudios respecto a la distribución de los llamados extremos naturales, tales como los grandes terremotos —con los rasgos naturales directamente asociados a ellos: fallas, planicies de inundación, "polígonos" de sequía y rutas de avalanchas. Como ejemplo se tiene la definición de Guerasimov y Zvonkova (1974:243) donde "los riesgos naturales derivan de procesos altamente dinámicos cuya esencia elemental consiste en sus manifestaciones indefinidas y ambiguas"; White (1974:3) por su parte establece que "donde hay predicciones perfectamente correctas de lo que puede ocurrir y cuándo puede ocurrir en la intrincada telaraña de los sistemas atmosférico, hidrológico y biológico, no habrá ningún riesgo".

Las contribuciones de Hewitt parten del reconocimiento de los desastres no sólo como dependientes de lo raro o de la escala de los procesos geofísicos, sino donde también interviene el orden social establecido, las relaciones cotidianas, los valores de la sociedad y las instituciones por ella creadas. Las preguntas que presenta a discusión giran alrededor de examinar la modernización y lo que esto significa como el acercamiento a las relaciones sociales que influyen en la creación de vulnerabilidad, recuperando el conocimiento que guardan los contextos culturales no-occidentales y no-industriales como nuevas posibilidades de entender los desastres. De esta forma, las cuestiones del orden social se convierten en asuntos centrales de la discusión y la investigación, influyendo el ejercicio del poder político y económico como integrante de la vulnerabilidad.

También puntualiza que la participación desproporcionada de recursos y expertos en la evaluación del manejo de la crisis no ayuda en algo a las víctimas reales, toda vez que la ayuda está dirigida a los arreglos de las infraestructuras de las instituciones más poderosas de la economía, el Estado y el sistema internacional. Si bien sugiere no hacer un abandono radical de la aproximación tecnocrática, ya que se pueden utilizar el mismo tipo de datos y de métodos, indica que la perspectiva debe ser diferente y responsabiliza a los geógrafos y

antropólogos en la recuperación de la historia y la diversidad humana y ambiental, aspectos no considerados en la visión dominante. A partir de la crítica de Hewitt a la visión dominante, comenzaron a surgir adhesiones a lo que se consideró el nuevo paradigma; esto ocasionó la formulación de nuevas definiciones sobre desastre, riesgo y vulnerabilidad.

Los estudios sociales aunque han incursionado en diversas explicaciones y aportaciones teóricas siguen denominando desastres naturales, argumentando que ésa es la expresión que todos reconocen, o si se desea manifestar el desacuerdo sobre el término lo adornan con comillas o se hace la aclaración "los mal llamados desastres naturales". Lo que es necesario comprender es que la explicación y los conceptos usados siempre muestran la posición teórica e ideológica del autor y que además la discusión de las diversas líneas de pensamiento sobre el tema todavía no se encuentra acabada; más bien se requiere abrir la polémica y producir más investigaciones para no justificar a través de las comillas un bagaje conceptual; sobre todo porque esta significación ha servido de excusa para la forma de participación de los gobiernos, lo que es criticado por la mayoría de los estudios sociales en donde se trata de mostrar una verdadera alternativa de intervención. Ejemplos de lo anterior se pueden ver en muchos de los libros y artículos publicados dentro de los investigadores dictaminados como alternativos.

Bocas, S.L.P. Héctor Hernández

Las ideas sistémicas

Los investigadores considerados alternativos han desarrollado trabajos que relacionan el ambiente y el desarrollo desde el punto de vista sistémico. Éste parte de considerar el desarrollo histórico como la interacción entre el sistema "comunidad" con el sistema "ambiente"; y, el desastre se presenta "cuando por múltiples razones, la comunidad es incapaz de trasformar sus estructuras, adecuar sus ritmos y redefinir la dirección de sus procesos como respuesta ágil, flexible y oportuna a los cambios del medio ambiente; cuando los diseños sociales (los qué y los cómo de una comunidad) no responden adecuadamente a la realidad del momento que les exige una respuesta, surge el desastre" (Wilches-Chaux, 1993:15-16).

El problema de comparar a la sociedad con los organismos vivos es pensar que tienen autorregulación, como si las comunidades existieran independientes de las relaciones sociales establecidas no sólo en el país en el que están inmersas, sino del mundo en general. Por lo tanto lo conveniente es comenzar analizar los planteamientos epistemológicos sobre la sociedad y la naturaleza que subyacen a las investigaciones sobre desastres; ya que como dice Watts "la teoría de los desastres ha formado conceptos y, los que se aceptan llevan un punto de vista sobre naturaleza, sociedad y hombre y de aquí, por extensión, de las relaciones entre ellos" (Watts, 1983:231).

Por otro lado los científicos sociales han reproducido dos fórmulas para explicar tanto el desastre como el riesgo y la vulnerabilidad, en donde:

Desastre = Riesgo x Vulnerabilidad y, Riesgo = Peligro x Vulnerabilidad

Desastre, de acuerdo a la fórmula sistémica presentada no sólo por Wilches-Chaux sino por muchos autores para definir estas tres variables,

> es el producto de la convergencia, en un momento y lugar determinados, de dos factores, riego y vulnerabilidad. Por riesgo se entiende cualquier fenómeno de origen natural o humano que signifique un cambio en el medio ambiente que ocupa una comunidad determinada, que sea vulnerable a ese fenómeno. Y por vulnerabilidad se va a denotar a la incapacidad de una comunidad para "absorber", mediante el autoajuste, los efectos de un determinado cambio en su medio ambiente, o sea su "inflexibilidad" o incapacidad para adaptarse a ese cambio, que para la comunidad constituye un riesgo. La vulnerabilidad determina la intensidad de los daños que produzca la ocurrencia efectiva del riesgo sobre la comunidad. Por amenaza (para una comunidad) dice, vamos a considerar la

probabilidad de que ocurra un riego frente al cual esa comunidad particular es vulnerable (Wilches-Chaux, 1993:17).

La red de "interacciones hombre-medio" la analiza desde la óptica biológica de la adaptación. Término recuperado por Rappaport desde la posición neo-darwinista y que describe exactamente como "yo tomo el término adaptación para referir a los procesos mediante los cuales los sistemas viven manteniendo homosteasis de cara tanto a las fluctuaciones ambientales de corto-plazo y, para trasformar su propia estructura, a través de cambios no reversibles de largo-plazo en la composición y estructura inclusive de su ambiente" (citado en Watts, 1983:235). Este punto de vista lleva a interpretar los sistemas sociales como un sistema de propósito general cuyos objetivos no son más que sobrevivir.

El modelo Watts lo clasifica "como funcionalista en el sentido que las instituciones y las culturas emergen como racionales; su propósito utilitario es para prescribir funciones con consideración para mantenerse la población en un nicho humano ecológico, esto es para sobrevivir" (Watts, 1983:237). Pero, retomando a Lévi-Strauss "decir que una sociedad funciona es una perogrullada, pero decir que cada uno en una sociedad funciona es un absurdo" (Lévi-Strauss 1968-13). De cualquier manera, desde esta perspectiva sistémica se sigue hablando para la sociedad de disfunción o maladaptación, lo cual ha sido un reduccionismo principalmente introducido a partir del análisis cultural visto a través de la ecología. En donde la maladaptación se sugiere como una patología o anomalía en el funcionamiento jerárquico de los seres vivos, lo cual es una restricción desde el punto de vista social; ya que, sobrevivir para las sociedades tiene un sentido específico históricamente determinado, el cual no puede verse sólo en términos de eficacia de ajuste.

Por lo tanto en el análisis social, la adaptación no puede concebirse como un mal funcionamiento sistémico, una percepción equivocada, un conocimiento imperfecto o como unos aparatos inflexibles de los burócratas. Más bien son las fuerzas y las relaciones sociales de producción las que constituyen el punto de partida para la vida humana, la cual parte de la apropiación y trasformación de la naturaleza en medios materiales para la reproducción social; proceso que abarca tanto lo social como lo cultural. La naturaleza está históricamente unificada a través del proceso del trabajo; en donde la práctica humana no puede trascender sus leyes, pero sí la forma en la cual esas leyes se expresan a ellas mismas. De esa manera presupone el entendimiento de los mecanismos de la naturaleza y su conocimiento, el cual no es ni dado ni innato sino socialmente adquirido.

El riesgo y la vulnerabilidad

Al igual que los desastres, los riesgos también son conceptualizados como de origen natural; se presentan como "aquellos elementos del medio físico y biológico nocivos para el hombre y causados por fuerzas extrañas a él" (Burton y Kates, 1964:47). Estos dos autores junto con Gilbert White, todos dedicados al estudio de la percepción de los riesgos con la finalidad de disminuir el costo social lanzaron a mediados del siglo nuevas hipótesis, entre las que se consideran, que la población persiste en vivir en áreas de alto riego por la falta de alternativas, por tener una visión de corto plazo, además de presentarse una variación en la previsión y estimación del riesgo que está en función de una combinación de magnitud y frecuencia del peligro, del contacto previo que hayan tenido con él y hasta con los factores de personalidad. Por último plantearon que la elección de adaptaciones al riesgo era una función de la percepción de éste, de las posibilidades de elección y de la rentabilidad económica de estas elecciones que se relacionan directamente con la organización política del grupo.

Desde el punto de vista de la geografía el riesgo se ha considerado como una situación concreta en el tiempo de un determinado grupo humano frente a las condiciones del medio, en cuanto este grupo es capaz de aprovecharlas para su supervivencia, o incapaz de dominarlas a partir de determinados umbrales de variación de estas condiciones. Estas definiciones son consideradas por muchos estudiosos de las ciencias sociales como novedosas y realmente la única innovación radica en la introducción de un concepto ya muy antiguo, de que no hay desastre si no hay sociedad.

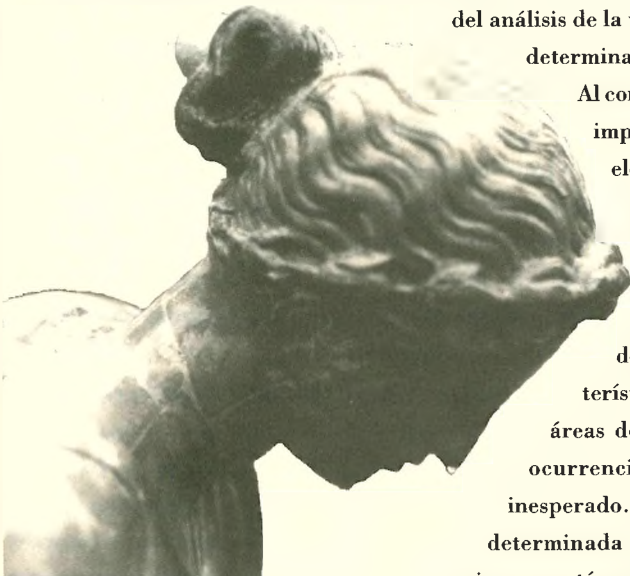
En el artículo de Burton *et al* (1978:19) los desastres surgen de la interacción de los "sistemas natural y social". Y si por un momento se admite que no podrá haber riesgos si los eventos geofísicos fueran completamente predecibles, de cualquier manera el problema de su definición radica en que lo vuelven símil al fenómeno natural, ya que en casi todos los escritos se continúa hablando de riesgo como la probabilidad de ocurrencia, condición estadística que lo lleva a confundirse con el fenómeno natural. Desde el punto de vista sistémico, incluyen otra vez la adaptación dentro de su concepción, Wilches-Chaux (1993-17) lo define como "cualquier fenómeno de origen natural o humano que signifique un cambio en el medio ambiente que ocupa una comunidad determinada, que sea vulnerable a ese fenómeno", en donde claramente presenta también la analogía con el fenómeno natural.

Kenneth Hewitt ha elaborado la propuesta de estudio sobre los desastres desde la ecología humana en donde si bien no se aparta de la idea biológica, resalta la construcción del riesgo por la sociedad, además de ser éste cambiante. En este sentido sostiene que:

> la idea de riesgo lleva un amplio sentido en el campo, éste abarca la exposición al peligro, las probabilidades adversas e indeseables y las condiciones que contribuyen al peligro. Así, el análisis del riesgo considera, especialmente, el peligro señalado y potencial. Una aproximación desarrollada para asegurar los riesgos emplea los daños pasados para definir perfiles de peligro atribuidos a grupos, actividades y lugares con atributos especiales. Esto proporciona el sentido que el riesgo reside en la fábrica de la vida diaria o en proyectos hechos... para nuestros propósitos, esto tiene una atención directa con la ecología humana y con la geografía de las condiciones que promueven o reducen la seguridad. Esto sugiere que el riego es, en el sentido más amplio, construido continua y socialmente (Hewitt, 1997:22).

La vulnerabilidad se encuentra al lado del riesgo en el reparto de la variabilidad de cristales con los que pueden ser analizados. La mayoría de las definiciones se orientan a considerarla anclada a las pérdidas. Por su parte, los designados teóricos alternativos presentan definiciones más elaboradas como la de Maskrey, quien al respecto dice:

> los procesos sociales, económicos y políticos no pueden ser explicados sólo a través del análisis de la vulnerabilidad específica a determinados fenómenos naturales. Al contrario, los fenómenos y sus impactos son sólo uno de los elementos que explican una determinada economía política. Los fenómenos naturales peligrosos no son eventos anormales impredecibles, sino que son características físicas normales de las áreas donde ocurren —aunque la ocurrencia tenga que ver con algo inesperado. La vulnerabilidad no está determinada por fenómenos peligrosos sino que está configurada por determinados



Carretera Venado-Charcas, S.L.P. Héctor Hernández

procesos sociales, económicos y políticos. Los desastres ya son situaciones extremas que ya están implícitas en estos procesos (Maskrey, 1989:22).

La vulnerabilidad también se encuentra asociada al concepto de desarrollo, en el artículo sobre desastres y desarrollo sostenible de Stephen Bender mantiene que:

> el desarrollo puede ser definido como un mejoramiento (usando la medida que cada quien escoja) por el cual la sociedad busca mantener un progreso a través del tiempo. La vulnerabilidad (vulnerabilidad al desastre) es un reflejo de dependencia que entorpece el mejoramiento... La diferencia entre mejoramiento y vulnerabilidad es un reflejo de la resistencia de la sociedad ante eventos naturales e inducidos por la población. Cuando un evento hace que el nivel de mejoramiento

actual se reduzca por debajo del nivel de vulnerabilidad, se requiere de asistencia ajena, y el curso del mejoramiento puede ser alterado por años o incluso décadas (Bender, 1993:100-101).

En este caso el problema está en la noción misma de desarrollo. Muchos de los trabajos elaborados a la sombra de las agencias gubernamentales o los que hasta la fecha mantienen explícita o implícitamente la conceptualización empleada por los burócratas; por un lado no se comprometen con ninguna posición y sustentan que el desarrollo es el mejoramiento que cada país escoja, como si las nuevas estrategias de internacionalización del capital para la obtención de mayores ganancias impuesta por los grandes consorcios trasnacionales e implementados en los países subdesarrollados a través de las presiones impuestas por la banca internacional de crédito, no afectarán la dirección tanto de las ideas como los hechos de lo que actualmente se considera desarrollo. Además, la noción misma se ha desdibujado y sobre todo en los países subdesarrollados con la finalidad de quitarle la carga ideológica, se prefiere el término de crecimiento, el cual está referido a índices macroeconómicos más que a las condiciones de vida y acceso a los recursos de la sociedad.

El concepto de vulnerabilidad con mayor orientación social se encuentra en la obra de Watts y Bohle en donde se sostiene que la "configuración local e históricamente específica de la pobreza, carestía y hambruna define lo que nosotros llamamos espacio de vulnerabilidad, y una de nuestras intenciones es proporcionar los medios técnicos mediante los cuales este espacio puede mapearse con referencia a sus coordenadas sociales, políticas, económicas e históricas-estructurales" (Watts y Bohle, 1993:47). Esta propuesta no obstante diferenciar, al igual que las otras propuestas, la pobreza de la vulnerabilidad, considera el estudio de la configuración de la primera como base primordial para entender la segunda.

El espacio geográfico y la situación de desastre

Desde el estudio espacial, el rompecabezas quizá puede comenzar a armarse si la premisa para los estudios tanto geográficos como los referidos específicamente al riesgo-desastre no parten de la hipótesis falsa que han sostenido ambas disciplinas —tratando de mantener epistémicamente su carácter científico natural—, de pensar a la naturaleza independiente de la sociedad que se apropia de ella o, de otra manera, dejar de considerarla fuera del cándido punto de

vista empirista de la naturaleza como un conjunto de hechos físicos observables a través de la implantación sistemática positivista por excelencia, el llamado método científico.

Así, de acuerdo al razonamiento de Watts, "esta posición ha originado trabajos que se han movido entre un determinismo crudo a un posibilismo. Concepciones que reducen los humanos a objetos, en donde pierden irremediablemente el papel de sujetos y agentes históricos, les quitan por tanto la categoría de seres productores conscientes, activos e intencionados de las relaciones sociales y condiciones materiales" (Watts, 1983:233-234). La proposición fundamental es considerar que son las formaciones sociales históricamente determinadas las que se apropian de la naturaleza, la reproducen y la trasforman. Esto no quiere decir que se modifiquen las leyes que las rigen, las cuales ciertamente son ahistóricas, asociales, sino que se destruye y se reproduce sin modificar las leyes específicas de funcionamiento.

La naturaleza, concebida como la condición de existencia de la sociedad, es el soporte básico y esencial del proceso social que se incorpora a las relaciones de producción por medio del trabajo, insertándose de esta manera a las esferas de producción, distribución, intercambio y consumo. O sea, que "la población cuenta con la naturaleza para el cumplimiento (satisfacción) de sus necesidades básicas; es como decir, la primera premisa de toda la historia es la producción de materiales de vida los cuales siempre envuelven una relación entre productores y naturaleza, que Marx llamó, proceso de trabajo" (Watts, 1983:242). Esto es una irreductible unidad entre la sociedad y la naturaleza que está diferenciada desde dentro. La sociedad activamente produce y

> (c)onfronta el material de la naturaleza como una de sus propias fuerzas. Pone en movimiento brazos y piernas, cabeza y manos, las fuerzas naturales de su cuerpo, en orden de apropiarse del material de la naturaleza en una forma conveniente para sus propias necesidades. Pero esta misma actuación a través de este movimiento sobre la naturaleza la cual está fuera de él y cambiando y él al mismo tiempo cambia su propia naturaleza (Marx, 1975:177).

Pero en la especificación de quién se apropia y de qué manera de la naturaleza Sayer citado en Watts expone:

> la manera de apropiación de la naturaleza está relacionada por las relaciones sociales, principalmente para hacerla nuestra propiedad y control, y esas formas de apropiación tienen el efecto de reproducir esas relaciones sociales. La separación de los trabajadores de los medios de producción significa que la apropiación de la

naturaleza está gobernada por los intereses del capital, y en su momento esto sirve para reproducir a los trabajadores como trabajadores asalariados, porque esto no les da a ellos el control de los medios de producción para facilitarles convertirlo en otra cosa, y esto reproduce a los capitalistas como los propios y controladores de la producción (Watts, 1983:244).

De esta forma hay necesariamente una relación entre la forma de apropiación de la naturaleza y las relaciones sociales de producción la cual está cambiando históricamente; en donde "los procesos sociales estén lejos de no variar en el tiempo" (Harvey, 1969:239). Y este proceso de apropiación es el que va produciendo y modificando el espacio geográfico. Así es que retomando a Milton Santos, el espacio geográfico "es la naturaleza modificada por el hombre a través de su trabajo... El espacio no es una suma ni una síntesis de las percepciones individuales. Al ser un producto, es decir el resultado de una producción, el espacio es un objeto social como cualquier otro. Aunque como cualquier otro objeto social, se le puede ver bajo múltiples pseudo-concreciones, esto no implica que se libere de su realidad objetiva" (Santos, 1990:134).

Por lo tanto, las formaciones espaciales son producciones históricas o, desde la perspectiva de Robert Moraes:

> el espacio producido es el resultado de la acción humana sobre la superficie terrestre que expresa, en cada momento, las relaciones sociales que le dieron origen... Esta producción social del espacio material, esta valorización objetiva de la superficie de la tierra, esta agregación del trabajo, pasa inapelablemente por las representaciones que los hombres establecen acerca del espacio. Las formas espaciales son producto de intervenciones teleológicas, materializaciones de proyectos elaborados por sujetos históricos y sociales. En fin, todo un universo complejo de la cultura, la política y las ideologías (Robert Moraes, 1991:36).

David Harvey lo sostiene como:

> ni espacio, ni tiempo pueden asignarse a significados objetivos independientemente del proceso material... desde esta perspectiva materialista podemos argumentar que las concepciones objetivas de tiempo y espacio están necesariamente creadas a través de prácticas y procesos materiales los cuales sirven para reproducir la vida social. La objetividad del tiempo y espacio está dado en cada caso por las prácticas materiales de la reproducción social, y por el grado en que estas últimas varían geográfica e históricamente; así que establecemos que el tiempo social y el espacio social son construidos diferencialmente. Cada modo distintivo de producción o formación social estará envuelto en un paquete distintivo de prácticas y conceptos de tiempo y espacio (Harvey, 1994:204).

Por lo tanto hay que desentrañar la historia espacial, de la producción en realidad, de su forma y representación. Hay que tomar en cuenta todas las fuerzas de producción y los sujetos históricos que participaron en el juego de la construcción del espacio; o sea, la naturaleza, el trabajo y la organización del trabajo, tecnología y conocimiento. O como lo explica Harvey:

> la percepción individual y social del tiempo no puede ignorarse en el análisis geográfico... la actividad sólo puede comprenderse con arreglo a los procesos sociales y a la escala de tiempo social y no podemos permitirnos el lujo de despreciar estas escalas cuando buscamos explicaciones adecuadas para determinados sucesos geográficos... y la única forma de elaborar medidas de tiempos objetivas es recurriendo a los procesos (Harvey, 1969:418-419).

Lo que se busca analizar es cómo las sociedades comprenden sus realizaciones históricas, definidas espacialmente. Esta dimensión del tiempo histórico es la que asigna, para el sistema capitalista el sentido de la dominación que se confronta con el ritmo de la naturaleza, porque introduce elementos que modifican la cadencia de la misma, haciendo una sustitución de las fuerzas naturales por las mismas sociedades. En donde desde la perspectiva capitalista invariablemente tiene el objetivo inmediato de la acumulación. También explicado por Bernardino de Carvalho:

> el hombre siempre somete o explota al propio hombre, cuya mayoría se convierte en bienes de herramientas, debidamente comandadas y dominadas para trasformar la naturaleza en recursos que proporcionen una acumulación para una pequeña parcela de esos mismos hombres. Lo que lleva a explicar prioritariamente el prevalecimiento de las fuerzas sociales o históricas sobre las fuerzas naturales (Bernardino, 1991:87).

Por lo tanto cuando se habla del campo ambiental, es necesario considerar la relación sociedad-naturaleza como desigual, donde se confrontan fuerzas desproporcionadas y cuya base es económica y política por excelencia, lo cual hace preponderantemente al vínculo hombre-hombre también como desigual y desproporcionada; pero en donde se entiende al hombre como el gran orquestador del planeta y, cuando este arreglo no funciona bien se le echa la culpa a la falta de conocimiento tecnológico o a la falta de recursos. Así es que se tiene que aceptar que el trato diferenciado de las relaciones entre la sociedad y la naturaleza son producto de las propias relaciones desiguales que los hombres establecen entre sí. La naturaleza en este sentido no tiene una dinámica propia, sino la que le ha impuesto la dinámica social. O como el ejemplo que presenta el mismo Bernardino:

> no se es rico en mineral de hierro en una determinada región, porque una formación geológica de ese lugar (terrenos cristalinos – escudos antiguos del proterozoico) así lo determinaron; sino porque el hierro adquirió un valor de utilidad para los hombres, que "sabiamente" le incorporaron trabajo (exploración), o que le atribuyeron valor de cambio (Bernardino, 1991:89).

El problema en el estudio de los desastres ha radicado en la mayoría de los casos, en que ha estado encerrado en un cientificismo racional, apadrinado por los auspicios de los Estados para —según ellos— implantar medidas de prevención y cuidado de vidas y bienes de la población; por lo tanto, se ha hecho a un lado el estudio a fondo de los aspectos económicos, sociales, políticos y culturales, sabiduría colectiva, cosmovisiones específicas que permitan comprender y deshojar el proceso histórico que dio lugar a un determinado espacio, las relaciones de producción y las relaciones sociales de producción que han modificado históricamente ese espacio y cómo éstas han originado condiciones específicas de vulnerabilidad que hacen que cuando se presente un fenómeno natural en él se manifieste el desastre que la sociedad ha ido preparando.

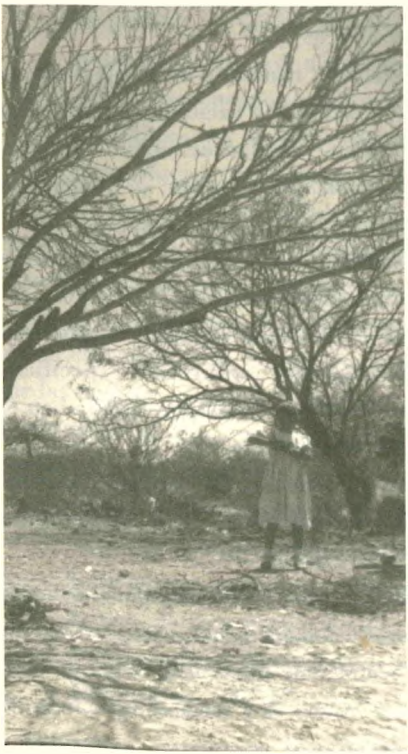
Asimismo el riesgo tiene que ver con esta producción del espacio, las relaciones de producción son las que van indicando qué espacios se van convirtiendo en riesgosos y vulnerables; en palabras de Watts y Bohle:

> la vulnerabilidad es un espacio social con multicapas y multidimensiones definido por determinantes políticas, económicas e institucionales de las personas en lugares específicos en tiempos específicos. En este sentido una teoría de la vulnerabilidad debería ser capaz de mapear las realidades históricas y sociales específicas de alternativas y restricciones, la cual determina la exposición, capacidad y

potencialidad... En un sentido más amplio esto también debería hablar de las propiedades estructurales de la política económica de la misma (Watts y Bohle, 1983:46).

Estos mismos autores dicen que la vulnerabilidad está relacionada con las condiciones de derecho (en donde no se puede olvidar que el derecho mismo es la legitimación de las clases dominantes) en la que vive la sociedad, el trabajo que presentan está referido principalmente a las hambrunas de África y, de acuerdo a la perspectiva que presentan la vulnerabilidad es un espacio socioeconómico el cual está delineado por tres dominios: las perturbaciones del mercado (intercambio económico), umbral de enfrentamiento (resilencia económica) y limitaciones de la seguridad social ("economías morales" informales o instituciones de bienestar formal).

La vulnerabilidad tendría entonces que ser contemplada desde una explicación de cómo se garantiza el acceso a la seguridad social de la población, aunque en los países subdesarrollados debido a la escasez de recursos de sus economías por la implantación de la política económica liberal neoconservadora, significa lo mismo que haya o no leyes de protección a la población, si no existe la posibilidad real de hacerlas efectivas. Se tiene —en el mejor de los casos— el derecho, aunque no existe forma de que se reciba el beneficio legal.



Es necesario tomar en cuenta para el examen la edad, el género, la diferencia de grupos culturales; también la consideración hacia el estatus ocupacional y el mercado en virtud de que son las diversas características de la población diferenciadas por las relaciones sociales capitalistas, las cuales determinan el acceso a los recursos. Si el desastre se entiende como proceso social, no puede estar separado de cómo éste influye en la apropiación de los recursos que lleva o no a su deterioro.

O, recuperando las palabras de Robert Moraes:

> las lecturas individuales del mundo se hacen por parámetros gestados por la sociedad. Así, el individuo y la sociedad no deben ser opuestos en el análisis. La captación de los fenómenos, las formas de su descripción y su representación, los modelos para su ecuacionamiento analítico, los conceptos y categorías; en fin, los productos de la reflexión, todo emana de la propia vida de la sociedad. Son cosas gestadas por la praxis humana. En este sentido se puede decir que la conciencia individual es un producto social, así como la propia armazón de las subjetividades (Robert Moraes, 1991:42).

La propuesta para la geografía de riesgos significa que el riesgo es una construcción social, lo que significa que las poblaciones se encuentran en riesgo porque ha existido una producción de espacios los cuales, de acuerdo a las características socioeconómicas de la población que los crea, se convierten en riesgosos. Lo que se quiere puntualizar es que son las relaciones sociales de producción las que van definiendo los espacios que son creados por la sociedad misma, y es a partir de ellas que se definen los dos componentes primordiales para que se produzca una situación de desastre; el riesgo y la vulnerabilidad. Vale la pena, en este sentido, recuperar la definición de espacio que Neil Smith expone como:

> el espacio geográfico es la totalidad de las relaciones espaciales organizadas en mayor o menor extensión dentro de patrones identificables, los cuales son por ellos mismos la expresión de la estructura y el desarrollo del modo de producción. La sociedad, desde este punto de vista, no es un ingrediente pasivo, es en virtud que se vive, se actúa y se trabaja que se va produciendo el espacio (Smith, 1984:83).

Lo cual significa que son las relaciones sociales de producción, es decir los aspectos económicos, políticos y sociales, los que hacen que los sectores de una sociedad presente condiciones de vulnerabilidad y produzca espacios que por sus mismas características se conviertan en riesgosos; condiciones ambas que en conjunto son la situación de desastre. Retomando a Hewitt (1995:334):

> los estudios sobre desastres parecen demostrar el significado abrumador de las condiciones sociales en la incidencia y distribución del daño en los mismos; esto muestra que dónde, cómo y especialmente a quién ocurre un desastre, depende más cercanamente de las condiciones sociales establecidas y los controles sobre la variante de calidad de la vida material. En donde la distribución de las causalidades humanas están especialmente relacionadas al *status* económico.

Calle Zaragoza, S.L.P. Héctor Hernández

En términos generales se puede partir que una situación de desastre es la manifestación de las condiciones de vulnerabilidad de sectores de la sociedad, producto del proceso social que las ha ido conformando. El fenómeno natural o tecnoindustrial expone a toda la sociedad el estado de vulnerabilidad que tienen los diferentes sectores de la población y cuyos orígenes la cotidianeidad oculta; y

ésta es una condición que las relaciones sociales le han impuesto a ciertos estratos de la población. Para algunos de los trabajos sociales sobre desastre, la vulnerabilidad lleva implícita la capacidad de recuperación, en donde entran las cuestiones culturales y de ayuda de la misma sociedad o familiar. Aspecto no muy desarrollado ni teórica ni empíricamente, pero se puede considerar como el tipo de enfrentamiento de una familia cuando para ella misma se hace evidente su condición vulnerable; o de qué forma, por qué medios, con ayuda de quién recupera su condición miserable.

Si la producción del espacio dentro del capitalismo está caracterizada por la contradicción, en él siempre se da un desarrollo desigual que se manifiesta en la misma producción del espacio. Esta disparidad tiene como soporte la división del trabajo que origina la diferenciación espacial. Son estas premisas fundamentales del capitalismo las que originan que la población tenga diferente acceso a los recursos propios de la misma sociedad; y, son estas semejantes determinaciones las que detallan la vulnerabilidad de los miembros de una sociedad.

Por lo tanto, dentro de la escala social como de la familiar, al estudiar los procesos sociales que las van modificando se pueden ir determinando cómo se cambia colectivamente la vulnerabilidad tanto dentro de los espacios como dentro de las familias. Aunque se puede estudiar en una escala individual los cambios de la vulnerabilidad no es de interés de la geografía; esta escala es considerada en el análisis geográfico sólo en la medida de contemplar sus historias de vida inmersas en la dinámica social de una comunidad.

Por lo tanto la vulnerabilidad es comparativa en función de los cambios que experimenta en cualquiera de las escalas y de acuerdo a la intervención de la estructura social y los procesos sociales que de ella se derivan. Del mismo modo, es por la condición de vulnerabilidad de una sociedad que se crean los espacios riesgosos y no al revés, como lo explica el punto de vista que ve a los desastres como causados por la presencia de algún fenómeno natural. Si no, para qué estudiar el proceso, si sólo es posible medirla ante la presencia de un fenómeno natural. Por eso los desastres no ocurren, se manifiestan.

Fecha de recepción: 10/II/99
Fecha de aceptación: 3/III/99

Bibliografía

Bender, Stephen. (1993) "Preparación en caso de desastres y desarrollo sostenible", en: *Desastres & Sociedad*, julio-diciembre, no. 1, año 1, pp. 98-102. La Red.

Bernardino de Carvalho, Marcos. (1991) "A natureza na Geografia do Ensino Médio", en: Unbelino de Oliveira, Ariovaldo (org.). *Para onde vai o ensino de geografia?* Sau Paulo, Contexto.

Blaikie, Piers, Terry Cannon and Ben Wisner. (1994) *At Risk. Natural Hazards, People's Vulnerability, and Disasters*, London, Routledge.

Burton I. and R.W. Kates. (1964) "The perception of natural hazards management", en: *Natural Resources Journal*, no. 3.

Burton, I., R. W. Kates and G.F. White. (1978) *The Environment as Hazard*, New York, The Guilford Press, 290 pp.

Dombrowsky, Wolf R. (1995) "Again and Again: Is a Disaster What We Call "Disaster"? Some Conceptual Notes on Conceptualizing the Object of Disaster Sociology", in: *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, November, vol. 13, no. 3, pp. 241-254.

Gerasimov, I. P., and T.V. Zvonkova. (1974)"Natural hazards in the territory of the URSS: study, control and warning", in: White, G. F. (ed.) 1974. *Natural Hazards: local, national, global*, Oxford, Oxford University Press.

Gilbert, Claude. (1995) "Studying Disaster: A Review of the Main Conceptual Tools", in: *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, November, vol. 13, no. 3, pp. 221-240.

Harvey, David. (1969) *Teorías y modelos en geografía*, tr. Gloria Luna Rodrigo, México, Alianza.

Harvey, David. (1994) *The Condition of Posmodernity*, Oxford, Blackwell, 378 pp.

Hewitt, Kenneth. (1983) "The idea of calamity in a technocratic age", in: Hewitt, K. (ed.) *Interpretations of Calamity, form The Viewpoint of Human Geography*, Boston, Allen & Unwin.

Hewitt, Kenneth. (1995) "Excluded Perspectives in the Social Construction of Disaster", in: *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, November, vol. 13, no. 3, pp. 317-339.

Hewitt, Kenneth. (1997) *Regions of Risk. A Geographical Introduction to Disasters*, England, Longman. 389 pp. Themes in Resource Management.

Kreps, Gary. (1995) "Disaster as Systemic Event and Social Catalyst: A Clarification of Subject Matter", in: *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, November, vol. 13, no. 3, pp. 255-284.

Lèvi-Strauss, Claude. (1968) *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba.

Marx, Karl. (1975) *El Capital*, tomo I, México, Siglo XXI, 381 pp.

Maskrey, Andrew. (1989) *El manejo popular de los desastres naturales. Estudios de vulnerabilidad y mitigación*, Perú, Tecnología Intermedia, 208 pp.

Porfiriev, Boris N. (1995) "Disaster and Disaster Areas: Methodological Issues of Definition and Delineation", in: *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, November, vol. 13, no. 3, pp. 285-304.

Quarantelli, E.L. (1970) "Emergent Accomodation Groups: Beyond Current Colective Behaivior Typologies", In: Shibutani, T. (ed.) *Human Nature and Collective Behavior*, New Jersey, Prentice Hall, pp. 111-123.

Quarantelli, E.L. (1995) "What Is a Disaster?" In: *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, November, vol. 13, no. 3, pp. 221-229.

Robert Moraes, Antonio Carlos. (1991) *Ideologías geográficas. Espacio, cultura y política en Brasil*, Brasil, Hucitec.

Santos, Milton. (1990) *Por una geografía nueva*, Madrid, Espasa Universidad, 257 pp.

Smith, Neil. 1984. *Uneven Development*, Oxford, Basil Blackwell.

Watts, Michael J. (1983) "On poverty of theory: natural hazards reseach in context", in: Hewitt, K. (ed.) *Interpretations of Calamity, form The Viewpoint of Human Geography*, Boston, Allen & Unwin.

Watts, Michael J. and Hans G. Bohle. (1993) "The space of vulnerability: the casual structure of hunger and famine", in: *Progress in Human Geography*, 17,1, pp. 43-67.

Wenger, Dennis. (1978) "Community Response to Disaster", in: Quarantelli, E.L. (ed.) *Disasters: Theory and Research*, California, Sage, pp 17-47.

White, G.F. (1945) *Human Adjustment to Floods*, Reseach Paper no. 29, Chicago, University of Chicago, Department of Geography.

Whittow, John. (1988) "Natural Hazards –Adjustement and Mitigation", in: Clark, Michael J., *et al. Horizons in Phisical Geography*, Hong Kong, Mac Millan, pp. 307-321.

Wilches-Chaux, Gustavo. (1993) "La vulnerabilidad global", en: Maskrey, Andrew (comp.) *Los desastres no son naturales*, Colombia, La Red, pp. 9-50.

La tensión burocrática. Algunas consideraciones organizacionales para el estudio del Estado

El texto de Luis Montaño Hirose, nos lleva a una discusión teórica en torno a los términos de **burocracia** *y* **posburocracia** *a partir de las visiones planteadas por Max Weber y por la sociología de las organizaciones. El autor cuestiona los modelos funcionalistas de eficiencia organizacional y las premisas del modelo neoliberal vigente, y contextualiza esta discusión en el marco de las teorías organizacionales de diferentes escuelas. Finalmente, inserta la temática en el debate sobre la posmodernidad, lo cual le permite elaborar una serie de propuestas para el análisis de la problemática del Estado moderno.*

Bureaucratic Tension. Some Organizationals Accounts for Study of State

Luis Montaño Hirose, discuss around the terms of bureaucracy and posbureaucracy as of the visions presented by Max Weber and by the sociology of organizations. The author questions the functionalists models of organizational efficiency and the premises of the neoliberal model one in force, and context this discussion in the framework of the organizational theories of different schools. Finally, he inserts the thematic in the debate upon the postmodernity, which permits him propose several ways of analysis for the problematic of the modern State.

Descubridora

La tensión burocrática. Algunas consideraciones organizacionales para el estudio del Estado

Luis Montaño Hirose

Descubridora

Introducción

El objetivo principal del presente trabajo es el de introducir algunos elementos de discusión acerca de los conceptos de *burocracia* y *posburocracia*, insertándolos en un doble contexto analítico: el del estudio de las organizaciones y el del debate sobre la posmodernidad, con objeto de aportar algunos elementos de discusión para el estudio del Estado moderno. El primer contexto restituye a estos conceptos su sentido de tensión al confrontar la visión weberiana con la sociología de las organizaciones; el segundo, les enfrenta a la búsqueda de for-

Luis Montaño Hirose
Area de Estudios Organizacionales. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
Correo electrónico: lmh@xanum.uam.mx

mas de pensamiento más acordes con la realidad social. Así, en una primera parte, sugeriremos algunos aspectos que dan cuenta de esta tensión y que cuestionan el esquema funcionalista de la burocracia en tanto modelo de eficiencia organizacional. En la segunda parte, abordaremos los temas de la posmodernidad, tanto en su expresión organizacional como reflexiva, y de la posburocracia, entendida tanto como resultado de esta tensión como de cambios significativos en el ámbito social amplio. Finalmente, introduciremos algunos elementos de debate acerca del carácter burocrático de la acción estatal, enfatizando el riesgo de una concepción posburocrática simple que induzca a la aceptación de las premisas del modelo neoliberal existente.

I. Los avatares de la burocracia

El término de burocracia ha sido utilizado de diferentes manera (Mouzelis). Etimológicamente, designa al "poder desde el escritorio"; en el ámbito de la disputa política alude generalmente al cuerpo directivo; en la mente de los ciudadanos corresponde a un cúmulo de trámites administrativos engorrosos y sin sentido; designa, en la esfera estatal, al conjunto de los funcionarios públicos, mientras que en el ámbito académico hace referencia a dos corrientes de pensamiento, a saber, el weberianismo y la sociología de las organizaciones. Si bien es cierto que podríamos encontrar ciertos elementos comunes entre varias de estas concepciones, resulta más prudente y productivo distinguir las que son utilizadas en la vida cotidiana de aquéllas que forman parte de corrientes de pensamiento más elaboradas. Así, para efectos de nuestro trabajo, abordaremos las últimas dos. De hecho, dada la fuerte imbricación entre ambas, no podrían tratarse de manera aislada. En una primera instancia, podríamos decir que *la burocracia no existe.* Aclaremos inmediatamente este propósito provocador.

La burocracia, en términos weberianos, corresponde a una estrategia metodológica; es decir, se refiere a una realidad sociológica que no encuentra un correlato preciso a nivel de la realidad social. No se trata de un concepto precario sino de uno temporal que tenderá a desdibujarse ante la fuerza de la realidad, caracterizada por su diversidad y complejidad. Así, desde esta perspectiva, la burocracia es sólo temporal como concepto[1], e inexistente en la realidad so-

[1] Su permanencia, y de hecho su fuerza, estriba en la particularidad de ser un *tipo-ideal.* Como ya lo mencionamos, no se trata de un concepto que dé cuenta de una realidad; hace, por lo tanto alusión a una amplia diversidad de situaciones, tanto en sentido horizontal estructural como vertical evolutivo. La burocracia permanece sólo en este sentido.

Par de viejos. Palacio Municipal de San Luis Potosí. Héctor Hernández

cial. No obstante, la sociología de las organizaciones realizó la ecuación entre ambos tipos de realidad, sociológica y social, otorgándole con ello una dinámica propia a la burocracia. No obstante, sin nunca pretenderlo, ésta transitó por el rumbo trazado por Weber.

La constatación de la diferencia entre *tipo-ideal* y realidad social propició la quiebra del modelo funcionalista de organización. Así, la sociología de las organizaciones —en plural— es en gran medida la historia de esta revelación. Al ser igualado al proyecto taylorista del *one best way*, el modelo comienza rápidamente a resquebrajarse, surgiendo así tipologías, círculos viciosos, efectos inesperados, *slacks*, "botes de basura", estructuras flojamente acopladas, comportamientos informales, anarquías organizadas, etcétera. A continuación retomaremos brevemente algunos de los avatares por los cuales la burocracia ha transitado en su inscripción en la sociología de las organizaciones. Nuestra tesis central en este apartado es que, matizando el enunciado del apartado anterior, *la burocracia sí existe, pero contiene en sí misma la semilla de su propia reformulación*[2].

[2] Para evitar una mala interpretación, es necesario señalar que no es sólo la fuerza de las ideas la que ha modificado las formas organizacionales o la manera de abordarlas. Esta dinámica se inscribe, como se señalará más adelante, en cambios sociales amplios. Lo que queremos destacar es la dificultad para sostener el precepto burocrático en tanto realidad.

Es bien sabido que la burocracia es para Weber un *tipo-ideal.* Este es una construcción intelectual que acentúa algunos de los rasgos fundamentales de la realidad y es utilizado para su confrontación y acceso a la realidad, reconociendo de esta manera la singularidad del objeto estudiado: lo que se desvanece no es la realidad sino la elaboración ideal. La sociología de las organizaciones partió exactamente a la inversa: era la organización la que se desdibujaba ante el carácter ideal del pensamiento. La burocracia, en términos weberianos, se inscribe en una explicación de la evolución de la sociedad, en un proceso de modernización. Su contexto teórico se ubica en el nivel político, en el desarrollo de formas sutiles de poder. Así, la dominación, que es una forma específica de poder, se caracteriza por su encuentro probable con la obediencia, surgiendo así los tres *tipos-ideales* ya conocidos: el carismático, centrado en características personal sobresalientes; el tradicional, basado en el respeto a las costumbres; y el legal-racional, fundado en un sistema de reglas impersonales. Este último es considerado como la forma más acabada y moderna de dominación, siendo así la estructura burocrática un *tipo-ideal* que expresa la forma más racional de organización. La sociología de las organizaciones, por su lado, al retomar el concepto burocrático, lo contextualiza en el ámbito de la eficiencia, representando así, en un principio, la mejor forma de organización posible.

La burocracia, en tanto forma organizacional, asumió así un conjunto de características, de entre las cuales podemos mencionar las siguientes:

- objetivos bien definidos y medios claros para alcanzarlos,
- una división funcional del trabajo que propicia la especialización,
- una jerarquía bien definida,
- reglas que estipulan derechos y responsabilidades,
- procedimientos para cada situación de trabajo,
- reglas impersonales que aseguran contra la decisión individual arbitraria,
- sistemas de selección y promoción basados en competencias profesionales.

Dotados de estos antecedente, veamos algunas de las principales expresiones que la tensión entre ambas posiciones ha generado.

a) El reconocimiento del *ámbito informal.* Los estudios de la Hawthorne, llevaron a un grupo de investigadores, encabezados por Henderson, a reconocer un conjunto de estructuras y comportamientos paralelos, al margen del orden formal instituído. De entre los autores más reconocidos cabría mencionar a Mayo, Roethlisberger y Dickson. Una de las ideas centrales de esta corriente reside en la existencia de un nivel significativo de autonomía, a la manera de los disposi-

tivos cibernéticos, que dotan a la organización de una cierta capacidad de autoregulación (Desmarèz, Montaño:1987, 1997b). Concepto que será más tarde retomado como uno de los ejes centrales de la conformación posburocrática (Francfort *et al*, Kickert, Luhman, Maturana y Varela, Montaño 1996).

Un concepto central, poco atendido, es el de comportamiento social, propuesto por Mayo. Retomando una tipología piagetiana, este autor reconoce tres tipos de comportamiento: 1) el individual, derivado de un proceso de razonamiento lógico; 2) el social, que resulta ilógico a nivel individual pero que adquiere su verdadera connotación cuando es interpretado a la luz de los códigos sociales de comportamiento, lo que le permite pasar inapercibido en el ámbito de la conciencia; y 3) el ilógico, que no adquiere significado connotativo alguno. De acuerdo con Mayo, la disciplina está inmersa en el comportamiento social y no en la racionalidad individual (Montaño 1985, 1987). Los sistemas de control, desde esta perspectiva, están plenamente inscritos en el comportamiento colectivo de los actores, planteamiento que abrirá nuevas propuestas organizacionales y vías de análisis en la década de los setenta.

b) La constatación de *efectos disfuncionales*. La eficiencia de la burocracia es puesta en tela de juicio ante la contundencia empírica. Diferentes trabajos han acentuado, entre otros, una alta rigidez de las estructuras, la reconversión de medios en fines, un incremento incesante de reglamentos para hacer frente a situaciones imprevistas —muchas de ellas ocasionadas por los propios reglamentos—, una gran resistencia al cambio, una desproporcionada importancia asignada al expediente en detrimento de demandas particulares, y una considerable despersonalización de las relaciones individuales (Merton, Blau, Gouldner).

Por otro lado, es importante señalar una de las interpretaciones políticas de la burocracia; hacemos obviamente alusión a la realizada por Crozier. La impersonalidad de la regla encuadra y limita el ejercicio político de los actores al despersonalizar las relaciones[3], asegurando con ello ciertas condiciones mínimas de cooperación. La aparición de *zonas de incertidumbre* propicia, sin embargo,

[3] Es importante señalar que si bien el trabajo de Crozier se inscribe en la corriente de pensamiento que analiza la burocracia, éste ha sido muy receptivo a ciertos trabajos realizados por diversos autores estadounidenses que han abordado el tema del poder desde otra perspectiva teórica. (Véase al respecto el siguiente párrafo en el texto). Esta anotación es importante porque nos permite introducir una breve acotación acerca del esquema clasificatorio aquí asumido. Las referencias cruzadas expresan un conjunto de múltiples influencias teóricas que si bien no impiden el reconocimiento de formas particulares de explicación, dificultan seriamente tanto el establecimiento de límites precisos como la incorporación de ciertos autores a corrientes exclusivas.

el desarrollo de estrategias de apropiación de espacios de actuación donde la regla aún no ha sido capaz de trazar líneas formales de actuación, provocando con ello alteraciones importantes en el ejercicio de poder. Es por ello que, de acuerdo con Friedberg, esta propuesta deber ser analizada a la luz no de la eficiencia productiva sino de las relaciones de poder entre actores.

c) El reconocimiento del *carácter político y ambiguo de la organización.* Simon es una de las figuras más reconocidas en el estudio de las organizaciones al plantear su modelo de racionalidad limitada, que conduce a los actores a abandonar el terreno de lo óptimo y aceptar el de lo satisfactorio. Armados con esta premisa, varios autores, de entre los que cabe mencionar a Cyert, March y Weik, desarrollan una propuesta orientada a destacar el comportamiento político, ambiguo y aleatorio de los actores y sus efectos en la eficiencia organizacional. La idea principal de esta corriente es la de cuestionar la organización en tanto conjunto coherente de principios, estructuras y procedimientos al servicio exclusivo de los objetivos de la organización. El reconocimiento del juego político lleva a los autores a proponer el concepto de *coalición dominante*, el cual designa a un grupo de gobierno, siempre en una esfera de conflicto. Así, dicha propuesta abre las puertas a la multi-racionalidad y por lo tanto a la diversidad de objetivos, cuestiona también la relación causa/efecto aplicada a los medios para alcanzar dichos objetivos.

Otra idea fundamental es la del *slack organizacional*, interpretado frecuentemente como pagos colaterales, el cual resulta ajeno a la construcción de la eficiencia, siendo, empero, fundamental como elemento de mediación del conflicto que, habría que agregar, permanecerá siempre en estado latente. La ambigüedad hace entonces su aparición como marco de referencia más amplio; ésta se hace presente no sólo a nivel de la racionalidad instrumental, en términos de la relación medios/fines ya mencionada, sino que incluye también las preferencias de los actores y el sentido asignado tanto al pasado como al comportamiento individual. Es en este contexto que se desarrollan las propuestas tanto del *bote de basura* como de las *anarquías organizadas* y de las *estructuras flojamente acopladas.* Aunque diferentes, en sentido estricto, éstas comparten la idea de que la ambigüedad se expresa en un déficit relacional entre componentes que se presuponían fuertemente ligados, reconociendo con ello una independencia significativa a los elementos que con anterioridad se estimaba formaban unidades coherentes de comportamiento y de análisis, tal es el caso, por ejemplo, del binomio problema-solución.

d) El reconocimiento de la *multiplicidad burocrática*. Este proviene de la corriente de la contingencia estructural, que privilegia el estudio de los determinantes estructurantes, localizados de manera privilegiada en el entorno de la organización (Woodward). Uno de los trabajos centrales corresponde al realizado por el Grupo Aston, en el Reino Unido (Pugh *et al*). Mediante un conjunto de cuestionarios, los investigadores procedieron a discriminar un amplio número de variables, referentes tanto a la estructura como al entorno, mediante la técnica estadística del análisis factorial, identificando tres grandes ejes de estructuración: la formalización de las actividades, la centralización de las decisiones y el control impersonal. Conforme estas características se alejan del origen, los autores reconocen un desplazamiento hacia la *burocracia total*. No obstante, identifican, mediante el juego combinatorio, diferentes clases de burocracia, distinguiendo, por ejemplo, a las organizaciones estatales como representativas de la *burocracia de personal*, caracterizadas por un alto grado de formalización, de centralización y de control personal. Esta corriente está a la base de desarrollos posteriores importantes, tales como el realizado por Mintzberg o el de Francfort *et al*. Tomando distancia con respecto al modelo original, el primero reconoce a la *máquina burocrática*, propia de las formas taylorizadas, y a la *burocracia profesional*, representativa de universidades y hospitales, mientras que los segundos exploran distintas modalidades de modernización de la organización burocrática, destacando la complejidad de las tareas, en términos tanto técnicos como reglamentarios, la flexibilidad de las estructuras y la importancia de las demandas sociales, entre otros.

e) El reconocimiento de los *límites al crecimiento sicológico*. Proveniente de la propuesta conocida como desarrollo organizacional, diversos autores, como Bennis y Argyris, han destacado la falta de congruencia entre las estructuras organizacionales y las de la personalidad, arguyendo que la forma burocrática de las primeras impide la evolución adecuada de las segundas, al limitar la participación, la motivación, el desarrollo sicológico y el aprendizaje. Así, Bennis, levanta, además de las ya mencionadas, las siguientes objeciones contra la burocracia: 1) propicia la conformidad, 2) no considera los aspectos informales de la organización ni la emergencia de problemas inesperados, 3) comporta sistemas anticuados de control, 4) carece de un sistema judicial adecuado, 5) la comunicación se encuentra distorsionada debido a la existencia de numerosos escalones jerárquicos, 6) existe un alto nivel de desconfianza (Heisig y Littek) que impide

la utilización correcta de los recursos humanos, y 7) restringe significativamente la incorporación de nuevos desarrollos tecnológicos y científicos.

Todos estos elementos han jugado para que, desde la sociología de las organizaciones, se generen algunas de las premisas teóricas que acompañarán a un conjunto de cambios sociales, tecnológicos y económicos importantes que se sucederán después de la Segunda Guerra, y que conocerán una aceleración importante durante la década de los setenta. La aparición de Japón en la escena económica internacional (Montaño 1994b), el agotamiento del llamado modelo fordista y el desarrollo de la tecnología informática son sin duda potentes detonadores de los rápidos cambios que observamos en la actualidad. Véamos suscintamente el primero de ellos, dada su importancia en el reconocimiento de los límites de la organización burocrática.

El "descubrimiento" del *modelo japonés*. La entrada de Japón a la modernidad representa un caso *sui generis*. Ésta se realiza, en una primera instancia, en la era denominada *Meiji* —1868—, como una apertura hacia el exterior, bajo una terrible amenaza militar externa, mediante un conjunto de adaptaciones que Japón retomará de experiencias realizadas en diversas regiones del mundo. Así, por ejemplo, de la Gran Bretaña adaptará el sistema de transporte; de Alemania, y posteriormente de Estados Unidos, su sistema escolar; de Francia el Código Civil.

Un segundo momento se inscribe en el periodo posbélico de ocupación militar. Este puede ser dividido a su vez en dos momentos. El primero corresponde al aniquilamiento de aquellos elementos que le permitieron destacar en el periodo expansionista iniciado en los años treinta, como por ejemplo la separación de la religión *shintoista* del Estado y la división de los grandes consorcios económicos, los *zaibatsu*, tales como Mitsui, Mitsubishi y Sumitomo; el segundo se ubica en el estallamiento de la Guerra de Corea, en 1950, donde la posición estadounidense se transforma sustantivamente. En efecto, Japón ve modificada su inscripción en el mapa estratégico, pasando rápidamente de ser un país sometido a un fuerte aliado. Son los años en que los especialistas de control de calidad intervendrán para mejorar los procesos de producción, y en que los analistas organizacionales, sobre todo estadounidenses, mirarán incrédula, e irónicamente, las particularidades de la organización japonesa. La posibilidad de recuperar su fortaleza económica le es restituída, reorganizandose Japón bajo la forma de *keiretsu* (Montaño y Rendón 1994), sistema de conglomerados sumamente poderosos. Japón devuelve entonces a Occidente, de manera especular, un modelo

en el que le es casi imposible reconocerse (Montaño 1988). La sorpresa es mayúscula ya en los años sesenta cuando la balanza comercial con Estados Unidos se hace superavitaria y Japón es aceptado como miembro en el seno de la OCDE. Los principios sobre los que se había levantado el imperio económico de Occidente, muchos de ellos enraizados todavía en la creencia burocrática, son entonces puestos en tela de juicio. La posibilidad de alternativas organizacionales más eficientes, flexibles y participativas, y la aceptación de mayores niveles de ambigüedad e incertidumbre, atraen desde entonces los ojos del mundo.

II. Las peripecias de la posburocracia

La posburocracia ha sido generalmente abordada desde el marco general de discusión actual sobre la modernidad y la posmodernidad, tanto en lo concerniente a sus diversas expresiones organizacionales como a sus formas de acceso teórico. Si bien no es la intención de este trabajo abordar la rica discusión que se ha gestado alrededor de dicha problemática, no podemos tampoco ignorar algunos de sus principales aspectos relacionados con el estudio de las organizaciones. La modernidad puede ser interpretada desde varios ángulos. Generalmente se le asocia con el surgimiento de la razón y la evolución del pensamiento científico; se propone como origen el Siglo de las Luces, en el siglo XVIII. Uno de sus correlatos importantes es el desarrollo de un lenguaje preciso que refleje fielmente el estado del pensamiento. Rousseau, por ejemplo, propone que el francés es el idioma más cercano a la lógica natural del pensamiento. El lenguaje literal es considerado como preciso, en su sentido exclusivamente denotativo, desdeñando el carácter retórico, polisémico y connotativo de la metáfora (Alveson, Bachelard, Derrida, Montaño: 1992, 1993, 1996, 1997b, Morgan). El objetivo principal de la modernidad es combatir el oscurantismo mágico y religioso y establecer así las pautas del desarrollo social y el progreso económico.

La posmodernidad, por otro lado, es generalmente concebida como una fuerte reacción ante el incumplimiento de las promesas de la modernidad y el sobredimensionamiento de la racionalidad instrumental, así como sus efectos (Taylor, Lipovetsky, Latour, Touraine 1997). La modernidad organizacional es interpretada en términos del marco general de la burocracia, en tanto que la posburocracia lo es como forma de superación de las limitantes impuestas por dicho modelo.

Es importante señalar una diferencia básica entre organización y pensamiento posmodernos. Se trata de un debate reciente, que a pesar de encontrarse

todavía en vías de construcción, muestra ya un intercambio de ideas fructífero y animado. Es en este contexto que nos atrevemos a decir que el pensamiento posmoderno no constituye todavía una corriente bien definida. Su origen se encuentra en las humanidades; algunos de sus autores más representativos son Lyotard, Derrida y Foucault, a quienes se les han dedicado algunos trabajos interesantes desde el punto de vista del estudio de las organizaciones (Cooper, Hassard, Hassard y Pym).

En lo concerniente a su relación con el estudio de las organizaciones, Chia destaca, en un artículo reciente, una de las posibles articulaciones centrales entre el pensamiento posmoderno y el organizacional, ésta se refiere a la posibilidad de superar el carácter estático del análisis[4]. En efecto, como se desprende del pensamiento posmoderno, las grandes meta-narrativas, en tanto utopías teóricas, han dejado su lugar al estudio de las realidades locales, no en términos geográficos o culturales, como generalmente se ha interpretado, sino como posibilidad de acceso a la micro-lógica que sustenta el comportamiento. En este sentido, el autor propone enfatizar el estudio de los procesos y no el de las estructuras, efectos o resultados. Así, conceptos como los de cultura, estructura, género y ética, comenta Chia, son una expresión del carácter moderno del pensamiento organizacional. A ellos, podríamos agregar otros más como el de identidad, estrategia y cambio. En efecto, con respecto a este último, el lector podría estar un poco sorprendido ya que el cambio es en sí también un proceso; sin embargo, éste es generalmente entendido como forma transitoria entre las estructuras; es decir, la atención primaria reside en los aspectos estáticos.

Una consecuencia importante de lo anteriormente referido, comenta el autor, es el aislamiento de dichos objetos. Esto ha permitido, desde nuestra punto de vista, la creación de fronteras, estableciendo con ello categorías como interno y externo, tal es el caso, por ejemplo, de la división entre organización y entorno (Montaño 1997a), reduciendo con ello el lenguaje a una expresión preferentemente denotativa (Montaño 1997b). Si bien existen límites formales y legales a la acción organizada, estos no se corresponden con las modalidades de la construcción social de dichas entidades, lo que ocasiona la reificación de los objetos. Chia alude entonces a la estructura gramatical del inglés, idioma princi-

[4] Evidentemente, no se trata de la única característica que distingue a ambas propuestas. Sin embargo, hemos decidido acentuar ésta por la facilidad de su comprensión y la contundencia de su planteamiento.

pal del análisis organizacional. Reconoce en él una estructura en la cual el sujeto adquiere la primacía sobre la acción, incluso en aquellos casos donde su presencia no es realmente requerida, como en el caso de la expresión *it rains*, y lo compara con la expresión china en donde no existe el sujeto de la acción, tal como sucede en el japonés o el español. Esta disolución del sujeto en la acción puede ser interpretada, entre otras, como un posible indicio de la acción colectiva en las organizaciones japonesas o de América Latina. Asímismo, ésta se ha infiltrado también en explicaciones recientes sobre el comportamiento neuronal, en donde Varela, en trabajos recientes, propone, bajo la influencia del budismo zen, el reconocimiento de un *yo virtual.* Lo importante a retener, finalmente, es este acercamiento, asumido también por Chia, entre pensamiento posmoderno y oriental, lo que vendría a cuestionar, como lo menciona atinadamente el autor, el estatuto de secuencialidad de la posmodernidad.

Continuando con nuestra exposición, pasemos ahora a la revisión de una de las propuestas más acabadas de la organización posburocrática, nos referimos a la elaborada por Heydebrand. Este autor parte de la hipótesis de que el surgimiento de las nuevas formas organizacionales, caracterizadas como pos-

Villa de Arista, S.L.P. Héctor Hernández

burocráticas, es el resultado de la transición del capitalismo industrial al posindustrial (Touraine 1969), caracterizado este último por un fuerte desarrollo de los servicios y la automatización de la produccion, basados ambos en un avance sin precedentes de la tecnología informática[5]. Heydebrand asume una relación entre cambios económicos y formas organizacionales. La definición de la forma organizacional se basa en seis variables: a) el tamaño de la fuerza de trabajo, b) el objeto de trabajo, c) los medios del trabajo, d) la división del trabajo, e) el control del trabajo y f) las modalidades de propiedad y control. A partir de ello caracteriza a la organizaciones posburocráticas como aquellas que: poseen un tamaño reducido —pueden ser subunidades de organizaciones grandes—, utilizan ampliamente las herramientas informáticas, existe en ellas un número importante de profesionales de alto nivel, interactuando al interior de estructuras flexibles y descentralizadas, constituyendo pequeños colectivos de trabajo, los cuales son relativamente autónomos. La división del trabajo es poco desarrollada y la jerarquía pierde parte de su significado en términos de autoridad y especialización de tareas. Este tipo de organización está caracterizado por estructuras flojamente acopladas, donde la informalidad juega un papel relevante como mecanismo de cohesión social; la cultura organizacional es importante.

Heydebrand realiza un rompimiento de dichos cambios con la racionalidad weberiana. Al pensar las organizaciones en términos posburocráticos, el autor propone diferenciar la *racionalización social* de la *técnica*. La primera de ellas sí alude a la visión original weberiana de la burocracia en términos de dominación racional, basada en el conocimiento técnico, mientras que la segunda se deriva del desarrollo de la tecnología informática. La racionalización técnica, evolucionó de las actividades administrativas a las de producción, posibilitando con ello dos opciones de racionalización en términos de los sistemas sociotécnicos: las organizaciones *algorítimicas* y las *robustas*. Las primeras realizan actividades controladas mediante la tecnología informática, reduciendo con ello la participación del individuo, pero son difícilmente adaptables a nuevas circunstancias, carecen de flexibilidad, y por lo tanto dejan inalterados los esquemas de trabajo y de autoridad existentes; incrementan incluso el control burocrático. Las segundas, contrariamente, integran más ampliamente la utilización informática y amplían las habilidades y capacidades cognitivas de los

[5] Hemos desarrollado en otro trabajo una discusión acerca de los plantemientos realizados por este autor (Montaño 1994a). Retomamos en este espacio algunas ideas generales para presentar la propuesta de Heydebrand, la que, en este trabajo, se inscribe en un contexto de discusión diferente.

individuos. Se trata de organizaciones altamente flexibles y adaptables. La organización social y la autoridad pueden ser modificadas significativamente, reduciendo con ello sustantivamente su carácter burocrático.

El autor propone un conjunto de hipótesis de trabajo. Las tres primeras son desarrolladas en el ámbito económico y son de carácter histórico. Estas hacen referencia a un marco de periodización del desarrollo económico. En un primer momento, el modelo burocrático del control fue un elemento esencial del desarrollo del capitalismo de finales del siglo pasado y principios del presente; en un segundo momento, se asiste a una transición de un capitalismo competitivo a uno de tipo industrial corporativo, caracterizado por la aparición de estructuras divisionales, periodo iniciado en la década de los veinte. El control burocrático continúa funcionando mediante su incorporación en las estructuras organizacionales y el desarrollo de la tecnología informática; finalmente, a partir de la década de los sesenta, aparece el capitalismo posindustrial, caracterizado por el desarrollo de formas posburocráticas de control.

Las otras tres hipótesis son de orden estructural y se orientan a la caracterización de la noción de organización posburocrática. La primera de ellas plantea que debido a los niveles crecientes de complejidad interna y de turbulencia externa, la dirección tiende a propiciar tanto la racionalidad social como la técnica. Sin embargo, a fin de alcanzar las ventajas que implica un sistema robusto, la segunda es generalmente el resultado de una negociación política entre diversos actores. Por otro lado, Heydebrand plantea que en el sector gubernamental y de servicios predominan generalmente los sistemas algorítmicos ya que en ellos la fuente principal de preocupación son la credibilidad, la pronta respuesta y la confianza, lo que aunado a la utilización más intensiva de fuerza de trabajo y a la naturaleza de los bienes y servicios, ha provocado que la tecnología computarizada "no haya tenido el mismo efecto en la deconstrucción del control burocrático y la racionalidad formal" (Heydebrand 1989:342). Finalmente, el autor propone que en aquellas organizaciones donde la tecnología informática juega un papel relevante en las actividades principales de la organización, muchas de las reglas burocráticas pueden ser preprogramadas, es decir que se encuentran incorporadas en el repertorio de los programas informáticos. "Esta internalización de la racionalidad formal, de la calculabilidad y los procedimientos, permite el desarrollo de relaciones informales, sociales y de trabajo, incluyendo una división del trabajo mínima, una reducción de la jerarquía y solamente reglas generales que permiten un control social flexible y un proceso

de auto-regulación." (Heydebrand 1989:341). La flexibilidad social es posible gracias a la racionalización tecnológica, de carácter robusto, que incorpora los aspectos rígidos de la burocracia. Así, interpretando al autor, la posburocracia no es la negación de los elementos de control burocrático sino su delimitación, digamos compresión, al ámbito informático. La burocracia no desparece, se contrae, liberando espacio para la flexibilidad.

Estas hipótesis estructurales nos son muy útiles para tratar de definir la naturaleza de las organizaciones posburocráticas en un doble contexto de reflexión. Primero a nivel de la tensión entre weberianismo y sociología de las organizaciones, planteada en la primera parte de este trabajo; segundo en el ámbito del debate acerca de la modernidad y la posmodernidad. Como primer elemento de discusión, tenemos que señalar que la posburocracia, en tanto concepto, no ha sido utilizado en términos weberianos; no se trata de un *tipo-ideal* que trace aspectos centrales de una nueva modalidad de dominación. La incorporación de los valores formales, sea en el ámbito del comportamiento inconsciente, sea en el repertorio informático de los programas, no representa, para nosotros, una nueva modalidad de dominación, entendida ésta por su encuentro probable con la obediencia. En el terreno de la sociología de las organizaciones,

Villa de Arista, S.L.P. Héctor Hernández

por contra, ha sido común el epíteto de organización, o estructura posburocrática o posmoderna (Berquist, Clegg). Resalta el hecho de haberse establecido una igualdad entre estos dos términos —posmodernidad y posburocracia— cuando en realidad, hemos argumentado acerca de su diferencia. Así, habría que decir que la organización posburocrática, en caso de existir, debería ser considerada, como una nueva modalidad de la modernidad. Analicemos esta posibilidad. Si seguimos los argumentos de Heydebrand, los componentes burocráticos no han sido eliminados: algunos se han concentrado en el repertorio informático, mientras que otros han sido flexibilizados. De hecho, la reaparición del comportamiento informal, con la consiguiente importancia asignada a la vida simbólica y a la constitución de una cultura corporativa (Alveson y Berg, Allaire y Firsirotu, Meek, Montaño:1997c, Scmircich, Schneider) debe mucho a la interiorización de los valores económicos de la empresa, que acotan así el libre espacio de actuación, haciendo menos necesarios los signos de autoridad. Si bien es importante señalar entonces una diferencia en este nivel, ello no nos autoriza, insistimos, a referirnos a ella realmente como una práctica ya superada. Hay que observar en esta tendencia, en el sentido propuesto por el pensamiento posmoderno, más una evolución que una revolución. Por el otro lado, resulta claro que la propuesta posburocrática de Heydebrand permanece en un estilo moderno de pensamiento. Esta aseveración se deriva del énfasis realizado por el autor tanto en las variables que definen la estructura organizacional, como en el reconocimiento de los límites entre organización y entorno, vestigios de su pasado contingente.

Apunte final. El Estado moderno

Dado que toda conclusión sería contraria al espíritu posmoderno, proponemos simplemente un comentario más, esta vez con relación al Estado burocrático. Pero antes, hagamos una breve pausa con el afán de puntualizar algunas ideas que se han venido forjando a lo largo de nuestro recorrido. *La posburocracia no existe* en ninguno de los dos niveles abordados. La burocracia, en el marco de la sociología de las organizaciones, como tensión, resultante de su relación con la propuesta weberiana, no puede representar más un concepto que intente dar cuenta de un estado estático; asumir en este caso una modalidad de pensamiento posmoderno podría sernos de gran utilidad. Por otro lado, hemos observado que existe un amplio desfazamiento entre los límites de los objetos sociales de estudio y su construcción social. Así, la separación organización/entorno, pero también otras como trabajador/ser humano o Estado/sociedad no se revelan siem-

pre pertinentes. La organización se *conforma conformando* parte de su entorno, tanto como la sociedad, en un marco democrático, tiene la posibilidad —en tanto libertad— de incidir en la construcción del Estado.

Así, debemos evitar la interpretación de un Estado posburocrático, en sentido neoliberal. Los mecanismos de mercado no constituyen un modelo eficiente de asignación de recursos. En efecto, como resultado de la tensión burocrática, hemos sido testigos de la aparición de círculos viciosos, estrategias políticas, identidades cruzadas, pagos colaterales, estructuras flojamente acopladas, comportamientos informales, entre otros. Todos ellos alteran significativamente el funcionamiento idealizado del mercado al ser éste depositario de dichas "ineficiencias". La creencia generalizada de que la eficiencia reina en el sector privado ha sido así desmentida; a ello habría que agregar además que el traslado al ámbito público no resulta tampoco evidente, dada la necesidad de legitimación social, señalada en una de las hipótesis de Heydebrand, sobre todo en las sociedades democráticas. El traslado de las funciones sociales del Estado al sector privado no significa entonces automáticamente mayores niveles de eficiencia ni mucho menos una mejor atención de las necesidades sociales, porque frecuentemente éstas son traducidas como oportunidades de negocio.

Recordemos que en la construcción del *tipo-ideal* de Estado, Weber parte de los medios y no de los objetivos, ya que estos útimos son generalmente múltiples y, por lo tanto, de difícil generalización y caracterización en *un tipo-ideal.* La característica central del Estado, dirá entonces Weber, es el monopolio de la violencia legítima. Hay que tomar con suma precaución esta aseveración para no legitimar los abusos de poder cometidos por muchos Estados (Braud). A lo que se refiere Weber es a la exclusividad y eventualidad de su uso, con objeto de garantizar el Estado de derecho. Este monopolio se realiza mediante un aparato autónomo que asume una división social de tareas —la policia, los tribunales, el ejército, etcétera. El autor realiza esta propuesta asumiendo una sociedad en constante conflicto, diferente a la propuesta por diversos autores, tales como Durkheim, Comte y Parsons, que veían en el Estado la institucionalización de la solidaridad social. La obediencia, en sus modalidades de costumbre, emoción o razón, disminuye la eventualidad del uso de la violencia. La participación y la negociación en las decisiones políticas constituyen entonces el marco del Estado burocrático, siempre desde la perspectiva de la construcción ideal. Recordemos que Weber considera otro *tipo-ideal* de Estado, el patrimonialista, inscrito en un esquema patriarcal, considerado como una extensión de las relaciones familia-

res. Hay que señalar que, en este contexto de análisis, la modernidad weberiana asume un proceso de autonomía creciente de diversos espacios sociales, lo que ubicaría, en este sentido al Estado patrimonialista como un Estado premoderno ya que en él no existe una división entre el patrimonio privado y el público y las decisiones son tomadas de manera totalmente centralizada. El clientelismo, basado en relaciones políticas e informales, constituye una de sus expresiones actuales.

Un Estado burocrático, en el sentido tenso que hemos utilizado, no implica entonces la legitimación de la visión cotidiana que se tiene de la burocracia ni un conjunto de estructuras caracterizado por rigideces, ineficiencia y excesos, sino implica romper, en sentido posmoderno, con las fronteras que cosifican la acción social. Así, en el terreno de la propuesta social, más allá de la herramienta metodológica weberiana, es importante pasar del estudio de los medios a la reflexión de los objetivos, promoviendo con ello un Estado moderno[6], es decir, aquel que fomente, entre otras, las siguientes acciones, privilegiando siempre la acción por sobre la estructura: incitar a una mayor participación ciudadana, haciéndola corresponsable de ciertas decisiones políticas; reconocer y enfrentar las necesidades sociales más apremiantes; promover el Estado de derecho; agilizar los trámites administrativos y mejorar los servicios; incrementar el empleo y el poder adquisitivo de la población más desfavorecida y promover las prácticas democráticas. La ampliación de ciertos programas sociales se inscribe en esta dirección, siempre polémica (Arellano y Cabrero, Hopenhayn). Estos son los retos de la modernidad en tanto tensión burocrática. Encontrar las opciones organizacionales que faciliten el tránsito por dicho sendero, es una tarea en la que los expertos en el estudio de las organizaciones tendrán seguramente contribuciones valiosas a realizar. Una de ellas reside precisamente en recordarnos constantemente los peligros de la reificación del Estado y ayudar a tener en mente que éste es también una forma organizada que comporta, entre otros,

[6] Es importante insistir sobre el hecho de que no estamos proponiendo un Estado burocrático en la versión vulgar del término, sino una construcción más democrática que tienda a reducir las graves desigualdades que imperan en la mayor parte de los países latinoamericanos: es evidente que en la actualidad nadie podría defender legítimamente un Estado autoritario. Un Estado burocrático es diferente de un Estado patrimonialista; pero en ningún caso se asegura la reducción de las brechas de desigualdad creciente; aunque hay que decir que los abusos de poder han sido históricamente más evidentes en esta segunda formación. Lo que proponemos es un Estado no separado de la sociedad civil, sino que sea una expresión formalizada de ésta para solventar las demandas sociales. Lo que pregonamos, simplemente, es un Estado moderno.

luchas políticas, fronteras difusas, zonas de ambiguedad e incertidumbre, discursos y comportamientos metafóricos, dinámicas inesperadas, identidades cruzadas...

Fecha de recepción: 20/IV/99
Fecha de aceptación:10/V/99

Bibliografía

Alvesson, M. (1993) "The Play of Metaphors", en Parker, M. y J. Hassard (eds.), *Postmodernism and Organizations*, Sage, Londres, pp. 114-131.

Alvesson M. y P. O. Berg. (1992) *Corporate Culture and Organizational Symbolism. An Overview*, Walter de Gruyter, Berlín.

Allaire, Y. y M. E. Firsirotu. (1984) "Theories of Organizational Culture", en *Organization Studies*, vol. 5, no. 3, pp. 193-226.

Arellano D. y E. Cabrero. (1966) "Reforma del Estado en México: nuevas relaciones Estado-Sociedad", en *Cuadernos de Administración*, no. 22, Universidad del Valle, Cali, pp. 59-76.

Argyris, C. (1964) *Integrating the Individual and the Organization*, Wiley, Nueva York.

Bennis, W. G. (1966) *Beyond Bureaucracy*, McGraw-Hill, Nueva York.

Bergquist, W. (1993) *The Postmodern Organization. Mastering the Art of Irreversible Change*, Jossey-Bass, San Francisco.

Blau, P. M. (1974) *On the Nature of Organizations*, Wiley, Nueva York.

Braud, P. (1977) *Science politique. L'Etat*, vol. 2, Éditions du Seuil, París.

Chia, R. (1997) "From Modern to Postmodern Organizational Analysis", en *Organization Studies*, vol. 16, no. 4, pp. 579-604.

Clegg, S. R. (1990) *Modern Organizations: Organizations Studies in The Postmodern World*, Sage, Londres.

Clegg, S. R. (1992) "¿De las culturas antiguas a la fatuidad posmoderna?", en *Gestión y política pública*, vol. 1, no. 1, México, pp. 103-153.

Cooper, R. (1989) "Modernism, Post Modernism and Organizational Analysis 3: The Contribution of Jacques Derrida", en *Organization Studies*, 10/4, pp. 479-502.

Crozier, M. y E. Friedberg. (1977) *L'acteur et le système. Les contraintes de l'action collective*, Seuil, París.

Cyert, R. M. y J. G. March. (1963) *A Behavioral Theory of the Firm*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, Nueva Jersey.

Derrida, J. (1989) *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*, Paidós, Barcelona.

Desmarèz, P. (1983) "La sociologie industrielle. Fille de la thérmodynamique d'équilibre?", en *Sociologie du Travail*, No. 3, pp. 261-274.

Foucault, M. (1970) *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México.

Foucault, M. (1980) *Vigiliar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México.

Francfort, Isabelle, Florence Osty, Renaud Sainsaulieu y Marc Uhalde. (1996) *Les mondes sociaux de l'entreprise*, Desclée de Brower, París.

Friedberg, E. (1997) *Le pouvoir et la règle. Dynamique de l'action organisée*, Editions du Seuil, París.

Gouldner, A. (1953) *Patterns of Industrial Bureaucracy*, Free Press of Glencoe.

Hassard, J. (1993) *Sociology and Organization Theory. Positivism, Paradigms and Postmodernity*, Cambridge University Press, Cambridge.

Hassard, J. y D. Pym (eds.) (1990) *The Theory and Philosphy of Organizations. Critical Issues and New Perspectives*, Routledge, Londres.

Heisig, U. y W. Littek. (1995) "Reorganisations of Trust-based Self-organisation. Changes of Trust Relations in the Work Process", ponencia presentada en el 12 th EGOS Colloquium, Estambul.

Henderson, L. J. (1970) *On The Social System*, The University of Chicago Press, Chicago.

Heydebrand, W. V. (1989) "New Organizational Forms", en *Work and Occupations*, vol. 16, no. 3, pp. 323-357.

Hopenhayn, M. (1996) "Recomposición de actores en programas sociales: consideraciones desde la experiencia latinoamericana", en *Cuadernos de administración*, no. 22, Universidad del Valle, Cali, pp. 85-106.

Kickert, W. (1991) "Autopoiesis and the Science of (Public) Administration: Essence, Sense and Nonsense", en *Organization Studies*, vol. 14, no. 2, pp. 261-278.

Latour, B. (1991) *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*, La Découverte, París.

Lipovetsky, G. (1983) *L'ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, Gallimard, París.

Luhmann, N. (1991) *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, Universidad Iberoamericana/Alianza Editorial, México.

Lyotard, J.-F. (1979) *La condition postmoderne*, Minuit, París.

March, J. y H. Simon (1958), *Organizations*, John Wiley and Son, Nueva York.

Maturana H. y F. Varela. (1972) *Autopoiesis*, Facultad de Ciencias, Universidad de Chile, Santiago.

Mayo, E. (1972) *Problemas humanos de una civilización industrial*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Mayo, E. (1977) *The Social Problems of an Industrial Civilization*, Arnos Press, Nueva York.

Meek, L. V. (1988) "Organizational Culture: origins and weakness", en *Organization Studies*, vol. 9, no. 4, pp. 453-473.

Merton R. K. (1965) *Teoría y estructuras sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.

Mintzberg, H. (1983) *Structure in Five: Designing in Fives: Designing Effective Organizations*, Engleewood Cliffs, Prentice-Hall, Nueva Jersey.

Montaño, L. (1985) "La escuela de las relaciones humanas: premisas para un debate", en Ibarra, E. y L. Montaño (eds.), *Historia del pensamiento administrativo*, vol. I, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, pp. 351-356.

Montaño, L. (1987) "El orden sistémico: algunos avatares del paradigma organizacional", en Ibarra, E. y L. Montaño (eds.), *El orden organizacional: poder, estrategia y contradicción*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, pp. 1-58.

Montaño, L. (1988) "Nihon: Romanchizumu kara Posutomodan e", *Osaka no Machi*, Osaka.

Montaño, L. (1992) "Micro Entreprises in Mexico. A Metaphorical Approach", ponencia presentada en la Eastern Economic Association Conference, New York.

Montaño, L. (1993) "De la metáfora al poder. Algunas reflexiones acerca de las aproximaciones organizacionales a la educación superior", en Ibarra, E. (ed.), *La universidad ante el espejo de la excelencia. Enjuegos organizacionales*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, pp. 1-17.

Montaño, L. (1994a) "Modernidad, postmodernismo y organización. Una reflexión acerca de la noción de estructura postburocrática", en L. Montaño (ed.), *Argumentos para un debate sobre la modernidad*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, pp. 67-92

Montaño, L. (1994b) "At the Edge of Modernity: Boundaries, Mediations and Overlappings. The Lessons of the Japanese Organization" en *Osaka City University Business Journal*, pp. 35-57.

Montaño, L. (1996) "Intelligent Machines and Organisational Spaces. A Metaphorical Approach to Ethics", en *Artificial Intelligence and Society*, reimpreso en Karamjit S. Gil (ed.), *Information Society. New Media, Ethics and Postmodernism*, Springer, Londres, pp. 90-103.

Montaño, L. (1997a) "La construction sociale de l'organisation. A propos des frontières organisationnelles", documento de trabajo, Centre de Recherche en Gestion, Ecole Polytechnique, París (mimeo).

Montaño, L. (1997b) "Metaphors and Organizational Action. Postmodernity, Language and Self-Regulating Systems. A Mexican Case Study", en Clegg, S. *et al, Global Management: Universal Theories and Local Realities*, Sage, Londres, (en prensa).

Montaño, L. (1997c) "La dimensión cultural de la organización. Elementos para un debate en América Latina", en De la Garza, E. (coord.), *Tratado de sociología del trabajo para América Latina*, (en prensa)

Montaño, L. y M. Rendón. (1994) "Del zaibatsu al keiretsu. Organización y eficiencia productiva en la gran corporación japonesa", en *Gestión y política pública*, Centro de Investigación y Docencia Económicas, pp. 47-81.

Morgan, G. (1990) *Imagenes de la organización*, Ra-ma, Madrid.

Mouzelis, N. (1968) *Organisation and Bureaucracy. An Analysis of Modern Theories*, Alding Publishing, Chicago.

Parsons, T. (1970) "Social Systems", en Grusky, O. y G. A. Miller (eds.), *The Sociology of Organizations: Basic Studies*, Free Press, New York, pp. 75-82.

Pugh, D. S. (1963) "A Conceptual Scheme for Organizational Analysis", en *Administrative Science Quarterly*, vol. 8, pp. 289-315.

Roethlisberger, F. y W. Dickson. (1976) *Management and the Worker*, Harvard University Press, Cambridge.

Scmircich, L. (1983) "Concepts of Culture and Organizational Analysis", en *Administrative Science Quarterly*, no. 28, pp. 339-358.

Simon, H. A. (1984) *El comportamiento administrativo: estudio de los procesos decisorios en la organización administrativa*, Aguilar, Buenos Aires.

Taylor, Charles. (1991) *Grandeur et misère de la modernité*, Bellarmin, Quebec.

Touraine, A. (1969) *La société post-industrielle. Naissance d'une société*, Denoël, París.

Touraine, A. (1997) *Pourrons-nous vivre ensemble? Égaux et différents*, Fayard, París.

Weber, M. (1970) *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.

Weik, K. E. (1976) "Educational Organizations as Loosely Coupled Systems", en *Administrative Science Quarterly*, vol. 21, no. 1, pp. 1-19.

Woodward, J. (1958) *Management and Technology*, HMSO, Londres.

Bocas, S.L.P. Héctor Hernández

Manuel Calvillo

La consumación de la Independencia y la fundación de la República Federal 1820-1824

Del filón

En 1974 el Departamento del Distrito Federal editó la obra La República Federal Mexicana: gestación y nacimiento: obra conmemorativa de la República Federal y de la creación del Distrito Federal en 1824. Los dos primeros tomos estuvieron a cargo del historiador Manuel Calvillo. La reproducción que en esta ocasión realizamos de un apartado del capítulo cuarto es más que sugerente para los tiempos políticos que vivimos hoy en día, y para las discusiones sobre el federalismo mexicano. Las páginas que se publican ahora han sido corregidas por el mismo autor.

México. Ambigüedad y desconcierto

Las noticias de lo ocurrido en España no tardan en llegar a México. Cuando la *Gaceta Imperial* anuncia el 21 de mayo de 822 la venta de *La Aurora de la Mañana*, conteniendo extractos de las sesiones de las Cortes de 12 y 13 de febrero anterior, únicamente hace públicos detalles sobre la declaración ya conocida de la nulidad del Tratado de Córdoba, en evidente apoyo a la proclamación de Iturbide como emperador dos días antes, el 19 de mayo.

El 23 de marzo la *Gaceta* daba la noticia de que en la Habana se imprimió el oficio del Ministro Pelegrín al Jefe Político de Cuba comunicándole el Real Decreto de 7 de diciembre de 821, declarando que O'Donojú carecía de facultades "para transigir ni celebrar convenios en que pudiera estipularse o reconocerse la independencia de Provincia alguna de ultramar..." como consta en el texto que la misma *Gaceta Imperial* reprodujo el 28 de marzo. El decreto lo circula Pelegrín a las autoridades civiles y eclesiásticas de América.

La *Gaceta Imperial* denuncia la actitud metropolitana remontándose a 808 cuando España proclamó su libertad frente a la usurpación napoleónica, sin que de hecho América llegara a disfrutarla. Se menciona la restauración absolutista del año 14, y la constitucional del 20. *La Gaceta* hace la extraña declaración de que se aceptó el Tratado de Córdoba por magnanimidad, sabiendo que O'Donojú carecía de poderes para concertarlo. La desautorización española no afecta la independencia, fundada en la fuerza y opinión de México.

También, y con anterioridad a la proclamación de Agustín I, se habían publicado en México extractos de las sesiones de las

Cortes de los días 27, 28 y 30 de enero, que no ofrecían dudas sobre cuál sería la resolución definitiva de ellas sobre la independencia.

Mas, debemos volver a los anteriores sucesos de México.

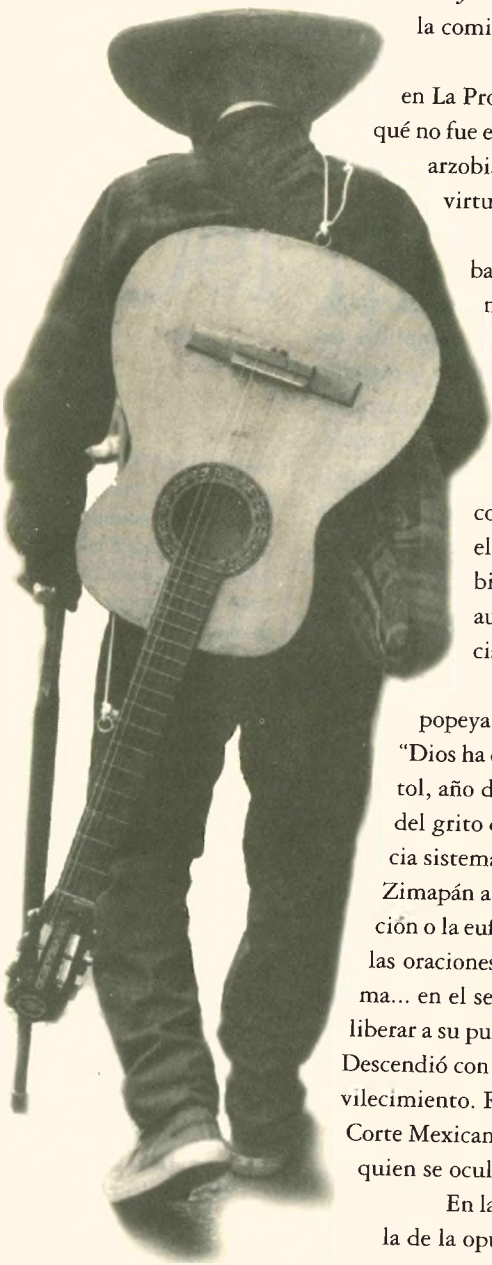
Consumada la independencia con el Tratado de Córdoba y la ocupación de la capital, las provincias "atónitas por el cambio inesperado de suerte —escribe Bustamante—, estaban como un hombre embriagado de placer que no acierta a contemplar su actual posición, ni la suerte futura que le espera..."

El gobierno previsto en el Plan de Iguala y en el Tratado de Córdoba se integrará con diligencia.

La Soberana Junta Provisional Gubernativa tiene su segunda sesión el 28 de septiembre de 821, después de cumplidas las ceremonias religiosas en la catedral. La Junta procede a la elección de la Regencia del Imperio, conforme a lo prevenido por el artículo 11 del Tratado de Córdoba. Los señores que ajustaron el Tratado, dice el acta, o sea O'Donojú e Iturbide, manifestaron que se convino entre ellos que los individuos de la Regencia fuesen cinco y no tres, lo que se discute y finalmente se aprueba. Los regentes elegidos fueron: Iturbide, que ya era presidente de la Junta, y O'Donojú. Los candidatos a los tres puestos restantes son el arzobispo de México, Pedro Fonte, el obispo de Puebla, Joaquín Antonio Pérez, el Gobernador de la Mitra de Valladolid, Manuel de la Bárcena, el general Guerrero, el Conde de Regla, José Isidro Yáñez, José María Fagoaga, José Mariano de Almanza, Manuel Vázquez de León, Miguel Guridi y Alcocer, Guadalupe Victoria, Manuel de la Sotarriba y Manuel Martínez Mancilla. Entre los candidatos figuran sólo dos insurgentes, Victoria y Guerrero, y un antiguo diputado a las Cortes de Cádiz, Guridi y Alcocer. Los elegidos fueron Bárcena, Yáñez y Velázquez de León.

Se plantea el problema de si el presidente de la Regencia, Iturbide, podía continuar como presidente de la Junta, y se acuerda que se nombrará presidente de la Junta, pero que cuando Iturbide, presidente de la Regencia, asistiere a las sesiones de la Junta, ocuparía el primer lugar. También se aprueba la compatibilidad de la presidencia de la Regencia con el mando del ejército.

Para la presidencia vacante de la Junta son candidatos, Monteagudo, el obispo de Puebla, el conde de Heras Soto, Guridi y Alcocer y Almanza. El viejo conspirador de la Profesa, Monteagudo,



es desplazado, y resulta presidente de la Junta el conspicuo don Joaquín Antonio Pérez. Monteagudo lo substituye en la comisión de reglamentos de la Regencia y de la Junta. Miguel Bataller, otro de los hombres prominentes en La Profesa, ha desaparecido, y en las actas no consta por qué no fue elegido individuo de la Regencia don Pedro Fonde, arzobispo de México, realista y hombre de reconocidas virtudes, como lo confirma hasta Vicente Rocafuerte.

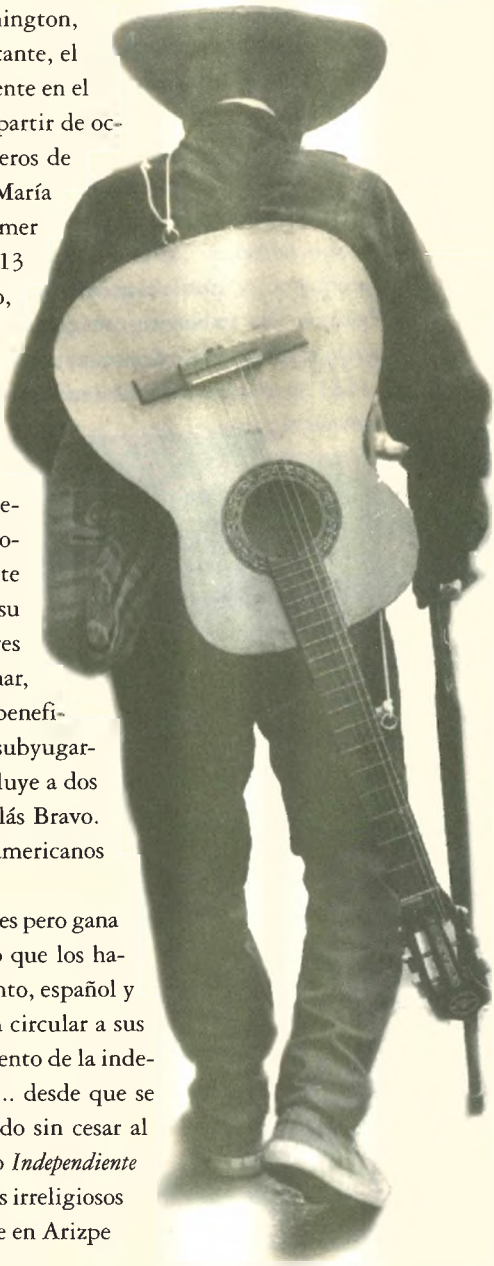
Es la hora de Iturbide. "Festejos, loores, alabanzas, aclamación y aplausos se constituyen en la nota más característica del día", escribe Javier Ocampo, el más minucioso investigador de las ideas de esos días. Ocampo realizó si no el más exhaustivo examen de los papeles contemporáneos, sí la más completa y satisfactoria investigación de ellos y de las manifestaciones por la consumación de la independencia. En siete meses el antiguo realista criollo, bien conocido y no tan bien acreditado, aparecía ante la nación como el autor y protagonista de la obra de su independencia.

El clero lo alaba desde el púlpito, y la prosopopeya se derrama en la exaltación del defensor de la fe: "Dios ha escogido el 24 de febrero, día de San Martín apóstol, año de la Encarnación del Divino Verbo, el undécimo del grito de la independencia y el primero de independencia sistemada", predica el entusiasta cronólogo sacristán de Zimapán al jurarse la independencia en el pueblo. La adulación o la euforia dictan el anagrama *Tu vir Dei*. Se parafrasean las oraciones de la *Salve* y el *Credo*: "Creo en la Junta suprema... en el señor Iturbide su único Presidente que nació para liberar a su pueblo, quien padeció bajo el poder de los tiranos... Descendió con su Ejército a muchos pueblos sacándolos del envilecimiento. Resucitó en los Tratados de Córdoba... Subió a la Corte Mexicana, y está sentado a la diestra de la Patria", escribe quien se oculta en el sudónimo de Mora de Taranquera.

En las alegorías aparecen la del imperio prehispánico, la de la opulencia de la América Septentrional, las cadenas

que se rompen, etcétera. Iturbide es el héroe epónimo. Se escriben himnos, poemas, dramas. Iturbide es Moisés, Macabeo, Napoleón, Tito, César, Alejandro, Washington, San Agustín, etcétera, registra Ocampo. No obstante, el recuerdo de los héroes de la insurgencia está presente en el mismo olvido del pasado realista de Iturbide. A partir de octubre, aparecen en 1821 los ocho primeros números de *La Abispa de Chilpancingo,* "escrita —por Carlos María Bustamante— para perpetuar la memoria del Primer Congreso instalado allí el 12 de septiembre de 1813 por el señor D. José María Morelos". El periódico, y su autor, no pueden resultar más incómodos a Iturbide y a la mayoría de los vocales de la Junta y de los jefes realistas que al frente del ejército habían combatido y condenado al Congreso y a Morelos.

El 11 de octubre Iturbide se dirige a la Regencia pidiendo se aprueben los grados que propone en favor de quienes se declararon abiertamente por la independencia "en circunstancias en que su triunfo era un problema", o que "desde los lugares oprimidos, que no estaba en su arbitrio abandonar, supieron ser útiles a su patria y conservar en su beneficio los puestos mismos que debían servir para subyugarla". Entre los trece grados que propone sólo incluye a dos antiguos insurgentes, Vicente Guerrero y Nicolás Bravo. Los once restantes son antiguos jefes realistas, americanos y españoles.

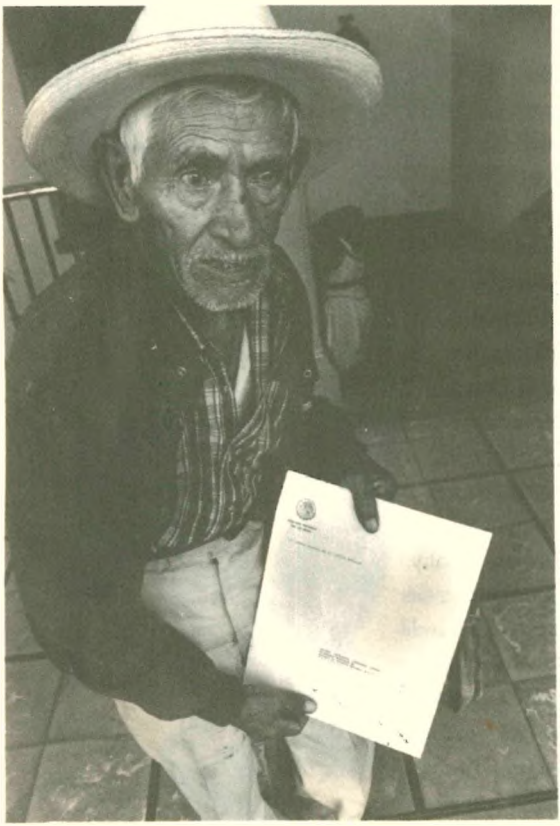


Iturbide se aleja de los antiguos insurgentes pero gana la adhesión de los obispos españoles de México que los habían condenado. Fray Bernando del Espíritu Santo, español y obispo de Sonora, gira el 21 de septiembre una circular a sus párrocos ordenando que no se opongan al juramento de la independencia, y escribe hacia el 10 de octubre: "... desde que se publicó la constitución –le dice-, estoy pidiendo sin cesar al Señor nos concediese en este reino un gobierno *Independiente* que nos precaviese de la ruina que amenazaban los irreligiosos principios constitucionales..." Cuando se instale en Arizpe

la Diputación Provincial, el 22 de febrero de 822, el obispo será su presidente.

Pérez Memén registra las adhesiones episcopales a la independencia. Agustín Estévez y Ugarte, obispo de Yucatán, quien resistía la secularización de los regulares, el 5 de septiembre y en unión de las autoridades civiles, decidió apoyarla y proclamarla. Ruiz Cabañas, obispo de Guadalajara, que había rechazado la diócesis de Santiago Compostela, dio su apoyo al General Negrete desde que éste se adhirió al Plan de Iguala. Manuel Isidro Pérez, de Oaxaca, se une también. Juan Francisco Castañiza, de Durango, a través de iniciales resistencias, cuando capitula el general José de la Cruz ante Negrete concluye por no oponerse a obedecer un gobierno americano. Al abrir sus sesiones el primer Congreso Constituyente, Castañiza figura como diputado por Durango. En las diócesis donde no existía obispo, los cabildos eclesiásticos apoyan la declaración de independencia. La actitud de las autoridades religiosas la expone Fernando Pérez Memén en su tesis de grado en el Colegio de México, *El Episcopado y la Independencia de México (1810-1836)*. Pérez Memén atiende a la del arzobispo de México, quien se opuso al Plan de Iguala, y cuando Iturbide entra a México sigue en su cargo "sin hacer ningún compromiso que afectara su lealtad a la corona" en tanto se conocía la decisión del gobierno español, no aceptando la presidencia de la Junta gubernativa a la que se eligió el 13 de octubre siguiente. El arzobispo Fonte se explicará ante León XII en carta de 25 de marzo de 1825, desde el convento de Puig, en Valencia, a donde se retiró después de salir de México.

Palacio de Gobierno, S.L.P.
Héctor Hernández



Ante la consumación de la independencia, "fue puesto el exponente –escribe Fonte- ...en la alternativa de adherirse, reconocer y jurar obediencia al nuevo Gobierno, o de quedar expatriado de aquel territorio. Abrazó este segundo extremo, persuadido de que la fidelidad que debía por los comunes y

muy especiales motivos a S.M.C. no le permitían admitir el primero sin un escándalo gravísimo". Había permanecido en México en espera de que el rey aprobase o desaprobase el Tratado, como lo manifestó al gobierno independiente. Fernando VII lo desaprobó. Y como "Agustín Iturbide, arrogándose la autoridad suprema con el título de Emperador, solicitase ser ungido en la Iglesia Catedral de México" ofreciendo su protección a la Iglesia, muchos creyeron que así "la vengaba en alguna manera de los insultos que en otras partes recibía". Su situación era distinta a la de los obispos que se adhirieron a la independencia sin la condición de su aprobación por España. No zahiere esa conducta, pues le constan las benévolas intenciones de los obispos. Pero él no pudiendo "santificar una evidente usurpación", manifestó al gobierno "que, enemigo de aumentar las discordias públicas, se abstendría de disputar sobre la facultades anexas al ejercicio de la potestad civil, esperando también que ésta no usurpase las que eran peculiares del sacerdocio." Delegaría sus facultades, como lo hizo, en personas que no tuviesen "el obstáculo involuntario en que se hallaba su persona". Fonte abandonó México el 23 de febrero de 1823. En España, dice, informó de todo a Roma y al rey. La carta se refiere luego a circunstancias personales de Fonte, y a la Encíclica *Etsi iam Dieu* de León XII, de 24 de septiembre de 1824, que no importa a los días que nos ocupan. Sí, llamamos la atención sobre informes del arzobispo Fonte, por todo lo que pueden revelar sobre los sucesos a partir de 1820, de los que fue testigo tan preocupado y próximo.

La versión que da Fonte de su actitud es la aceptada en nuestras obras de historia. Pero Fonte omite informar a Pío VII que el 18 de abril de 822 se presentó ante el Congreso y prestó el juramento en los términos del decreto de 24 de febrero de 822, reconociendo "la soberanía de la nación mexicana representada por los diputados que ha nombrado para este Congreso Constituyente", y "obedecer sus decretos, leyes, órdenes y constitución que establezca conforme al objeto para que se ha convocado", sin manifestar reservas, como consta en el acta del día. La actitud general de Fonte fue elusiva, retirándose a Cuernavaca, y no como la expone al Papa, pues si no se prestó a ungir a Iturbide como emperador, sí reconoció expresamente la independencia en su juramento ante el Congreso.

Excepto ese acto de Fonte, la actitud de los obispos viene a fortificar la posición de Iturbide frente a los antiguos insurgentes, los primeros liberales y los partidarios de España. La influencia creciente del activo y versátil ex diputado a Cádiz, don Joaquín Antonio Pérez, y la de Ruiz Cabañas, se extiende por las provincias más pobladas e importantes del país. Si en Madrid, como informa Alamán, los diputados mexicanos están divididos en republicanos y monárquicos, en México los insurgentes son relegados y los borbonistas de debilitan al ganar Iturbide para sí la adhesión de los obispos, enmascarada con el nombre de Fernando VII. De nuevo, como en 1820 y hasta septiembre de 21, Iturbide puede ser el *factótum* de los privilegios corporativos de la Iglesia bajo el signo de la independencia absoluta, y el baluarte contra la herejía y la disolución.

"De las tres garantías —escribe Ocampo—, la que recibe mayor atención de los escritores es la religión".

La *Gaceta de Guadalajara* había publicado desde el 11 de julio de 821 una representación de poblanos al general Ciriaco de Llano. "Excelentísimo señor: en favor de la independencia no podemos hacer mayor apología —le dicen— que la de asegurar que con ella se salva en este Reino la Religión Católica Apostólica Romana, vulnerada en los Diarios de las Cortes últimas de 1820, puesto que el Ser Supremo y sus adorables misterios revelados se han visto blasfemados en aquel salón y toda la península lo mismo que en Ginebra...", lo que es evidentemente falso, como consta por los diarios de debates que se conocen en México.

La muerte de O'Donojú, el 8 de octubre, desembaraza a Iturbide y a las jerarquías eclesiásticas, de una presencia perturbadora.

La monarquía moderada análoga al país, con gobierno representativo, es el centro de la ambigüedad entre la abolición liberal del antiguo régimen y el preservativo en un país, México, contra el virus de la revolución. Jesús Reyes Heroles califica el periodo de 1824 y 1856 como el de la sociedad fluctuante, y al anterior como el de los orígenes del liberalismo. Muy concretamente podemos considerar también al de los años 21 a 23 como el de la ambigüedad y el desconcierto, cuando la declaración de independencia suma pero no concilia los más diversos y más contradictorios motivos.

Iglesia de San Agustín, S.L.P. Héctor Hernández

Desde 1821, aunque no hemos precisado la fecha de su publicación, circula en México la Carta de Pío VII, de 15 de septiembre de 1820, dirigida a Fernando VII, contestando la de éste informándole sobre el decreto de las Cortes que suprimió la Compañía de Jesús. El texto publicado en México es traducción directa del italiano, por lo que difiere verbalmente, no en el contenido, del conocido en España.

Importan en la carta pontificia expresiones como la de que "no hemos podido saber sin un vivo disgusto, la noticia que nos da V.M. sobre su extinción", la de la Compañía de Jesús, y el elogio de la orden. Pero importan más otros puntos. "Un torrente de libros muy perniciosos inunda a la España con daño de la Religión, y de las buenas costumbres; se empieza ya a buscar pretexto para disminuir y envilecer el clero: ... se viola la inmunidad sagrada de las personas eclesiásticas;... se trata de total abolición de diezmos; se busca prescindir de la autoridad de la Santa Sede, en los objetos que dependen de ella; en una palabra, se causan continuas heridas a la disciplina eclesiástica y a las máximas conservadoras de la unidad católica..." Ha ordenado Pío VII al Nuncio en España que dirija con respetuosa libertad representaciones sobre estos puntos, "pero hasta hoy —expresa el Pontífice— tenemos el disgusto de no haber visto el éxito que teníamos razón de esperar, de una Nación que reconoce y profesa la Religión Católica, Apostólica, Romana, como la única verdadera; y que no admite en su seno el ejercicio de ningún culto falso".

Pío VII pide al rey, no creyendo que él, ni el gobierno, ni las Cortes estén animados de un espíritu contra la Iglesia, que "use de los remedios más eficaces que estén a su alcance", en favor de ella. "Mas si a pesar de nuestros avisos y nuestros ruegos, nos viésemos en la precisión de ser testigos de las peligrosas innovaciones en las cosas eclesiásticas, e introducidas falsas doctrinas que corrompan la pureza de la fe y la santidad de las costumbres, y trastornen la disciplina de la Iglesia, Nos –declara-, debiendo cumplir el más sagrado deber que nos incumbe... no podemos dejar de reclamar con apostólico celo cerca de S.M. tan benemérita de la Iglesia, para alejar de ella los peligros a

que los enemigos de Dios y del orden, exponen la salud espiritual de nuestros pueblos".

La mesura en las expresiones pontificias no ocultan en manera alguna la claridad de los juicios, incluso la excitación última al rey. El documento dirigido a Fernando VII da la consigna sobre lo que debe mantenerse como esencial por los hombres de iglesia y el nuevo poder civil independiente. En cuanto el Pontífice no cuestiona las formas representativas, es a través de ellas como se puede cumplir con los deseos de Roma, y aun congraciarse con ella en favor de la emancipación frente a una metrópoli tan poco grata.

El gran peso de la influencia eclesiástica está ahora en la balanza sobre el platillo de la independencia. Los escrúpulos se salvan con habilidad dialéctica. Desde 1821 corre impreso el *Dictamen sobre el juramento de fidelidad al Imperio Mexicano. Carta de un religioso Carmelita descalzo europeo, a otro de la misma religión.* El principal motivo para resistir el juramento al gobierno independiente, dice el carmelita, es el prestado al de España. Acude a la doctrina en la *Epístola a los Romanos* de San Pablo, y expone su propio discurso. Si los príncipes, advierte el carmelita, "no tienen poder para hacer ejecutar sus órdenes, para defender y premiar a los buenos, y castigar a los malos, tampoco estamos obligados a reconocer su autoridad". Si España sigue legislando sobre América, será "mofa y escarnio de todas las naciones", pues sólo puede acudir a la reconquista, y en tanto "quedan suspensas todas las facultades del gobierno español". Se juró guardar la Constitución, "juramos observarla sin impedimento físico o moral; pero si no podemos, no nos obliga tal juramento, porque ya se sabe que *ad impossibile neme tenetur*". Desobedecer al gobierno mexicano es introducir una completa anarquía. La apelación bíblica es de autoridad. "Jeroboán, que no era de la tribu de Judá, se sublevó contra Salomón que era legítimo rey, y arrebató en tiempo de su hijo Roboán las otras diez tribus, estableciendo un reino separado, donde florecieron, bajo las leyes de unos reyes usurpadores,

Axtla. S.L.P. Héctor Hernández

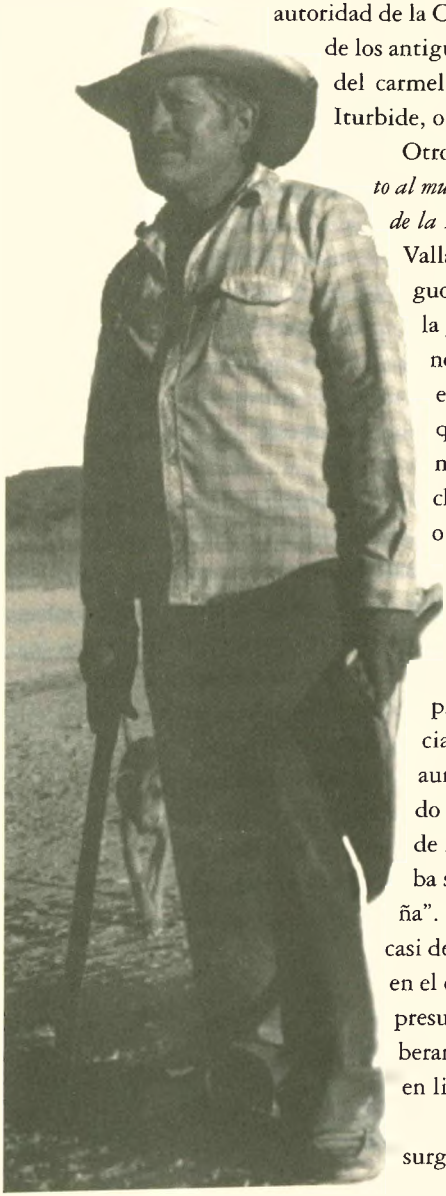
Elías, Eliseo y otros. Las historias de Israel y Roma continúan ilustrando el argumento. Muy recientemente Pío VII, arrojado de Roma por Napoleón, ordenó que no se negara el juramento al emperador, hombre impío. En México "¿qué diría –se pregunta-, qué nos amonestaría que hiciésemos respecto de uno que ha establecido por sólido fundamento la religión...; el conservar al clero secular y regular en todos sus fueros y preeminencias?"

Se juró la Constitución, pero no se observa para América cuando se le niega a ésta la debida representación en las Cortes, como se protestó públicamente por los diputados americanos. Así, ante las leyes dictadas "sin la debida representación de las Américas: ¿no podremos decir que el gobierno *ipso facto* renunció a sus derechos sobre ellas?", ignorando su voluntad. La libertad de imprenta abrió los ojos de los americanos, al no cumplirse lo pactado en la Constitución. Frente a una próxima sublevación anárquica, Iturbide "procedió con orden y regularidad, hasta conseguir la total independencia". Además de que, como demuestra Fray Antonio de San José, en su *Resulta Salmaticense*, "obligan en conciencia las leyes impuestas por el gobierno o príncipe, aunque tirano por usurpación del reino, si está ya en pacífica posesión de él: porque entonces goza ya de legítima potestad..." Se produce en el alegato del carmelita una sorprendente mutación en el fin que se proponen los argumentos a favor del absolutismo monárquico, para orientarlos por la independencia.

La sorpresa no es única. El carmelita atacará a los religiosos que han salido de México o que se lo proponen. "Hablemos claro —escribe—, tanto los que se han fugado, como los que piensan fugarse, unos lo hacen por soberbios, pues estando acostumbrados a mirar con desprecio a los americanos, les repugna sujetarse a ellos; otros porque profesan un amor desordenado por exceso a su país nativo... les duele esta separación, y más bien prefieren con desorden e irreligiosamente irse a su tierra, y a sus parientes, contra el evangelio y su profesión, debiendo estar enteramente desprendidos de lo terreno, y dejar a los muertos que entierren a sus muertos, como nos lo enseñó Jesucristo..." Y llega aún más lejos, pues ve a los que huyen "cometiendo pecado de apostasía, e incurriendo en excomunión..." cuando en México se les necesita, y se "ha conservado a los prelados provinciales, y jerarquía regular, que destruyó impolíticamente la España..." Extrañamente, en el documento no se menciona el nombre de Fernando VII, y sí, como ejemplo de hasta dónde obliga la obediencia a la autoridad civil, se menciona la del pueblo de Israel al usurpador

El Dictamen del carmelita, aparecido en 1821, contiene más implicaciones que las que sus inmediatos lectores pudieron suponer. La cita es más que reveladora.

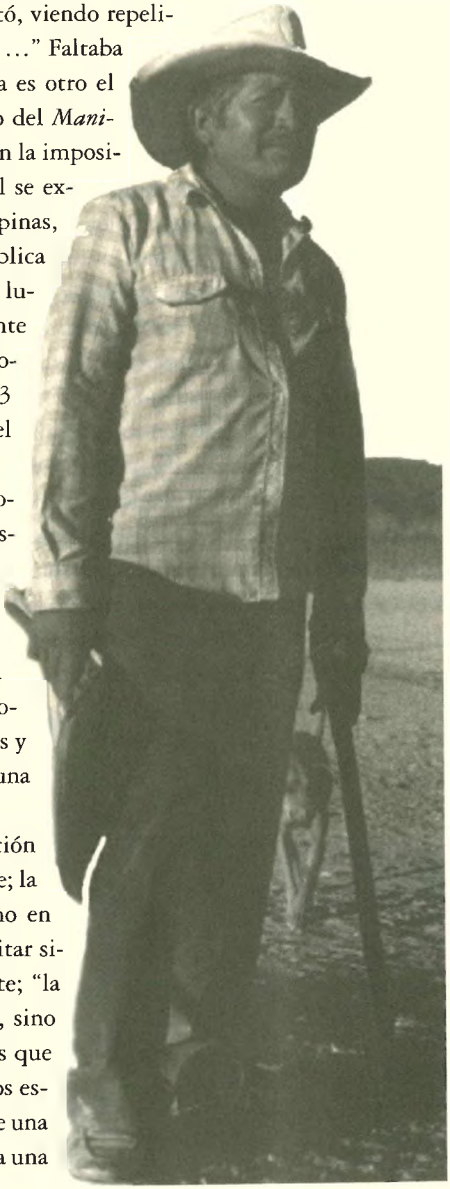
El Plan de Iguala, el Tratado de Córdoba, la suprema autoridad de la Carta de Pío VII a Fernando VII, las adhesiones de los antiguos obispos antinsurgentes, como el Dictamen del carmelita, señalan el oriente hacia donde se dirige Iturbide, o hacia dónde puede dirigirse.



Otro documento autorizado para él, es el *Manifiesto al mundo. La justicia y la necesidad de la independencia de la Nueva España*, del arcediano de la catedral de Valladolid, Manuel de la Bárcena, español, antiguo amigo de la familia Iturbide e individuo de la Junta Gubernativa y de la primera Regencia nombrada el 28 de septiembre. Cuevas lo cita elogiosamente, a partir de la metáfora de la hija que llega a la mayoría de edad "y quiere ser madre". "Verdad es –según Bárcena- que muchas veces una colonia, o por gratitud o por amor, o por conveniencia, no efectúa su emancipación tan pronto como pudiera; pero siempre le queda su derecho a salvo, para usar de él cuando le convenga y se le ofrezca ocasión oportuna: no pudo ser ésta mejor que la que se nos presentó el año de ocho..." cuando por la renuncia de los Borbones, "se disolvió la monarquía, y aun cuando el pueblo español hubiera conservado su unidad, siempre quedaron rotos los lazos de la dependencia de este Reino, pues él no estaba sujeto al pueblo español, sino al Rey de España". Varió el estado español, escribe Bárcena, "de casi despótico a casi democrático: hubo nuevo pacto en el cual cada parte pudo entrar o no entrar", y fue presuntuoso calificar a la Junta de Sevilla como soberana de España e Indias, "porque éstas quedaron en libertad de constituirse a sí mismas".

La referencia de Bárcena a la primera insurgencia se mantiene en la ortodoxia iturbidista

–llamémosla así, aunque Iturbide no haya sido su autor sino sólo el *brazo ejecutor* de ella-. Hidalgo obró "con sólo las armas que el furor ministraba; no aprobamos su política, fue impolítica y sanguinaria, y no se le halla disculpa –reflexiona Bárcena- sino en la misma desesperación que le arrebató, viendo repelidos, y abandonados los derechos de su patria: ..." Faltaba a México el hombre, y ya lo tiene; "ahora ya es otro el sistema y los medios: ..." El siguiente punto del *Manifiesto* funda la necesidad de la independencia en la imposibilidad de que una monarquía constitucional se extienda desde España a las Américas y las Filipinas, "mil veces más difícil de realizar que la república de Platón ... un delirio que sólo puede tener lugar en la cabeza de algún político febricitante ..." Quienes los sostienen "me parecen tan locos como aquellos Jacobinos que el año de 1793 querían establecer la república universal del género humano".



Dios dividió la tierra en regiones proporcionadas para diferentes estados. Nueva España, dice, es una de ellas, aunque muy extensa para una monarquía moderada; "tiempo vendrá en que el Nuevo México requiera y necesite de una segunda independencia". La cita se apoya en Montesquieu y su opinión sobre la gran extensión de los estados despóticos y la pequeña de las repúblicas, en las que ninguna puede engrandecerse demasiado.

Bárcena toca otro punto. La no aplicación de la constitución en México ha sido constante; la libertad de imprenta se ha suspendido como en tiempos del virrey Venegas; la autoridad militar sigue unida a la política inconstitucionalmente; "la decantada unión –con España-, no es unión, sino encadenamiento". Bárcena repite los agravios que se suceden durante el periodo colonial. "Todos estos males no tienen más remedio –declara- que una dinastía mexicana ..." La expresión se refiere a una

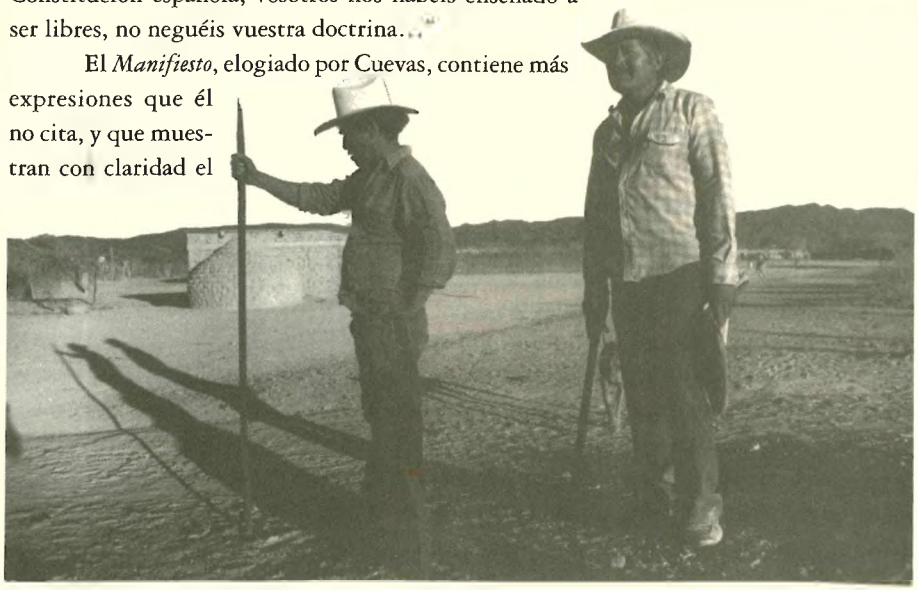
dinastía propia y no a Iturbide en el trono. A continuación hace una manifestación doctrinaria, que por cierto Cuevas no cita: ... "¿Qué es un estado? Es una sociedad en la cual los individuos que la componen pueden retirarse, o por mutuo consentimiento, o sin él, habiendo causas justas; ¿y qué más justas?..." Un sólido Montesquieu y un perturbador Rousseau animan el *Manifiesto* de Bárcena.

No criticará la Constitución, pero ella es injusta con México pues "violando los derechos del hombre" excluye de la ciudadanía a las castas. El sistema representativo es ficticio e inaplicable. Los diputados americanos están impedidos, en gran número, para viajar a España, y ello no suspende las Cortes, que seguirán legislando para ultramar. Ante el problema todo, la solución es una: "divídase el infante, y lévese cada uno su parte... divídase la monarquía, o por mejor decir, sepárense las dos monarquías, y vuelva cada una a su antiguo y natural estado".

El arcediano gobernador de la diócesis de Michoacán, amigo de Abad y Quiepo y de don Miguel Hidalgo en Valladolid, la capital de provincia más ilustrada de Nueva España, es en verdad un hombre distinto a don Joaquín Antonio Pérez, cuya influencia sobre Iturbide está en ascenso.

Ya se tiró el dado frente a España, escribe Bárcena: "Nada se conseguiría con destruir nuestro ejército, sería necesario destruir nuestra generación". España, lo dice el santanderino, es ya sólo una factoría de Europa. Bárcena es monarquísta; "nosotros no conspiramos contra nuestro Rey, sino contra su ausencia". Invoca los nombres de Quiroga, Riego, Arco Agüero, Argüelles, Florez Estrada, Herreros: "antorchas y columnas de la Constitución española, vosotros nos habéis enseñado a ser libres, no neguéis vuestra doctrina..."

El *Manifiesto*, elogiado por Cuevas, contiene más expresiones que él no cita, y que muestran con claridad el



Charco Cercado, S.L.P. Héctor Hernández

pensamiento de Bárcena. La conquista de México es juzgada: "Jamás vieron los siglos una tan injusta y repugnante unión de reinos ... " "parecería increíble que un estado tan violento hubiese podido durar trescientos años; ... pero ya gastados por el tiempo, y por la tirantez se rompieron los fierros con que la injusticia había encadenado a la inocencia". Hernán Cortés "era un alzado por sí, y ante sí ...", y "no es mi ánimo infamarlo —escribe—, admiro sus virtudes políticas, y militares, más en cuanto a las morales fue otra cosa". Lo condena con palabras de Montesquieu. Bárcena desconoce expresamente el título de la donación pontificia, y cita a Atahualpa respondiendo al Padre Valverde: " Yo no sé, yo no concibo como ese Pontífice que dices, pudo dar todo a otro lo que no era suyo".

El título fundado en la cesión de Moctezuma en favor de Carlos I "fue tan legal —afirma—, como la de un caminante que cede su bolsa a los salteadores".

Acudiendo a Grocio refuta los derechos de conquista y de prescripción, y discurre sobre la nulidad de los juramentos de fidelidad para concluir su invalidez.

Las autoridades de Grocio y Montesquieu, en las que se va apoyando Bárcena en su discurso, figuran en los expurgatorios pontificios. *De iuri belli ac pacis*, libro tercero, a que él remite, por decreto de 4 de febrero de 1637, no derogado; y *El espíritu de las leyes*, por decreto de 2 de marzo de 1752, también vigente.

Pérez Memén hace un acucioso y certero examen del *Manifiesto* de Bárcena en el capítulo IV-4 de su tesis *El Episcopado y la Independencia de México*.

El Manifiesto de Bárcena es en su día el más avanzado de los alegatos por la independencia, venido de un hombre de iglesia del antiguo régimen ilustrado que accede a las ideas liberales, más allá de lo que José Gaos llamó la modernidad cristiana.

Desde el irascible colonialismo de un hombre eminente por más de un título como Abad y Queipo, hasta el aventurerismo oportunista de un Joaquín Antonio Pérez, Bárcena era la instancia ecuánime a la que pudo acudir Iturbide. Mas frente a ese monarquismo liberal, y el mismo año de 21, se formula el gran alegato republicano de uno de los hombres más sugestivos de su época, fray Servando Teresa de Mier.

El escándalo, de Manuel José Othón*

Arsénico

Ignacio Betancourt, *El escándalo, Primer drama de Manuel José Othón. Texto y contexto*, El Colegio de San Luis - Instituto de Cultura, San Luis Potosí, 1998, 102 pp.

Me gustaría iniciar esta presentación estableciendo una distinción. Se confunde a menudo, en los estudios literarios, lo literario con lo historiográfico. Se trata de dos polos que hasta cierto punto se necesitan el uno al otro, pero que no deben ser confundidos. Una cosa es el estudio del texto literario en tanto texto, tal y como se nos enseñó a estudiarlo lo mismo en la estilística que en el estructuralismo, y otra cosa es el conocimiento, primero, de la historia del texto, y segundo, de los pormenores biográficos de quien lo escribió. A menudo sucede que empezamos estudiando un soneto amoroso de Sor Juana, y terminamos preguntándonos si tales amoríos existieron en la realidad, y hasta atrevemos fantasiosas conjeturas acerca de las inclinaciones sexuales de la monja. Se trata, en este caso, creo que se me comprende, de un traslape muy discutible. Dejamos de considerar el poema como poema y en lugar de desentrañar sus maravillas verbales, es decir, sus metáforas, sus sinécdoques, la sutileza de la antítesis, el arte del oxímoron y del retruécano, terminamos metiéndonos en la intimidad de la escritora y escudriñando sus recaditos, y hasta conjeturando si a su presunto amante lo veía cuando salía a comprar el pan. A estos dos polos o dos extremos de la actitud investigativa, una centrada en el texto, otra en los detalles de tipo historiográfico, debo agregar un tercer vértice. No leemos desde el vacío ni desde la neutralidad. Leemos desde una posición determinada, en la que intervienen no sólo el tiempo y el espacio, sino nuestros particulares intereses en tanto lectores. Los sacerdotes, en su calidad de sacerdotes, están obligados a leer a Sor Juana desde una perspectiva muy distinta a la del

profesor universitario. Me gusta el ejemplo de Sor Juana porque siento que ella es un buen espejo para aterrizar en Manuel José Othón, los dos se han convertido desde hace muchos años en objetos de una apropiación múltiple ante la que no podemos quedar indiferentes. Estas apropiaciones no son desinteresadas. Y qué bueno que no lo son. Acaso en las ciencias naturales el asunto de la objetividad y de la neutralidad del observador pueda darse sin mayores problemas; no sucede así, creo que esto es evidente, en las llamadas ciencias humanas. Los prejuicios históricos, los intereses de clase, la formación del lector, todo ello interviene y de modo necesario deforma o conforma su investigación.

El gran problema con autores de la talla de Sor Juana y de Othón es que despiertan tal celo en muchos de sus lectores, despiertan tales pasiones, que su nombre se convierte en la divisa de una verdadera guerra cultural. Así ha sucedido con Sor Juana. El sacerdote Méndez Plancarte leyó con tal devoción a la monja, que no sólo se encargó de editar en cuatro tomos las obras de Sor Juana, con pertinentes anotaciones al final de cada uno de los volúmenes, sino que, en aquellos lugares en que creyó que la monja incurría en errores heréticos, no dudó en enmendarle la plana, a fin de hacerla concordar, por supuesto con la doctrina de la iglesia católica. Octavio Paz cuenta que llevado por este celo ortodoxo, el padre Plancarte reescribió toda una sección de una obra de teatro de Sor Juana. Pero el celo no sólo tiene origen religioso. Tomando como punto de partida la peregrina idea de que las repeticiones de un mismo vocablo son algo despreciable en la literatura, pues muestran acaso una pobreza verbal, el padre Plancarte también le cambia las rimas a algunos sonetos de Sor Juana, sustituyendo una palabra por otra según un bárbaro criterio de calidad estilística. Que un erudito como Méndez Plancarte reescriba textos de Sor Juana, o que se atreva a enmendarle la plana, como si la monja fuera una principiante en el arte del verso, no deja de ser la expresión de una culta barbarie que rebasa con mucho las ineptitudes de la inepta cultura de las que hablaba Ramón López Velarde.

No abundaré en las querellas que el libro de Octavio Paz *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* continúa suscitando en nuestro medio. Algunas afirmaciones de Paz resultaron ofensivas para algunos intelectuales cercanos a la curia católica. Otras parecieron inexactitudes o bien aberraciones a eruditos en filología como Antonio Alatorre.

El presunto descubrimiento de un autógrafo de Sor Juana, conocido como la carta de Serafina de Cristo, ha desatado una sorda polémica entre Alatorre y el historiador Elías Trabulse. No menciono lo anterior para elevar un voto de censura. Al revés: todo este rebumbio en torno a una escritora como Sor Juana me parece en definitiva un signo de vida, y la vida es plural, contradictoria, y se encuentra siempre entreverada por la pasión, el deleite y el encono. En asuntos de cultura, la indiferencia es igual a la muerte.

Guardando las distancias, mucho de lo que ha sucedido con Sor Juana sucede también con otro monstruo de la literatura mexicana, me refiero a Manuel José Othón. Menciono la palabra monstruo con toda intención para señalar del modo más positivo posible que este escritor nos rebasa en todas direcciones. Es un monstruo, un producto inesperado, un portento un prodigio al que todavía no acabamos de asimilar. Los hermeneutas siguen discutiendo qué significa tal o cual pasaje de los sonetos de *En el desierto. Idilio salvaje.* Muy pronto, a partir del texto se deriva en asuntos exteriores al texto, y que tiene que ver con la biografía del autor, o sea, se pasa del ámbito del análisis literario al de las preocupaciones historiográficas: que si Othón en efecto, y a pesar de lo buen católico que era, cometió adulterio; que si la "india brava" de la que hablan los sonetos existió en la vida real, y que cuál era su verdadero nombre. Una sola línea de la composición, pongo por caso al que dice: "En tus aras quemé mi incienso", puede suscitar interminables discusiones no todas ellas de orden filológico. ¿Se insinúa que después de estos amoríos el poeta, o el de la voz, ya no volvió a amar a nadie? ¿La edad o la enfermedad habrían llevado a tal sujeto a padecer impotencia? ¿Por qué tiene que ser éste, precisamente, el último incienso? Esto se pone escabroso. Y hasta decididamente herético si se considera que aquí la palabra "incienso" es una metáfora de "semen", con lo cual Othón establece que el acto sexual es una forma de sacramento, y que el cuerpo de la mujer, en consecuencia, una expresión de lo sagrado.

Menciono lo anterior, que puede sonar a divagaciones de una noche de verano, porque el libro que hoy nos convoca, *El escándalo. Primer drama de Manuel José Othón. Texto y contexto* (San Luis Potosí, El Colegio de San Luis - Instituto de Cultura, 1998), preparado por Ignacio Betancourt, suscita de inmediato este tipo de asociaciones. Ignacio Betancourt, que conoce el terreno sobre el que se mueve, recuerda desde los primeros

párrafos de su estudio que a Othón " se le ha querido volver abanderado de orientaciones que más bien expresan los intereses del historiador en turno". Tan es así, que no han faltado intentos de "beatificar", esta es la palabra utilizada por Betancourt, al autor del *Idilio salvaje*. No está por demás señalar que tales intentos "beatificatorios" también han probado fortuna en el caso de Sor Juana.

Othón, en una palabra, ha sido y seguirá siendo objeto de apropiaciones ideológicas. Nos movemos todos, lo sepamos o no, lo admitamos o no, en un terreno minado, en una arena en la que confluyen las pasiones. Ignacio Betancourt está consciente de lo anterior, y en ningún momento se pretende neutral ni pretende abordar su tema desde una cápsula a prueba de contaminaciones. Othón es un tesoro público, un patrimonio de la cultura de una nación, pero esto no obsta para que cada cual, sienta que por alguna sibilina razón Othón es más suyo que de los demás. Pienso que alguien que ha nacido en San Luis Potosí, sólo por los derechos de la tierra, que en mucho se parecen a los de la sangre, se siente el legítimo depositario de la herencia de Othón. Una parte de la intelectualidad católica, por razones obvias, también se ha sentido depositaria y custodia de este tesoro nacional. Tan es así, que a veces parece que preferirían que Othón fuese una gloria local, así no habría nadie más que les disputara la primacía. Por supuesto, no estoy contra el celo ni contra el apasionamiento ideológico, ¡qué bueno que éstos existen!, sino contra las deformaciones que este celo y este apasionamiento son capaces de producir.

Una crítica de lo anterior, sin embargo, no puede estar exenta a su vez de celo y apasionamiento. Así el tercer polo de nuestro triángulo se muerde la cola y no hay forma de decir yo estoy libre de culpa, yo soy neutral, a mí que me esculquen. Ignacio Betancourt lo dice en un pasaje definitorio de su texto: "Hacer actuar a un muerto, ponerlo a caminar por calles que han desaparecido, obligarlo a hablar con otros muertos, pretender lo objetivo desde la relatividad del historiador es un desafío donde ficción y hecho diluyen límites, donde la incertidumbre es el camino más frecuente; por eso es indispensable documentar, contrastar, imaginar, y tener presente que las verdades últimas no existen. Indagar en lo pretérito es igual que buscar en lo futuro, todo se hace, siempre, desde un presente en el que las verdades son un sueño y el conocimiento una manera de asirse al vértigo de la existencia."

A partir de esta declaración de principios, el autor realiza un amplio recorrido por el contexto en el que se ubican las vicisitudes de la escritura othoniana. La Guerra de Reforma, el imperio de Maximiliano, el juarismo restablecido, el porfiriato, el levantamiento indígena de la Huasteca en 1879; los ires y venires, en fin, del personaje dentro de la situación en que le tocó vivir. Se trata de entender a un autor, y no sólo de glorificarlo, como acertadamente anota Ignacio Betancourt, quien en ningún momento pretende haber descubierto el hilo negro. *El escándalo*, primera y a todas luces fallida obra de teatro, tan fallida que el autor prefirió no completarla nunca, carece de méritos literarios. Su interés es pues puramente documental, exhibe la escritura de un autor en formación, a sabiendas de que las obras primerizas de Othón no contienen ni siquiera un gramo del genio que se revelaría después. "La importancia de *El escándalo* —reconoce Ignacio Betancourt—, más que literaria es histórica; permite una mirada desde diversas perspectivas y nos acerca al momento privilegiado en que el talento es aún potencial. No sólo es el poeta incipiente quien escribe, es un ciudadano afianzándose a esa madurez, a ratos ficticia, que el porfiriato indirectamente propició para los creadores artísticos, es un estudiante universitario que al mismo tiempo expresa la cosmovisión de la clase media potosina, cuya recreación dramática no carece de singularidad."

Cuando borronea las páginas de esta obra inconclusa, Othón tiene cosa de 18 años de edad, y acaba de ingresar al Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí. Sus textos poéticos de esa época son igualmente bisoños y perfectamente olvidables, aunque me gustaría destacar que seis años después, en 1882, escribe lo que para mí es la primera manifestación de su genio, un monólogo cuasi dramático de clara procedencia romántica titulado "El canto de Lodbrok". El tránsito del romanticismo trasnochado, al neoclasicismo y de ahí a lo que sería el paradójico modernismo de un declarado antimodernista, tres etapas fundamentales en la escritura de Othón, está delineado con trazos firmes en este texto.

Sólo en un punto pienso que se aparta el autor de la objetividad historiográfica. No puedo decir nada concluyente, es antes que nada una impresión y acaso el asunto se resuelve son mayor trámite si se matiza el asunto. Aunque Ignacio Bertacourt está consciente de los peligros que entraña convertir la historiografía en hagiografía, un poco él contribuye a lo mismo con un

grano de arena cuando sostiene de modo demasiado tajante que Othón nunca puso su pluma al servicio de la política militante. "Él jamás militó en la política, pese a que tuvo relación con muchos políticos", sostiene el autor. A lo que yo me pregunto, ¿y cómo puede esto saberse a ciencia cierta? ¿Hay pruebas concluyentes? Ese es un aspecto de la actividad de Othón que quizás escapa por su naturaleza misma a nuestra indagación. Porque relaciones con políticos sí las tuvo, tan es así que fue durante un tiempo secretario del gobernador, y que, en su calidad de diputado suplente, y en ausencia del titular, hubo de trasladarse a la Ciudad de México a cumplir con las funciones de representante popular para las que, supongo, fue electo. Su amistad con el general Bernardo Reyes puede proporcionar otro indicio. Digo lo anterior sin ningún propósito de manchar la memoria de Othón, pues una participación política —cualquiera que ésta sea— no tiene por qué ir en demérito del poeta. Lo digo más bien en tono admirativo, pues aún llegando a entreverar su vida con los asuntos de Estado, el poeta Othón preservó su talento creador y pudo escribir los textos por los cuales hoy le concedemos un sitio especial en el panteón literario de este país.

Para terminar sólo me resta destacar la sobriedad del análisis de la obra que aquí se rescata. Sin falsos énfasis ni torceduras hermenéuticas, Ignacio Betancourt estudia la configuración de los personajes y no deja de señalar el carácter un tanto anómalo de la heroína femenina, una mujer que descubre la pasión amorosa en sus segundas nupcias y que por ese motivo se ve de pronto enfrentada al despecho y la incomprensión de su hijo, un hijo que en un momento de enojo llega a espetarle: "Deje usted a ese hombre, con mi amor basta a usted." Betancourt, no sin perspicacia, anota: "Simbólicamente, el hijo es la negación a la ruptura del cordón umbilical." A lo que agrega más adelante: "A diferencia del hijo conservador e incapaz, la madre asume un modelo contestatario que rompe lo establecido y pone en crisis el entorno existencial, evidenciando la rigidez e inmovilidad de una sociedad que se moderniza para no cambiar. Resulta significativo que el personaje más valiente y digno de la obra sea una mujer que desafía la murmuración y los reclamos familiares." Al felicitar ampliamente a Ignacio Betancourt por su incursión en los espinosos terrenos de la investigación othoniana, lo único que me queda es recomendarles a ustedes la lectura de este libro.

Evodio Escalante

*Texto leído en el Instituto de Cultura de San Luis Potosí, el 4 de mayo de 1999.

Las penas de la veracidad historiográfica y literaria*

Ficción es una palabra peligrosa, al igual que su correlativa ciencia, porque ambas proponen imaginarios de verdad que se sostienen en los andamios de la mitología.

La historiografía conservadora lucha contra la ficción. Esta guerra intestina entre la historia y los cuentos se remonta a muy lejos. Es una disputa familiar que, de entrada, fija posiciones. Pero gracias a esta lucha contra la fabulación genealógica, contra los mitos y las leyendas de la memoria colectiva o contra las versiones derivadas de la circulación oral y la literatura, ha surgido la metahistoria[1] derivada del metarelato[2] que nos lleva a entrelazar y confrontar los discursos humanos huyendo del ojo vouyerista de la verdad.

Desde esta visión se articula un entrejido conceptual que sostiene el sólido trabajo de Ignacio Betancourt que nos presenta en su libro *El escándalo primer drama de Manuel José Othón. Texto y contexto*. Así se plantea una historiografía que crea una distancia de respeto al decir y al creer comunes, y se aloja precisamente en esa diferencia que la acredita como erudita, distinguiéndola de las reconstrucciones marmóreas forzadas y ahistóricas de los literatos que nos anteceden y hasta de los que nos rodean y es que, evidente, es más fácil sacarle lustre a la estatua que tomarse una cerveza imaginaria con el sujeto estudiado y reconstruir con los elementos, las fuentes y la imaginacion al ser del mismo y de su obra.

Pero cuidado que no se diga "la verdad", ¿O acaso historiador alguno ha tenido semejante pretensión?... Todos.

Con la crítica de los documentos, el erudito le quita error al análisis literario. El terreno que se gana a costa de ello lo adquiere diagnosticando la totalidad de la obra de su autor más que meramente las aportaciones subordinadas a la elección de cierta estilística. A mi juicio ésta es la trascendental búsqueda de Ignacio Betacourt: desacralizar, excavar en el lenguaje recibido en el lugar que otorga a su disciplina, como si instalado en medio de las narraciones estatificadas y combinadas de una sociedad, por cierto rígida todo lo que de ella se cuenta o se contó, se esforzará por concebir lo falso y lo verdadero para construir los mundos jánicos de Clío, o como si no produjera verdad más que consignando el error.

Desde este punto de vista la ficción dentro de una cultura es lo que la historiografía contemporánea, la historia a debate revive, abriendo así las posibilidades de estudiar y abonar desde la transdisplinariedad el terreno de la literatura, y es aquí cuando el eco de Edmundo O'Gorman, revive recordándonos *que la virtud mas deseable del historiador es la imaginación*.[3]

Por ende el discurso cultural que Betancourt nos plantea es ser capaces de determinar los errores que caracterizan la relación de la historia y la literatura y se autoriza a hablar en nombre del real, tanto desde el punto de vista de los procedimientos de análisis (examen y comparación de documentos como de las interpretaciones). Al establecer según sus propios criterios el gesto que separa los dos discursos —uno hagiografico y el otro humano, biográfico—, la historiografía literaria que se plantea Betancourt trasciende evidemente el presentarnos el primer drama del monstruo literario mexicano Manuel José Othón.

El trabajo de Betancourt se adjudica una relación con lo real porque su contrario está coloca-

do bajo el signo de lo falso, lo mismo que dicen sus detractores.

Esta determinación recíproca implica un doble desfase que consiste, por una parte, en volver plausible lo verdadero demostrando un error y, simultáneamente, en hacer creer lo real denunciando lo falso. Por tanto supone que lo que no se comprueba debe ser real. Así, argumentando contra falsos dioses se hace creer en el conveniente verdadero.

Betacourt con gran fuerza rompe con esta añeja pero poderosa tradición de hacer crítica literaria que emana del positivismo y se cobija en un relativismo político inexistente, para mostrar en oposición que la ficción está situada del lado de lo real, que la imaginación y la creación son parte del quehacer de la historia y con ello pensar, crear, escribir produce una ideología que a veces los historiadores del arte prefieren omitir para facilitar su interpretación.

De este modo se modifica la epistemología que diferenciaba al sujeto, llámese Othón, Sor Juana, Wilde, Betancourt o mi colega Evodio Escalante, del objeto, en este caso: *El escándalo* por consiguiente reduce el tiempo a la función de clasificar omitir y explicar los objetos. En efecto vemos en el análisis de Ignacio Betancourt que las dos causas, la del objeto y la del tiempo, están ligadas y sin duda alguna la objetivación del pasado ha hecho del tiempo desde ya casi cuatro siglos, lo impensado de una disciplina que no deja de utilizarse como instrumento taxonómico.

Al crear, el escritor ordena un caos personal preexistente que procede en última instancia de la experiencia; siguiendo a Sartre, Betancourt postula que tanto la memoria como la imaginación se ejercen sobre materiales que proceden siempre de la realidad, pero nuestro autor encuentra otro agasajo en su trabajo: la posibilidad de la transgresión implícita en el hecho de desplazar algo del sistema a que pertenece a otro sistema o a ninguno y entonces ¿A que juegan los autores? quizá a entender el capricho creador de sus semejantes. Poco más allá del juego, un

Venado, S.L.P. Héctor Hernández

poco más acá del mero regocijo, en una consonancia perfecta de arte y vida tal como Betancourt las entiende: afirmación *hic et nunc* de nuestra real gana. Este paso del juego al capricho puede percibirse con claridad en el trabajo de Nacho donde encontramos elementos fundamentales: humor, juego, fantasía, erudición, crítica literaria y teatral, trabajo de historia. El juego de Betancourt no es ni tan inocente como su trabajo parece proclamar, ni tan banal como muchos lo quisieran: no estamos tan lejos del comentario intempestivo y de la afirmación del azar propuestas por Niestzche, ese otro afirmador del juego y la levedad, dice Niestzche: "El mismo coraje que se requiere para conocerse a sí mismo enseña a ver la existencia de los otros sin patrañas".

Felicito a Ana Coloma por su cuidadosa transcripción de la obra, a Luis Cortés por la edición y al Colegio de San Luis por impulsar los debates que hoy necesita la academia.

Boris Berenzon Gorn

Notas

*Texto leído en la Casa Lamm el 24 de junio de 1999.

[1] Ver Hayden White. *The historical Immagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University 1973.

[2] Ver Walter Mignolo "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana" *en Modern Languaje Notes* 96, 1981, pp. 358-402.

[3] Edmundo O´Gorman "Teoría del deslinde y deslinde de la teoría", en *Filosofía y Letras*, IX 17, UNAM, 1945, pp. 21-36.

Grafito

Piel canela

Jorge Durand

El más reciente libro del maestro Álvaro Ochoa, *Afrodescendientes sobre piel canela*, recientemente publicado por El Colegio de Michoacán, pone sobre el tapete un problema añejo y olvidado, el de esa parte fundamental de nuestro compuesto racial mestizo: la herencia negra. Tan negro fue nuestro pasado ancestral, como tuvo de blanco y de bronce. Aunque a fin de cuentas, la combinación de colores blanco, negro y prieto, dio como resultado un reforzamiento de la gama intermedia y se consolidó lo que conocemos como raza de bronce.

Tres herencias raciales que a su vez representan una multiplicidad de herencias culturales, que se manifiestan de muy distintos modos y maneras en bailes y sones, artes y oficios, herramientas e instrumentos. Y este libro es fiel herencia de estos rasgos, de estos hilos, aparentemente sueltos y desconectados, pero que Álvaro Ochoa ha sabido urdir para presentarnos un trabajo acabado sobre nuestros ancestros de origen negro y mulato, ancestros que quedaron en la oscuridad y que a fuerza de negarlos, pasaron al destierro y al olvido.

Escudriñar un pasado que ha sido negado es doblemente complicado. En estos casos el investigador debe recurrir a fuentes muy diversas y debe trabajar con elementos aislados y dispersos que finalmente deben quedar relacionados. Para colmo cuenta con la incredulidad del público que se niega a aceptar verdades comprobadas. Pero Álvaro Ochoa, afronta el reto y se propone develarnos dos misterios. El primero tiene que ver con el fandango, música y baile negros, pero que resulta ser el antecesor directo e inmediato del mariachi, prototipo actual de lo mexicano.

Pero el autor va más allá y propone develar nuestro subconsciente racial. De ahí la relevancia de hacer un intento de psicoanálisis recurriendo a un caso notable, al del mexicano por excelencia, al del último héroe de la revolución mexicana: Lázaro Cárdenas.

Y las genealogías no engañan, más aun en estos lares donde los párrocos se esforzaron en señalar y distinguir racialmente a los neófitos, los padres de familia y los consortes. Según las fuentes consultadas, el general Cárdenas tiene un pasado remoto en los negros esclavos y libertos que pululaban por la hacienda y ranchos de Guaracha y un pasado reciente marcado por el tinte mulato. El héroe de Jiquilpan se distingue a todas luces por su piel de bronce. Pero a partir del trabajo de Álvaro Ochoa, sustentado en fuentes tan inéditas como irrefutables, nos permite maliciar que esos labios grandes e inconfundibles del general tienen algo de sus ancestros. Curiosamente, o mejor dicho lógicamente, don Lázaro no hace referencia, en sus memorias, a este origen mulato y sí se solaza afirmando que en su familia había un claro ascendiente criollo e indígena. Él mismo afirma que su interés por la raza indígena se debe, en buena parte, a su origen familiar. Muy posiblemente Cárdenas desconocía su origen mulato y muy probablemente sus padres o abuelos se encargaron de ocultarlo y dejarlo en el olvido.

Dejar en el olvido los orígenes oscuros, más que un problema personal o familiar es un fenómeno social. En México la herencia negra se ha diluido de tal manera que Iguiniz, un viajero que pasó por Guadalajara en 1796, afirmaba que "las mulatas de Guadalajara son

enteramente blancas: he visto algunas que no se las conocía la casta, si no hubieran dicho que eran hijas de negro y blanco". La confusión persiste en la actualidad, de ahí que no sea de extrañar la expresión de una señora proveniente del Distrito Federal cuando visitó la zona ranchera de los altos de Jalmich: "qué Güeros son los indios de por aquí". En este mar de confusión, Álvaro Ochoa pone orden, cuando puede y cuando los documentos lo permiten, porque él mismo afirma que el bisabuelo de Cárdenas fue calificado en diferentes momentos como indio, mulato y español.

A pesar de lo intrincado de la trama el autor sigue y persigue, a su escurridizo sujeto de estudio, por la costa del Pacífico. Se detiene en Oaxaca, luego pasa revista al caso de Guerrero y llega a Michoacán, para finalmente detenerse en las haciendas de Guaracha y Buena Vista.

Los negros del oeste mexicano se dedicaban a sus tareas prototípicas: el cultivo del algodón y la caña, se desempeñaban en actividades comerciales y artesanales, además de ser aficionados al baile, el juego y la pendencia. Pero es de llamar la atención que también fueran aficionados al caballo "al que usan todo el día hasta el grado de no andar por su pie ni aún el más pequeño espacio de tierra que les exijan sus diligencias". También figuran como diestros en el uso de armas blancas y como buenos soldados, con la ventaja adicional de que eran intrépidos y soportaban con naturalidad la falta de alimentos, el frío y la desnudez.

De ahí que Álvaro Ochoa le siga la pista a los negros y mulatos que participaron en los conflictos bélicos de la época. Los vemos actuar en tiempos de la Independencia, luego durante la Intervención y también en los conflictos locales, como el de los religioneros, al cual le dedica capítulo aparte.

Entre los rasgos culturales provenientes de nuestra herencia africana Álvaro Ochoa destaca muchos, pero yo quisiera detenerme sólo en dos: la cazanga y el fandango. La cazanga según Álvaro Ochoa tiene "una evidente filiación africana". Pero desde mi peculiar punto de vista, anterior a haber leído este libro, se trataba más bien de un híbrido entre la hoz y el machete. Siempre me llamó la atención esta herramienta, tan difundida en la ciénega de Chapala y la sierra del Tigre, por sus múltiples usos y porque requiere una muy peculiar destreza para manejarla de manera eficiente. Hacer una geografía del uso de esta herramienta, determinar su alcance, su profundidad histórica y sus variantes regionales bien merece otro capítulo por parte de tan meticuloso investigador.

Finalmente quisiera detenerme en el fandango, como antecesor directo del mariachi y hacer referencia a la portada del libro, al mosaico estilo "petatillo" de tipo puntillista, proveniente de San Pedro Tlaquepaque y que podría datarse de principios de siglo. Y quiero relacionar esta portada con la descripción que recoge Álvaro Ochoa de J. Pierres, en 1909, en la que enumera a los músicos que participan en un fandango: "arpero, violinista, guitarrero, cantador y tamboreador", con el remate final de que en "estas fiestas se liba mucho" (p. 139).

Descripción que concuerda plenamente con el mosaico en cuestión, que tuve el gusto de comentar, hace ya varios años, con Álvaro Ochoa y que él acertadamente coloca como portada de su obra. Esto también explica, que un investigador ajeno a estos temas haya tenido el honor de reseñar esta obra.

Álvaro Ochoa Serrano, *Afrodescendientes sobre piel canela*, México, Gobierno del Estado de Michoacán y El Colegio de Michoacán, 1997.

Normas editoriales para los autores de *Vetas*

Indicaciones generales

- Los artículos y notas deben ser trabajos inéditos y contener tesis o propuestas de autor argumentadas.
- Se establece como criterio general no publicar traducciones de textos que no hayan sido publicados previamente en su lengua original, aunque podrán hacerse excepciones si el texto y la propuesta del traductor lo ameritan.
- Los textos para las secciones *Tierra Caliza, Descubridora y Del filón* no podrán exceder las veinte cuartillas. No se publicarán artículos en partes.
- Aceptado el texto para su publicación no se acepta modificación alguna al original.
- No se devuelven originales.
- Se entregarán al autor dos ejemplares del número de *Vetas* en el que haya aparecido publicado su trabajo.
- Los artículos publicados en *Vetas* no podrán reaparecer en otro espacio editorial.
- El contenido de los artículos publicados es responsabilidad exclusiva de los autores que los firman.
- Todos los trabajos se someten a un proceso de arbitraje, conservándose el anonimato tanto de los autores como de los dictaminadores. El fallo de estos últimos es inapelable y confidencial.
- Una vez recibido el artículo para su publicación el editor comunicará al autor en un lapso no mayor a 30 días hábiles la decisión del arbitraje.
- El manuscrito debe ir acompañado de una carta del autor, con la firma de los coautores en su caso, en la que se afirme que el texto ha sido visto y aprobado por todos ellos y en la que se señale que los autores transfieren los derechos de autor a la revista desde el momento en que el trabajo sea aceptado para publicación.
- Todos los trabajos recibidos y publicados en la revista son propiedad de la misma, por tanto queda prohibida su reproducción total o parcial, conforme al derecho de autor, sin la autorización escrita de los editores.

Formato

Los originales deben presentarse: procesados en disco (de preferencia en Word), cuya etiqueta indique el nombre del archivo, el programa utilizado, el título del trabajo y el nombre del autor, y en tres copias impresas foliadas, en hojas blancas (es muy importante que la versión impresa sea exactamente la misma que la del disco), con las siguientes características:

- La portada (hoja inicial) indicará el título del texto (máximo 8 palabras), el nombre del autor y su centro de adscripción, así como otros datos generales del autor (notas curriculares y dirección particular, números de teléfono, correo electrónico o fax).
- La segunda hoja incluirá los resúmenes en español e inglés y no deberán exceder un máximo de 250 palabras, presentando en forma sintética el tema, los objetivos y la metodología del trabajo. Al final de cada resumen deberán señalarse las palabras clave, en español e inglés, que permitan la integración del trabajo a bancos de datos.
- En la tercera página comenzará el texto, en ésta sólo se repetirá el título del trabajo.

- Se utilizará en el texto letra de doce puntos y a doble espacio (cuartillas de 28 líneas y de 60 a 65 golpes por renglón); con justificación del texto y sin cortes de palabras al final del renglón.
- Se escribirá en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), legibles, sin marcas, añadidos o modificaciones al margen.
- Las notas, las abreviaturas utilizadas y la bibliografía deben aparecer al final del texto.
- Las fichas bibliográficas deberán presentarse de la siguiente manera: nombre del autor (apellido y nombre), título de la obra (en cursivas), lugar (ciudad) de edición, editorial, año, volumen o tomo (de existir), páginas citadas, colección (de existir).
- En las notas, para citar una obra más de una vez utilizar las locuciones *idem, ibid., loc. cit.* u *op. cit.*, según sea el caso.
- Utilice cursivas (itálicas) para destacar palabras o hacer señalamientos especiales, evite subrayar y usar negritas (bold).
- Las tablas, cuadros, gráficas, fotografías e ilustraciones deben presentarse por separado del texto, en blanco y negro y en originales de alta calidad. En el caso de los cuadros se omitirán las líneas internas horizontales.
- Cada imagen deberá llevar en el reverso una etiqueta adherida que indique: número, posición de la imagen, título del artículo y nombre del autor; no se debe escribir en su reverso, rayarlas o marcarlas. Su inserción será decisión del editor.
- Si se trata de un texto de reseña para la sección *Grafito*, debe incluir la ficha completa del libro que se reseña.

SUSCRIPCIÓN

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL DE EL COLEGIO DE SAN LUIS

$100.00 por tres números

Nombre _____

Calle _____

Población _____ C.P. _____

Estado _____ Tel. _____

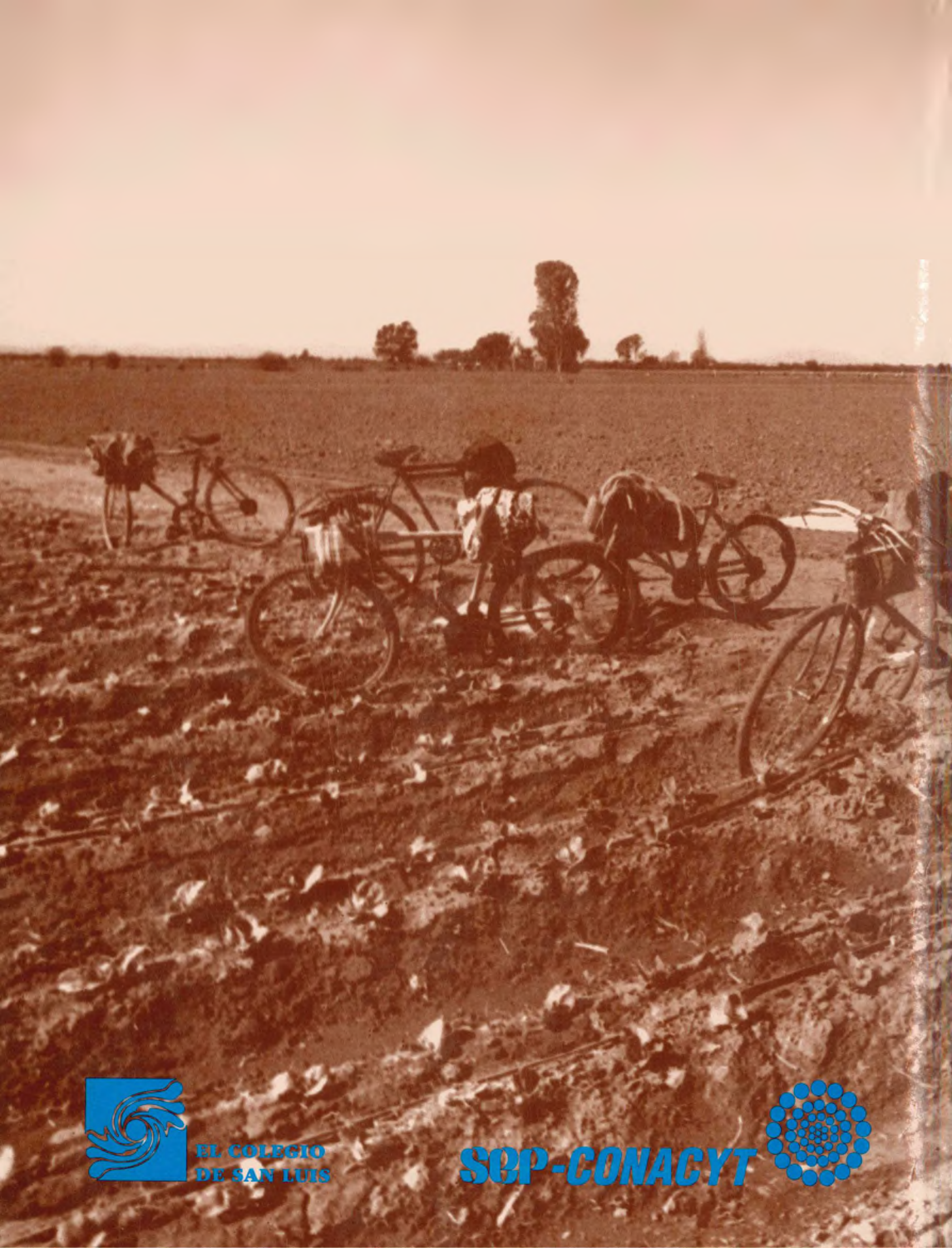
Forma de pago:

☐ Cheque _____
Banco Sucursal Nº cheque Nº cuenta

☐ Giro postal

☐ Tarjeta _____ Nº _____ Fecha caducidad _____

Fecha _____ Firma _____



EL COLEGIO
DE SAN LUIS

SEP-CONACYT